

SCOTT HAHN

ANGELES Y SANTOS

Guía bíblica para crecer en amistad con los
santos de Dios



m
morgan

EDICIONES RIALP, S.A.
MADRID

© 2015 de la presente edición, by EDICIONES RIALP, S. A, Alcalá, 290. 28027
Madrid (www.rialp.com)
ISBN: 978-84-321-4516-2

INTRODUCCIÓN: LA IGLESIA Y LOS SANTOS

Normalmente, cuando oímos hablar de la Iglesia, creemos saber lo que es.

Es la parroquia a la que acudimos los domingos, en la que hay una buena predicación y buena música (o quizá no tan buenas).

O es esa gran y antigua institución a la que pertenecemos. Explicarla es tan difícil que a veces desistimos de hacerlo.

Sin embargo, el presente libro trata de una Iglesia que olvidamos con cierta frecuencia: la Iglesia celestial.

La Iglesia celestial no es otra Iglesia, no es una denominación distinta. Al contrario, es la verdadera Iglesia en esencia, porque supone su perfección. Su forma es la que presentan los últimos capítulos del *Apocalipsis*: como una novia radiante que se presenta a su novio, Cristo, en medio de un banquete nupcial. Y no se está hablando del futuro, sino del presente. Es la Iglesia donde viven actualmente Jesucristo y su Madre Bendita, junto con todos los ángeles y los santos: en la gloria. Además, estamos unidos a ellos por la gracia, a la vez que ellos se implican completamente en nuestros asuntos, por amor. Quieren ayudar a la Iglesia peregrina, para que su vida se parezca cada vez más a lo que ellos hacen en el Cielo.

Cuando yo era un católico recién converso, también era un joven teólogo que empezaba a asimilar la gran tradición a la que pertenecía. Al leer a los escritores antiguos, quedé deslumbrado por sus explicaciones sobre la Iglesia, con sus cuatro notas — una, santa, católica y apostólica— y sus tres estados: militante, purgante y triunfante. Pero también advertí que usaban con bastante frecuencia una expresión que me resultaba curiosa y desconcertante a la vez: describían a la Iglesia como «sociedad perfecta».

La expresión me desconcertó porque la Iglesia que yo conocía, esa que me había acogido cuando era un converso agradecido, me parecía hermosa e impresionante, pero estaba lejos de ser perfecta. Por una parte, tenía una rica historia y un arte excepcional, estaba dotada de coherencia intelectual y podía demostrar la sucesión apostólica. Pero, por otra parte, también se veía sacudida por escándalos, y estaba gobernada por pastores con diversos niveles de competencia y de irritabilidad. La mayoría de sus miembros parecía indiferente a sus glorias y, como mucho, comprometido solo de forma intermitente.

Aun así, percibía que los antiguos teólogos me decían algo más que «es la mejor sociedad que puedas encontrar, así que sopórtalo lo mejor que puedas». De forma clara, me decían: «Es, en efecto, la sociedad perfecta».

¿Perfecta? Yo no era capaz de verlo.

Aquí se encuentra el núcleo de la cuestión. La perfección en esencia no es visible porque es celestial. Dios ha querido compartir su vida con la Iglesia, divinizándola, pero por ahora la gloria divina es invisible para nuestros ojos mortales.

La Iglesia que conocemos también es la sociedad perfecta porque posee todos los medios necesarios para hacer perfectos a sus miembros. Entre ellos se encuentran los ángeles y los santos.

Ninguno de nosotros es canonizable hasta que, a través de la muerte, haya vuelto a casa. Hasta ese momento, tenemos que mirar a la Iglesia celestial, cuyos miembros llevan impresas las cuatro notas de la Iglesia de forma mucho más viva y verdadera. A lo largo de nuestros días en la tierra, buscamos parecemos a ellos cada vez más. Y el medio para lograrlo es crecer en amistad con ellos.

No existen dos iglesias, una celeste y otra terrena. Dios no separa a su élite del Cielo, acabada y plena, de esa multitud de gente corriente que llena los bancos de las iglesias. No: tú y yo creemos en una Iglesia que es a la vez celeste y terrena. En ella, los santos están presentes y se ponen a nuestra disposición. Son

miembros de nuestra familia. Son nuestros hermanos mayores, purificados de cualquier rastro de rivalidad, impaciencia o irritabilidad. Quieren ayudarnos para que seamos como ellos (santos) algún día. Quieren ayudarnos a recorrer el camino a casa.

Se trata de un asunto de familia y, por eso, Dios presenta su Iglesia a Cristo como una novia, en medio de la celebración de una boda.

Este libro es un homenaje a esa sociedad perfecta y espléndida familia, que es la Iglesia celestial. Los primeros capítulos, de carácter introductorio, recogen algunas consideraciones generales sobre la santidad. Después, siguen varios capítulos dedicados a santos concretos. Han sido pensados como meditaciones breves, que se centran en uno o dos aspectos del pensamiento o de los logros de ese santo. Sin duda, hay muchos más santos que los recogidos aquí, y quedará mucho por aprender de todos. Tengo la esperanza de que el lector emprenda su propia investigación.

Las páginas que siguen no contienen un catálogo de santos, sino solo un muestrario exiguo. He procurado incluir una variedad representativa, en la que se encuentran ángeles y personas corrientes, del Antiguo y del Nuevo Testamento, laicos y sacerdotes, antiguos y modernos. Con todo, cuando preparaba las pruebas de imprenta, me di cuenta de que había dado preferencia a santos con los que tengo algo en común. La mayoría son hombres de estudio, profesores o escritores. La comunión de los santos tiene una diversidad mucho más amplia que la que yo he presentado en el libro. En caso de que el lector se decida a escribir su propio libro, estoy seguro de que la lista será distinta.

He incluido en cada capítulo escritos del santo en cuestión o sobre él. He procurado escoger los textos más adecuados para inspirar nuestra oración y movemos a imitar las virtudes de esa persona. Se encuentran al final de cada capítulo, bajo el epígrafe *pondera en tu corazón*. He tomado este título de san Lucas, que dice de la Reina de los santos: «María guardaba todas estas cosas, ponderándolas en su corazón» {Le 2, 19}[1].

Ruego a estos santos que nos ayuden a comprender en profundidad la Iglesia, la sociedad perfecta a la que ellos y nosotros pertenecemos.

PRIMERA PARTE

1. INCIDENTE EN ASÍS: LA CIENCIA DE LOS SANTOS

Asís podría representar el ideal que tiene Hollywood del cielo en la tierra. La ciudad está llena de edificios —hoteles, tiendas y restaurantes— medievales, por lo menos en su aspecto. Hacia cualquier dirección que se mire, se pueden apreciar paisajes con colinas verdes y redondeadas, como sacadas de cuadros de los antiguos maestros. Hay pocos coches en sus calles empedradas, a la vez que, en cualquier momento, el visitante puede encontrarse inmerso en medio de una multitud de peregrinos vestidos con túnicas marrones.

Sus habitantes están muy orgullosos de la ciudad de san Francisco y santa Clara. Hacen grandes esfuerzos para mantener su aspecto franciscano, a favor de los cientos de miles de peregrinos que la visitan cada año. Pero la ciudad también ha albergado a otros santos, como santa Inés de Asís, hermana pequeña de santa Clara; san Gabriel de la Dolorosa; o los más antiguos san Rufino —primer obispo de la ciudad— y el eremita benedictino san Vital.

También es una ciudad de millares de ángeles. La antigua fortaleza centenaria se llama *Rocca Sant'Angelo*, o castillo del santo ángel. Entre las numerosas iglesias de Asís, la joya más preciosa es la Basílica de *Nuestra Señora de los Ángeles*, que alberga la capilla de la *Porciúncula* (pequeña parcela) de san

Francisco.

Frente a su multitud de ángeles y santos, el tiempo para visitar Asís siempre es escaso. Mi mujer, Kimberly, y yo habíamos hecho varias excursiones rápidas a Asís, pero queríamos volver a recorrer sus calles en una peregrinación bien preparada y de carácter familiar. Anunciamos el viaje y nos dispusimos a atender a más de cien peregrinos de los Estados Unidos que decidieron acompañarnos.

Por este motivo, estábamos muy dispuestos a creer al médico cuando nos dijo que nuestro hijo de siete años, Joe, estaba en buenas condiciones para hacer el viaje. Este tenía lugar solo dos semanas después de la operación urgente de apendicitis a la que Joe había tenido que someterse. En opinión del doctor, se estaba recuperando de forma ejemplar, no había síntoma alguno de infección, ni ningún tipo de complicación.

Joe, por su parte, no parecía necesitar que el doctor le confirmase que estaba bien. Dinámico, atlético y con la constitución más fuerte de toda la familia, siempre estaba listo para emprender una aventura. Y Asís, con su infinidad de colinas y callejones, fortalezas y castillos, le prometía que iba a vivir episodios sacados directamente de las novelas y de la *Vida de los santos* de Butler[2],

Tanto Joe como nosotros íbamos a vivir en Asís una verdadera aventura, aunque bastante distinta de lo que habíamos imaginado.

En el viaje a Roma, y en el autobús en el que cruzamos las montañas para llegar a Asís, la actividad de Joe confirmaba el buen pronóstico médico. Con su viaje comenzado, mi hijo se sentía a la vez viajero, peregrino y cruzado. Por supuesto, sus padres, preocupados, estábamos pendientes del mínimo signo de

cansancio que pudiéramos observar en él. También le hacíamos las oportunas y necesarias recomendaciones de que debía descansar un poco, aunque eran totalmente ineficaces sobre un niño de siete años.

Nuestra primera jornada fue parcial, solo habíamos programado varias visitas a lugares relacionados con las vidas de los santos locales. En todo caso, fue suficiente para que cada miembro de la familia, incluido Joe, se mereciera un buen descanso y se quedara dormido en cuanto su cabeza tocó la almohada esa noche.

Llegó el segundo día. El itinerario programado ya era completo, así que nos levantamos temprano y nos arreglamos. Iba a ser una jornada totalmente distinta. Ya a primera hora, me había dado cuenta de que Joe tenía una expresión de dolor, y que necesitaba pararse. A la segunda hora, se doblaba cada vez que se paraba. Al principio, cada vez que le preguntaba cómo estaba, protestaba y me decía que todo iba bien, negando que tuviera más dolor que el propio de algún calambre provocado por la caminata. Sin embargo, pronto se hizo evidente que no podía seguir. En ese momento Kimberly sacó de la silla a nuestro bebé, David, y puso a Joe en su lugar.

También resultaba claro que esa medida era insuficiente. Con ayuda de nuestro guía encontramos un taxi que nos llevara al médico. Kimberly y yo nos dividimos: ella se quedaría en el casco antiguo con nuestros demás hijos y yo llevaría a Joe al hospital.

La experiencia del dolor y de la victoria

El taxi nos dejó a Joe y a mí a las puertas del *Ospedale di*

Assisi: un hospital que no tenía nada de atractivo ni de impresionante. No era lo que yo quería ver. No se parecía en nada a lo que hubiera esperado encontrar en cualquier punto turístico de los Estados Unidos. Su apariencia externa no me inspiraba demasiada confianza. Yo no quería ver aplicada a su práctica de la medicina esa cualidad universalmente admirada en *Asís*: su permanente anclaje en la Edad Media.

Mis temores se vieron algo aliviados por las expresiones amables de las personas que nos acogieron en el interior. Al mismo tiempo, los saludos añadieron un nuevo motivo de preocupación, porque era patente que, aparte de los saludos, podíamos intercambiar muy pocas palabras. Ellos pronunciaban estridentes *helio*, a los que respondían nuestros *buon giorno* de pronunciación patética. A continuación, entre gestos y frases torpes, conseguimos comunicar la historia médica de Joe y sus síntomas actuales.

Hay que decir que mi nivel de nerviosismo crecía por momentos y que llegó a ser más alto que la *Rocca Sant Angelo* que preside la ciudad. Joe ya se retorció de dolor entre mis brazos, sentado como podía en mi regazo.

El personal de recepción nos introdujo rápidamente en la sala de rayos X, a la que estaba llegando el técnico. Este también trabajaba como bombero, porque todavía tenía puesto su uniforme y las botas de agua. Hizo su trabajo con toda la agilidad de que fue capaz, pero con un equipo que a mi ojo inexperto parecía tener por lo menos dos décadas de antigüedad.

Nuestra peregrinación particular siguió en una sala de consulta, donde esperamos al *dottore*. Ese intervalo nos dio un breve momento de descanso. Cuando llegó el médico, como en respuesta a mis oraciones apremiantes, pude comprobar que

hablaba inglés correctamente.

Eché un vistazo al historial, mientras yo le empicaba la situación: la operación de apendicitis de Joe, su recuperación «ejemplar» y después la crisis. El asentía, después dio un par de golpecitos en el abdomen de Joe, que le hicieron gritar de dolor.

A continuación, el médico me condujo al pasillo y me dijo las palabras que tanto deseaba oír: «pienso que su hijo pronto estará bien». Con su inglés limitado, me explicó que el dolor se encontraba en un lugar «seguro». En cambio, si se moviera hacia el otro lado, habría que operar a Joe inmediatamente. «Lo cual sería un verdadero problema, no tanto por el hecho de operar, cuanto por tener que hacerlo *aquí*». El tono de sus palabras sugería que *aquí* no era precisamente el mejor lugar para someterse a una operación.

Ingresamos en el hospital, por una noche. Joe, que habitualmente tenía un apetito voraz, no tenía nada de hambre. Era un niño que casi nunca se quejaba, pero ahora estaba reducido a gemir y llorar sobre la almohada.

Procuré entretenerle con algo de conversación; y él intentó varias veces concentrar su atención en un videojuego manual. Sin embargo, el dolor acabó por absorber toda su atención y retorcer mi corazón paterno. Hacia las 10 de la noche le pregunté: «¿Dónde está ahora el dolor? ¿Sigue en el mismo sitio?». Pero me respondió: «No, se ha movido al otro lado». Le pregunté si estaba seguro, y me respondió que sí.

Joe no había oído mi conversación con el médico, por lo que desconocía el alcance de sus palabras. Puse una excusa cualquiera y me fui al puesto de enfermería, para pedir que me pusieran en contacto con el médico. La enfermera me dio un trozo de papel, en el que escribí: «Dolor en el otro lado.

Peligro».

\volví a la habitación para esperar al médico. Joe se retorció, en una auténtica agonía. Intenté tranquilizarle, y poco a poco sus muecas de dolor dieron paso a un murmullo, a la vez que caía en un sueño agotado e intermitente. Sin saber cuándo iba a llegar la ayuda que necesitábamos, apagué las luces de la habitación e hice lo único que me quedaba.

Caí de rodillas en la oración más desesperada, implorando la ayuda de Dios de la forma más general y más simple.

De pronto, me sorprendió percibir un sentido, muy vivo, de una presencia.

Dios estaba conmigo en esa habitación. Si de pronto alguien hubiera encendido las luces y le hubiera visto, no me habría sorprendido en absoluto. Dios me acompañaba en mi indefensión. Tenía una percepción clara de que El me preguntaba: *¿De qué tienes miedo?*

\volví en mí para responderle con franqueza e interiormente: *¿Cómo me preguntas eso? Sabes de qué tengo miedo. Me da miedo perder a mi hijo por operarle en un sitio que no está preparado para afrontar este tipo de problemas. Le quiero, y no quiero que se muera.*

Y, con la misma claridad, percibí la respuesta de Dios: *¿Eso es todo?*

Nunca me hubiera imaginado algo así. Me costaba aceptar esa pregunta. Me parecía que el Dios que todo lo conoce, que todo lo ve y de todo se compadece estuviera minimizando mi preocupación. Pero, ya que preguntaba, le respondí con todo mi ser: *Bueno, no es todo. Tengo miedo de lo que le pueda pasar a mi mujer, su madre. Quedaría destrozada por una pérdida como esta.*

La respuesta vino una vez más: *¿Eso es todo?*

Así que seguí adelante: *No, no es todo. Tiene hermanos. Además, estamos de peregrinación lejos de casa, y somos responsables de cien peregrinos. ¿Se supone que tengo que abandonarles?*

¿Eso es todo?

Empecé a comprender con claridad que todos mis temores se encontraban en la superficie. Sobre todo, entendí que estaban relacionados con miedos más profundos y más sutiles, relacionados con mi vida familiar y profesional. Tenía miedo al fracaso, a la pérdida y a la humillación. En un instante, mi vida se presentaba como una red de miedos, cuidados, preocupaciones y ansiedades. Hasta ese momento no me había dado cuenta de que fuera así.

Pero Dios estaba. Había entendido que Dios no me hacía las preguntas para que le diera información sobre nada. Preguntaba para obligarme a formular respuestas, a través de las cuales pudiera mostrarme que mi vida estaba muy dominada por el miedo.

Vinieron a mi mente las palabras con las que había inaugurado su pontificado el Papa de entonces, san Juan Pablo II. Había dicho al mundo: «¡No tengáis miedo!»[3]. En realidad, hacía eco a Jesús (cf. Mt 28,10) y a una multitud de ángeles (cf. Lc1, 13; 2, 10). Pero ninguno de ellos, ni Jesús, ni los ángeles, ni Juan Pablo II, ha dicho que nos faltaran razones para tener miedo. En cambio, nos piden que estemos por encima, que superemos el miedo aceptando la gracia que Dios nos ofrece por medio de nuestras pruebas.

Fue entonces cuando Asís cobró todo su significado para mí. En ese momento me di cuenta de que Joe y yo estábamos

muy lejos de encontramos solos en aquella habitación. Estaba Dios, pero junto a Dios había mucha más gente. Percibí la presencia de la Santísima Virgen María, de nuestros ángeles custodios, y de los santos cuyas huellas procuraba seguir, Francisco y Clara. También estaban el padre Pío, santa Teresa del Niño Jesús, y santo Tomás de Aquino, y san Josemaría Escrivá. Eran santos que habían tenido una influencia en mi vida intelectual y espiritual. Estaban realmente allí, en la presencia de Dios. Estaban porque les importábamos de verdad Joe y yo, y Kimberly y los peregrinos, y estaban intercediendo por todos nosotros.

Comprendí como nunca la verdad de la Escritura: «También nosotros, que estamos rodeados de una nube tan grande de testigos, sacudámonos todo lastre y el pecado que nos asedia, y continuemos corriendo con perseverancia la carrera emprendida: fijos los ojos en Jesús, iniciador y consumidor de la fe, que, despreciando la ignominia, soportó la Cruz» {Hb 12, 1-2}.

Los santos, esa gran nube de testigos, nos animaban mientras corríamos siguiendo a Jesús, nuestro «iniciador», en el momento en que compartíamos su Cruz.

El mismo capítulo de la *Carta a los Hebreos* constata la presencia de «miríadas de ángeles» junto a los santos, «los espíritus de los justos que han alcanzado la perfección» {Hb 12, 22-23}. También los ángeles me acompañaban en la habitación, rezando conmigo y por la petición de mi alma: por Joe.

Por favor, que el lector no me interprete mal. No soy un hombre proclive a los vuelos místicos, ni a creer en visiones o locuciones. Mi familia y mis mejores amigos son testigos de que no tengo ninguna inclinación hacia el entusiasmo. Pero en mi

experiencia no hay nada extraordinario. Creo que tuve, por un momento, una percepción clara de una realidad ordinaria. Es el escenario de fondo en el que se mueve nuestra vida diaria: los ángeles y los santos nos acompañan como testigos, como amigos y familiares. Nunca estamos solos. No debemos tener miedo. Esta realidad es el punto culminante de nuestra salvación, solo que la olvidamos con demasiada facilidad.

«El Señor está cerca. No os preocupéis por nada; al contrario: en toda oración y súplica, presentad a Dios vuestras peticiones con acción de gracias» (*FU* 4, 5-6).

A medida que daba a conocer mis miedos, crecía en mí la conciencia de la presencia de los santos. En cierto sentido, ellos estaban más presentes que yo, porque eran más conscientes, estaban más despiertos y más vivos en Dios. Eran como hermanos mayores que habían acudido a ayudar al pequeño cuando se ha hecho daño. Mi oración se convirtió en una conversación que los incluía a todos. Una vez más, si alguien hubiera encendido la luz de repente, y les hubiera visto las caras, no me habría sorprendido en absoluto.

Llegó un momento en que pensé que podría haber rezado así toda la noche. Pero también me di cuenta de que hacerlo hubiera sido egoísta, porque me volvería completamente inútil para cualquiera que me necesitara en el momento de la operación de Joe. Supe que tenía que levantarme del suelo y dormir un rato.

Entonces me di cuenta de otra cosa: durante las últimas dos horas y 45 minutos, Joe no había emitido un solo ruido. No había gritado, ni llorado, ni tenía un gesto de dolor. Había estado durmiendo tranquilo, todo el tiempo.

No entendí que se había producido un milagro. Solo noté

una sensación de paz, me dirigí a nuestra Señora, que había estado allí en todo momento, y puse fin a la noche rezando el Rosario.

La ciencia de los santos

Cuando me desperté, hacia las ocho de la mañana, Joe todavía dormía. Oí voces apagadas en el pasillo y reconocí una de ellas, la del médico. Cuando se asomó a la puerta, yo me acerqué para hablar en voz baja. Me dijo que ya había convocado al equipo necesario para realizar la operación.

Le conté que el dolor se había movido por la noche, que Joe había estado llorando hasta tarde, pero que había dejado de hacerlo alrededor de la medianoche. También le conté que en ese momento yo estaba de rodillas, rezando.

Sonrió, comprensivo pero escéptico al mismo tiempo.

De pronto, Joe se despertó, se sentó y dijo: *Buon giorno!* La noche anterior no era capaz de sentarse sin ayuda.

El médico estaba visiblemente sorprendido. *Buon giorno, Giuseppe!*, le dijo. «¿Qué tal te encuentras?».

Joe bostezó y le dijo: «Muy bien». Todavía escéptico, el médico levantó la camiseta de Joe e hizo presión sobre los dos lados de su abdomen.

Mientras, Joe contó al doctor cómo se había movido el dolor por la noche, para desaparecer después.

El médico seguía incrédulo y pidió pruebas. Durante las tres horas siguientes, las enfermeras sacaron sangre y la mandaron al laboratorio.

Hacia el mediodía volvió el médico, sacudiendo la cabeza. Me dijo: «Yo no soy religioso. Soy un hombre de ciencia. No creo en los milagros. Pero cuando se ejerce la medicina en Asís,

uno puede encontrar estas cosas. Son hechos que la ciencia no puede explicar».

Solo puedo añadir que esa es la verdadera ciencia. Santa Edith Stein la llama «ciencia de los santos». Es el tema de este libro.

Alban Butler (1710-1753), sacerdote católico inglés, fue un destacado intelectual de su tiempo, profesor de

filosofía y teología en la universidad de Douai. Su principal obra es *La vida de los Padres, mártires y otros santos principales* (título original: *The Lives of the Fathers, martyrs and other principal saints*), a la que dedicó tres décadas de estudio, para cuya elaboración se sirvió de sus amplios conocimientos de las lenguas antiguas y modernas y de su gran laboriosidad. Se convirtió en una obra de referencia muy divulgada, que ha tenido numerosas reediciones hasta el presente (NdT).

2 San Juan Pablo II, *Homilía en la Misa de comienzo de su pontificado*, 22 octubre 1978, n. 5 (NdT).

2. EL ÚNICO SANTO

Con el paso del tiempo, la palabra santo (*saint*) ha adquirido un significado muy preciso, un sentido técnico. Con ella designamos a un hombre, mujer, niño o niña — siempre fallecido, y con frecuencia hace mucho tiempo— que ha superado el proceso jurídico que la Iglesia llama de *canonización*. Con esta palabra queremos decir que la Iglesia garantiza que esa persona está con Dios en el Cielo y que puede interceder por los que estamos en la tierra. La Iglesia suele tardar varias décadas, a veces siglos, en llegar a esa conclusión. A lo largo del proceso, la vida del candidato es sometida a una investigación intensa, examinada por varios dicasterios del Vaticano, y pasa de un título honorífico al siguiente:

— *Siervo de Dios* es el título que confiere el obispo al que corresponde la jurisdicción para empezar la fase de investigación del proceso de canonización. Se usa en la documentación que se presenta a la Congregación para las Causas de los Santos, en el Vaticano.

— *Venerable* significa que la Iglesia ha realizado un primer examen de la vida del candidato, del que ha concluido que ha vivido las «virtudes heroicas», es decir, las virtudes propias de la vida cristiana, hasta sus últimas consecuencias.

— *Beato*: con este título, la Iglesia declara que juzga

«merecedora de creencia» la idea de que esa persona está en el Cielo. Normalmente, la declaración se produce después del reconocimiento de un milagro atribuido a la intercesión del candidato. La Iglesia asigna un día a la fiesta del beato, aunque de ordinario solo se celebra en la diócesis o en la institución religiosa a las que pertenecía. La ceremonia en que se proclama un nuevo beato se llama *beatificación*, y puede ser celebrada por un obispo, aunque siempre con la previa aprobación del Papa.

— *Santo* aparece delante del nombre de aquellos de quienes la Iglesia ha declarado, con certeza absoluta, que están en el Cielo. El acto por el cual el Papa reconoce a alguien como santo se llama *canonización*. En la mayoría de los casos, se ha demostrado el poder intercesor de esa persona con dos milagros posteriores a su muerte, uno de ellos después de la beatificación. Hay personas en la tierra que han obtenido beneficios gracias al santo al que han invocado, y que no pueden tener otra explicación que su intercesión: por ejemplo, muchas curaciones de heridas o de enfermedades. Se pueden dedicar iglesias a los santos canonizados, y sus fiestas se pueden celebrar en cualquier lugar del mundo.

Esto es un santo, al menos en la lengua inglesa. Los santos, como san Pedro, san Juan Bosco o santa Teresa de Ávila, son el equivalente a las grandes estrellas en la Iglesia. Pero el término encierra un sentido más profundo. Es necesario que conozcamos un poco el origen de la palabra y su uso en otras lenguas modernas, ya que el inglés siempre busca la máxima precisión. Esto la hace muy adecuada para la literatura científica y técnica; pero en el camino se corre el riesgo de eliminar la esencia del significado y algunos matices propios del término. Con la creación de un vocablo específico para designar a los

santos «oficiales», nuestra lengua ha perdido buena parte de la poesía y del poder que contienen el latín *sanctus*, el griego *hagios* y el hebreo *kodesh*.

Otras lenguas modernas son menos precisas. En francés se usa el mismo término para *saint Pierre* (san Pedro) y el *saint Graal* (el santo Grial). La palabra francesa *saint* significa «santo» en su acepción más general y se puede aplicar a cualquier realidad que se considere sagrada: persona, lugar u objeto. En francés, la Sagrada Escritura es denominada la *Sainte Bible*[4],

Tener en cuenta este aspecto nos será útil para hacer una primera aproximación al concepto de santidad. En mi condición de angloparlante, puedo ser capaz de usar los términos de forma muy exacta, pero esa precisión puede conllevar una pérdida de sutileza, complejidad y poder de evocación.

Hemos de tener muy presente que algunos términos, que para nosotros son distintos —como los ingleses *sainthood*, *sanctity* y *holiness*—, para la mayor parte del mundo y a lo largo de la historia, solamente han sido aspectos distintos del mismo término e incluso de la misma realidad.

Por favor, no se piense que estamos haciendo un juego de palabras o una especie de laberinto semántico. El tema tiene consecuencias muy importantes para nuestra fe católica. Casi todos los domingos y todos los días festivos cantamos en Misa un antiguo himno llamado *Gloria*: «Gloria a Dios en el Cielo...». Se trata de un canto que los hombres hemos aprendido de los ángeles, que lo entonaron en el momento del nacimiento de Jesús (cf. *Lc* 2, 14). Probablemente, forma parte de la liturgia de la Iglesia desde la primera generación de cristianos, y todavía hoy nos encanta proclamarlo en la asamblea. En ese himno

proclamamos a Dios: *tu solus Sanctus*, «solo tú eres santo», que también significa «tú eres el único santo». La expresión no deja lugar a dudas ni margen para la adivinación. Sin embargo, es sorprendente que se proclame también en las fiestas de *sanctus Petrus*, o *sanctus Paulus*, de san Pedro y san Pablo.

Es más, los católicos han seguido esta costumbre durante siglos y sin sufrir el menor conflicto interno. Ni un olor o disonancia cognitiva que alteren el perfume del incienso.

¿Qué queremos decir, tanto en la tierra como en el cielo, cuando usamos la palabra *sanctus*? ¿Qué deberíamos querer decir al usarla? ¿Por qué decimos que es una cualidad que pertenece solamente a Dios, aunque la apliquemos con tanta amplitud a la Biblia y al cáliz, a Pedro y Pablo, al padre Pío y al Papa?

La santidad está en el Cielo

No ha sido siempre así. No todos los creyentes se han tomado la libertad de aplicar el adjetivo *santo* a otros creyentes.

De hecho, antes de la venida de Cristo, el uso del término *santo* se limitaba a su sentido más estricto y se reservaba exclusivamente a Dios. «No hay santo como Yahvé, porque no hay ninguno fuera de ti» (1 *Sam* 2, 2).

El Rabí Joshua Bennan pone de relieve que, en el uso clásico, el término hebreo *kodesh* (santo) y sus derivados, como *kedushah* (santidad), solo se aplican propiamente a Dios[5]. A lo largo de las Escrituras judías, solo designa la esencia de Dios. «¿Quién como tú, Señor, entre los dioses? ¿Quién como tú, glorioso en santidad?» (*Ex* 15, 11; cf. *Am* 4, 2).

La palabra designa al Altísimo y, por extensión, describe

la presencia de Dios, y el lugar o tiempo de su morada. Así, el Tabernáculo, esa capilla portátil que los israelitas usaban para la adoración sacrificial, era *kodesh*, como también el Templo construido por Salomón (cf. por ejemplo *Ex* 26, 33; y *1 Re* 8, 6). En el interior de esos lugares, el santuario más reservado, el «lugar sagrado» y «santo de los santos», funcionaba como una especie de reserva de la presencia de Dios. Era un lugar «separado», según el significado literal de *kodesh*. Se encontraba aparte del mundo profano y contaminado, mediante gruesos muros y amplios patios. La tribu sacerdotal, la de los levitas, custodiaba esos lugares, los mantenía y purificaba como corresponde a la presencia de Dios. El santo de los santos estaba tan protegido que solo el sumo sacerdote podía entrar en él, y solo una vez al año, el Día de la Expiación. Incluso en esa ocasión, su estancia era breve, justo el tiempo necesario para recitar la oración ritual antes de volver a su vida ordinaria.

El Rabí Berman también señala que las Escrituras judías no llaman *kodesh* a ningún individuo humano, porque nadie es «santo». El *Sabbath* es santificado por la presencia especial de Dios, al igual que el Tabernáculo y el Templo. Israel es santo porque Dios ha decidido vivir entre su pueblo elegido, que en cuanto colectivo es «de los santos». El Arca de la Alianza es santa porque es el lugar de su morada; la Ley es santa porque protege la pureza del santuario; también las vestiduras sacerdotales son santas porque su uso está reservado a la presencia de Dios. Sin embargo, no existe en ese tiempo hombre alguno que sea «santificado». Ningún ser humano es «santo». Noé «fue un hombre justo» (*Gn* 6, 9). Moisés fue un «hombre de Dios» (*Di* 33, 1). David, «un hombre según el corazón de Dios» (*1 Sam* 13, 14). Solo en una ocasión se describe a un

hombre como «santo», cuando una mujer de buena posición dice de Elíseo: «Ahora entiendo que este, que siempre pasa por nuestra casa, es un hombre de Dios» (2 Re 4, 9). Pero quien habla no tiene una especial autoridad, ya que no es Dios ni su profeta. Por eso, esta única excepción confirma la regla, dando prueba de lo que proclamamos en el Gloria: *tu solus sanctus*. Solo Dios es santo (*holy*). Dios es el único santo *isaini*).

En efecto, la santidad es la esencia de Dios, y Santo es su nombre. En el Antiguo Testamento, el profeta Isaías narra su visión del trono celestial, confirmada por san Juan en el *Apocalipsis* del Nuevo Testamento. En la visión de Isaías, sobre el trono de Dios «unos serafines se mantenían erguidos [...] y se gritaban el uno al otro: Santo, santo, santo el Dios de los ejércitos» (Is 6, 2-3).

Profetismo compartido

En el libro de Daniel, concretamente en su capítulo 7, se relata un episodio desconcertante. Entre todos los grandes oráculos proféticos, este pasaje es uno de los más significativos para los cristianos, porque relata la visión de «como un hijo de hombre» (*In* 7, 13), que viene desde las nubes y es digno de presentarse ante el trono de Dios. En nombre del Cielo, este Hijo de hombre redime a las naciones y las gobierna.

De todas formas, no gobierna solo. Comparte su reinado con el pueblo de Dios en la tierra. Y en este punto se encuentra lo más llamativo: Daniel habla del pueblo de Dios *seis veces a lo largo del capítulo* como «santos», y otras cuatro les llama «santos del Altísimo». Es más, algunas de las cosas que dice de ellos siguen siendo muy sorprendentes:

Recibirán el Reino los santos del Altísimo y poseerán el Reino por siempre, por los siglos de los siglos [. . .] El reinado, el dominio y la grandeza de los reinos que hay bajo todo el cielo serán entregados al pueblo de los santos del Altísimo. Su reino será un reino eterno, al que todos los soberanos temerán y se someterán (*Dn* 7, 18. 27).

Daniel contempla una multitud de personas que son santas y que incluso gobiernan la tierra en nombre de Dios. Es algo excepcional en el Antiguo Testamento, pero el propio contexto indica el motivo de esa excepción. Daniel no presenta a los santos en el curso de una narración histórica, sino en una profecía mesiánica. No describe una realidad presente, ni narra el pasado. Está viendo por anticipado el reino que ha de llegar. La visión de Daniel se produce, además, durante el Destierro de Babilonia, seis siglos enteros antes del nacimiento de Cristo.

Daniel ve a un Mesías humano pero capaz de actuar con el poder de Dios. Es un «Hijo de hombre», pero mira al Anciano de los Días como a un padre. Parece, por tanto, que ese Hijo del hombre también es Hijo de Dios. Además, en la visión de Daniel logra realizar, de forma bastante espectacular, algo en lo que había fracasado todo pretendido Mesías desde Adán. Al mismo tiempo que se revela como Hijo, da a otros el poder de convertirse en santos.

De hecho, cuando llegue el Mesías se llamará a sí mismo Hijo del hombre (cf. *Mt* 20, 28) y su gente será conocida como santos y santas. Así, Daniel anticipa el día en que Dios comparta su reino con «los santos del Altísimo».

Hemos hablado de visión profética. Daniel la tenía en abundancia.

La santidad se contagia

La comprensión de la santidad cambia de forma bastante radical en los Evangelios. En efecto, aquello que era excepcional para el Antiguo Testamento, se convierte en norma para el Nuevo Testamento. Antes incluso de la concepción de Jesús, el ángel dice a la Virgen María: «*el que nacerá Santo* será llamado Hijo de Dios» (*Le 1, 35*).

Detengámonos un momento en esta expresión. ¿Cuántas veces la habremos escuchado durante el Adviento, pasando de largo? ¡El niño Jesús recibe el nombre mismo de Dios! Se afirma que él posee una cualidad que solo Dios tiene en propiedad. De todas formas, no deja de ser un *niño* que viene al mundo. Pasa sus primeros años en la tierra de Egipto, que no es precisamente un símbolo de santidad, sino de mundanidad: los antiguos judíos asociaban el lugar a la idolatría y la esclavitud. El santo traerá el sosiego al centro de la tempestad.

El niño Jesús se convertirá en un hombre poco observante de los tabús que se habían formado para «proteger» la santidad. Ignorando la prohibición de trabajar en sábado, obró algunas curaciones y a este propósito citó la prerrogativa divina como algo suyo (cf. *Jn 5, 16-17*). Sus obras, lejos de profanar el sábado, en realidad lo consagraron. Su presencia física, su tacto, al igual que el toque de la hostia en la lengua, convirtieron en santa la realidad que le rodeaba. Se proclamó «Señor del Sábado» (*Le 6, 5*). Fue él quien santificó el sábado, y no a la inversa. Los Apóstoles reconocieron en Jesús al «Santo de Dios» (*Jn 6, 69*) y también lo hicieron los demonios (*Me 1, 24*), hecho que es bastante significativo.

¿Qué sucede en el Nuevo Testamento? Contemplamos que

Dios se hace cercano. Ya no se encuentra en la distancia, está entre nosotros. Jesús ha roto los límites que se habían establecido para separar lo «impuro» de lo «santo». En otro importante texto del Evangelio de san Mateo, vemos cómo toca a un leproso (*Mt* 8, 2-3), un cadáver (*Mt* 9, 24-25) y una mujer con flujo de sangre (*Mt* 9, 20-22). Según la Ley de Moisés, cualquiera de esas acciones contamina a un hombre, por lo que le impide entrar en el Templo e incluso cruzar las puertas de la ciudad santa, Jerusalén. Pero Jesús no tuvo ningún reparo en romper esas barreras y el resultado fue que, en lugar de contraer alguna forma de «impureza» de esas gentes, pudo comunicarles su plenitud y curarles. Después de todo, ¿para qué sirve un médico si no puede estar junto a sus pacientes?

Un símbolo bastante expresivo de esta realidad es la rasgadura del velo del Templo en el momento de la Muerte de Cristo.

«El velo del Templo se rasgó en dos de arriba abajo» (*Me* 15, 38). Ya no hay frontera entre la humanidad y el auténtico Santo de los Santos, el lugar donde los querubines proclaman «santo, santo, santo». Ahora tenemos acceso a él «por el camino reciente y vivo que él nos abrió a través del velo, es decir, de su carne» (*Hb* 10, 20). Podemos entrar en el lugar más santo —el cielo— porque hemos sido santificados por la sangre de Jesucristo (cf. *Hb* 10, 19). Y podemos entrar con seguridad, aunque solo los santos pueden entrar en la presencia de Dios y seguir viviendo, porque Dios puede hacernos santos (cf. *Apoc* 21, 27).

La santidad de Jesús debe haber sido, de hecho, comunicable, ya que, en el momento de su muerte, «se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de los *santos*, que habían

muerto, resucitaron» (Mt 27, 52). Al final del ministerio terreno de Jesús, «muchos» habían sido santificados y habían empezado a ser partícipes de la santidad de Dios.

Aunque se trate de citas dispersas en lugares distintos, dan prueba de que se produjo una verdadera revolución cósmica. La santidad irrumpió en el mundo cuando el Verbo se hizo carne, y se manifestó en lugares totalmente inesperados. Su presencia ya no se limita al territorio de Jemsalén, ni al seno del pueblo de Israel; ya no está circunscrita a las 24 horas del *Sabbath*. La santidad, ahora, ha irrumpido en las vidas ordinarias de la gente corriente de todos los lugares.

La multitud reunida

La idea de una santidad compartida, esbozada en los Evangelios, se convierte en un tema principal de las cartas de san Pablo, que aplica el adjetivo *santo* a los seres humanos sin el menor escrúpulo. Lo hace desde la primera de sus cartas que recoge el Nuevo Testamento: «a todos los que estáis en Roma, amados de Dios, llamados a ser santos» (Rm 1, 7). No solo trata como santos (*hagiois*, en el original griego) a los cristianos, sino que añade que Dios ha llamado a todos los cristianos de la iglesia romana a ser santos.

Pero no restringe esa santidad a las fronteras de la capital imperial. En la misma carta habla de «los santos que viven en Jerusalén» (Rm 15, 26). En su *Carta a los corintios*, aplica el término en su acepción más universal —más católica—, cuando habla de «todas las iglesias de los santos» (1 Cor 14, 33).

En este caso, no se dirige a un grupo de élite que forme parte de cada congregación. Lo confirma en su *Carta a los*

filipenses, que abre con estas palabras: «A todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos, con los obispos y diáconos» (*Fil* 1, 1). La redacción parece señalar que pensó en el clero en un segundo momento, como en una subcategoría dentro del grupo principal: el de «los santos». En realidad, es así.

¿Cómo es posible que todas esas personas —esos primeros cristianos— lleguen a adquirir de pronto la «santidad», una cualidad que antes solo pertenecía a Dios? No podemos asociarlo a un fallo en la expresión de san Pablo, porque lo hace con demasiada frecuencia y de forma muy deliberada. Hay que recordar que Pablo era un experto reconocido en las Escrituras judías, y que es indudable que conocía bien su doctrina. Había sido fariseo, una secta dedicada a proteger la santidad de Dios de la contaminación del mundo. El monopolio de Dios en materia de santidad había sido el pilar sobre el que Pablo construyó su comprensión del Templo, de las leyes sobre la pureza, de la peculiar vocación de Israel y de muchas otras realidades.

Aún así, encontramos que Pablo, el mejor teólogo de su tiempo, usa el término con total libertad y, al parecer, como sinónimo de «cristiano».

De hecho, Pablo no usa ni una sola vez el adjetivo *cristiano* cuando designa a los miembros de la Iglesia. En cambio, habla de ellos como los que están «en Cristo». Aquí encontramos la clave para comprender esta repentina santidad de los seres humanos. Se trata de «santos en Cristo», es decir, que son santos por estar en Cristo, que es santo porque es Dios mismo. (Podríamos pensar en Jesús en comparación con el rey Midas, cuyo solo toque no se limita a convertir las cosas en oro, es que las hace santas). La expresión *en Cristo* es frecuente en

los escritos de san Pablo y sintetiza su comprensión de la vida cristiana.

Mucho antes de la llegada de Cristo, Dios había exigido a Israel que fuera una «nación santa» (*Ex* 19, 6) en el momento en que liberó a las tribus de la esclavitud de Egipto. Pero los israelitas perdieron esa dignidad, casi inmediatamente, por la adoración idólatra del becerro de oro (cf. *Ex* 32, 1-6). En consecuencia, Dios tuvo que darles un código legal muy detallado que les sirviese como remedio, como disciplina y como vía para restaurar su dignidad. Sin embargo, ellos cayeron reiteradamente en la idolatría y en la inmoralidad. Ellos mismos se incapacitaron para vivir según la Ley, lo que les impidió conducir una vida recta, digna de la santidad de Dios. La Ley, que se había establecido para servirles de ayuda, principalmente sirvió para poner de manifiesto su irremediable debilidad: su condición pecadora. Junto a su incapacidad para guardar la Ley, su necesidad de Dios se redujo a algo dolorosamente externo.

El solo poder humano, la sola naturaleza humana, y la vida solamente humana son insuficientes para que una sola persona pueda llevar una vida «santa». Ni siquiera la Ley podría haber llevado a nadie tan lejos. Únicamente Dios es capaz de hacer santo a alguien. Quiere que los seres humanos lleguen a compartir esa vida. Y *quiso* con hechos que nosotros pudiéramos compartir su vida. Sin embargo, hemos perdido los puntos de referencia; seguimos pecando. ¿Qué podía hacer Dios?

No esperó que pudiéramos alcanzar su vida por nuestro propio poder. En cambio, vino a compartir nuestra vida. El Verbo se hizo carne en Jesucristo. El Hijo eterno de Dios se hizo Hijo del Hombre, para que los hijos de los hombres pudieran

llegar a ser hijos de Dios. ¿Cómo podemos conseguirlo? Una vez más, la clave se encuentra en la preposición paulina: podemos participar de la santidad de Dios porque vivimos «en Cristo». Somos «partícipes de la naturaleza divina» (2 *Pe* 1, 4). Podemos participar de la naturaleza de Dios porque él ha descendido para compartir nuestra naturaleza humana.

En los tiempos del Antiguo Testamento, el Templo constituía el lugar reservado de la santidad. Sin embargo, ahora, Cristo ha declarado que el Templo es su cuerpo (cf. *Jn* 2, 21). Su cuerpo también es la Iglesia, por lo que todos los miembros de la Iglesia lo son también de su cuerpo (cf. *Hech* 9, 4 y *Ef* 2, 19-22). Viven «en» él, y él vive «en» ellos.

«Porque conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que, siendo rico, se hizo pobre por vosotros, para que vosotros seáis ricos por su pobreza» (2 *Cor* 8, 9). No nos hemos enriquecido en el sentido humano del término, sino porque Dios nos ha dado todas sus riquezas: su vida, una participación en su naturaleza, y su santidad.

Cuanto estamos afirmando no es una metáfora. Es la realidad de nuestra salvación. Sí, hemos sido salvados *de* nuestros pecados, lo cual es algo maravilloso. Pero es más importante que hemos sido salvados *para* la filiación. Como dicen los Padres, hemos sido hechos «hijos en el Hijo». Cristo es el «primogénito» (cf. *Hb* 1, 6) de Dios Padre, pero «en él», la Iglesia se ha convertido en «asamblea de los primogénitos» (*Hb* 12, 23).

En Cristo, «somos hijos de Dios; y si somos hijos, también herederos: herederos de Dios, coherederos de Cristo» (*Rm* 8, 16-17). Lo que él tiene por naturaleza, su vida divina, lo ha compartido con nosotros por la gracia.

Podemos alcanzar la santidad porque hemos sido constituidos miembros de la casa divina, de la familia de Dios (cf. *Efl*, 19). Se nos ha hecho partícipes de *la vida de la Santísima Trinidad*. Una vida que es la definición misma del Cielo, pero que se nos ha dado ya ahora como anticipo.

«Recibid el Espíritu Santo», dijo Jesús a los Apóstoles (*Jn* 20, 22). A continuación, les dio el Espíritu. La tercera Persona de la Santísima Trinidad ha venido a habitar en nuestros corazones. Ha venido a morar en cada uno de nosotros. «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado» (*Rm* 5, 5). No se trata solamente de un sentimiento cálido y agradable. Recibir al Espíritu Santo es recibir la santidad. El Espíritu Santo es el santificador por excelencia. Después de todo, Santo es su nombre.

Por el Espíritu hemos renacido como santos (cf. *Tito* 3, 5), el Espíritu nos hace hablar como santos (cf. *1 Cor* 12, 3), y nos alegramos en el Espíritu, como santos (cf. *Rm* 14, 17). Nuestros mismos cuerpos son templos del Espíritu Santo (cf. *1 Cor* 6, 19). El Espíritu da testimonio de que somos hijos de Dios, de que compartimos la naturaleza divina; es decir de que somos santos (cf. *Rm* 8, 15-16).

Como dice san Pablo, hemos recibido la santidad «en» el único santo, en Dios, porque compartimos la humanidad divinizada de Cristo en la vida de la Iglesia, por medio de los sacramentos que él ha confiado a la Iglesia.

Crecimiento en gracia

Pablo habla con una gran fuerza de la importancia del

Bautismo. Un solo paso de su *Carta a los gálatas* (cf. 3, 24-29), breve, condensa una cantidad enorme de información sobre los efectos del Bautismo:

1. Trae consigo nuestra justificación (v. 24),
2. nos libera de la disciplina inútil de la Ley (v. 25),
3. nos da la nueva condición de hijos de Dios (v. 26),
4. nos reviste de Cristo (v. 27),
5. hace que aquellos que estaban divididos sean uno «en Cristo» (v. 28),
6. hace que todos, judíos y gentiles, sean de la estirpe de Abraham (v. 29).

7. Nos hace vivir *en Cristo*, como miembros de la familia de Dios. Vivir en Cristo significa que somos elevados, introducidos en la vida de la Trinidad, desde ahora. El Bautismo hace de nosotros una nación verdaderamente santa. Nos convierte en *santos*. Lo que no podemos llegar a ser en base al poder, por estirpe o por una voluntad de hierro —de la que, en todo caso, carecemos— nos viene dado por la gracia de Dios.

El Antiguo Testamento describía el vínculo entre Dios y su pueblo como una «alianza» (*b'rith* en hebreo, y *diatheke* en griego). El Nuevo Testamento sustituye el lenguaje de la alianza por un nuevo término griego: *koinonía*, comunión. Estamos tan cerca de Cristo que vivimos «en» él, y él vive «en» nosotros. *Comunión* es el único término capaz de expresar en las lenguas modernas la realidad de esta mutua y amorosa inhabitación.

Tendríamos que conservar bien presente la importancia del uso que hace Pablo de la palabra *comunión*, porque señala un cambio radical en su pensamiento, incluso revoluciona la historia de nuestra salvación. Antes de la venida de Jesucristo, ningún judío de habla griega se hubiera atrevido a describir la

relación entre Dios y un ser humano con *koinonía*. Era una de las formas que tenían de preservar la trascendencia divina. Tampoco los judíos de lengua hebrea hubieran usado nunca su equivalente, *chaburah*, para el mismo fin. Ambas palabras se habían usado solamente para designar relaciones «horizontales» y terrenas, entre buenos amigos o entre miembros de la misma familia.

En cambio, desde este momento, el mundo conoce esa comunión con Dios por los sacramentos que Cristo ha confiado a la Iglesia. Es una realidad que implica a todos los sacramentos, empezando por el Bautismo (*Mt* 28, 19), pero que continúa de forma muy particular en la Eucaristía y en la Confesión (cf. *1 Cor* 11, 24; *Jn* 20, 21-23), los dos sacramentos que podemos y que deberíamos recibir con frecuencia. Pablo define la Eucaristía como el medio por el que la Iglesia extiende la Encarnación de Dios por el poder del Espíritu. Lo explica en términos de comunión en el cuerpo y la sangre de Cristo. «El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión [*koinonía*] de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión [*koinonía*] del Cuerpo de Cristo?» (*1 Cor* 10, 16).

Estos dos sacramentos son el medio ordinario por el que los seres humanos alcanzan la santidad, el camino más común por el que nosotros, mortales, podemos participar de la vida divina. Recibir los sacramentos es vivir en Cristo, ser miembros de su cuerpo, vivir en su santo templo. Es vivir en la Iglesia a través de la vida que Cristo ha dado a su Iglesia. Es ser cristiano. «Puesto que el pan es uno, muchos somos un solo cuerpo, porque todos participamos de un solo pan» (*1 Cor* 10, 17).

San Ignacio de Antioquía, que vivió en el siglo I y que conoció a los Apóstoles, evocaba todos los términos propios del

sacerdocio del Antiguo Testamento —templo, adoración, realidades sagradas—, pero mostraba que habían alcanzado su plenitud en el Nuevo Testamento, y no solo en Cristo, sino en cada cristiano: «todos vosotros sois también compañeros de ruta, portadores de Dios y portadores del templo, portadores de Cristo, portadores de santidad» [6].

Participamos *juntos*. Es decir, ninguno de nosotros vive solo su relación con Dios. Juntos, como Iglesia, somos portadores de Cristo, del templo y de la santidad. Cristo no ha venido a crear una asociación dispersa de individuos, en la que cada uno viva un «solo Jesús y yo».

En comunión con Cristo, tú y yo somos miembros de su Cuerpo, su Iglesia, junto con nuestros hermanos cristianos. Somos santos en comunión. Es verdad que no tenemos los títulos de esos hombres y mujeres que han sido canonizados, pero vivimos en santidad. Deberíamos recordarlo la próxima vez que nos enfademos con un vecino, o con un desconocido.

Somos la asamblea de primogénitos, somos cristianos; formamos parte de la Iglesia Católica, existimos en *koinonía*. Somos los santos, somos la *Comunión de los santos*.

Respetamos el contenido del texto original, en las comparaciones entre las lenguas inglesa y francesa. Al mismo

tiempo, se impone una reflexión sobre los términos castellanos. Según el *Diccionario de uso del español*, la palabra «santo» se usa igual que en francés, extendiéndose a personas, objetos y lugares; aunque también admite otras acepciones. Además, existe el adjetivo «sagrado», que se usa para personas y lugares dedicados al culto (NdT).

3 Joshua Berman, *The Temple. Its Symbolism and Meaning Then and Now*, Jason Aronson, Northvale (NJ) 1995, pp. 1-12.

4 San Ignacio de Antioquía, *Carta a los efesios*, 9, 2.

3. POR *TODOS* LOS SANTOS

No existen fronteras entre los santos. Hemos visto que «santos» son las personas que viven en el cielo, y que también son «santas» las personas que se sientan a nuestro lado en el banco de la iglesia, cada domingo. Ambas poblaciones están interrelacionadas e interactúan, porque coexisten en una comunidad especial. La llamamos «*Comunión de los santos*», y vale la pena examinar los fundamentos bíblicos de la expresión.

Cualquier católico podría saludar a cualquier iglesia con las mismas palabras que usó san Pablo en su saludo a los corintios, porque cada parroquia es la asamblea de «los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos» (1 *Cor* 1, 2). Cada cristiano ha sido santificado por el Bautismo, y en ese mismo momento ha sido llamado por Dios a perseverar en la santidad. Pero Dios no ha llamado a nadie a actuar aislado. Cada uno obtiene fuerza para el camino de los demás, a la vez que todos sacamos nuestra fuerza de Dios. San Pablo insiste en esto cuando prosigue diciendo que hemos sido «llamados a ser santos, *junto a* todos los que invocan en todo lugar el nombre de nuestro Señor Jesucristo» (1 *Cor* 1, 2) [7],

Nuestra vida se desarrolla dentro de una amplia comunidad con «todos aquellos» que comparten la misma

llamada y que proceden «de todo lugar». La afirmación es tan válida para los cristianos de Corinto como para los de Colosas, a quienes san Pablo se dirige como «*santos* y fieles hermanos en Cristo Jesús» (*Col* 1, 2) y elogia «el amor que tenéis a todos los *santos*» (*Col* 1, 4) y que no se limita a los fieles de Colosas, sino que se extiende a toda la tierra. A continuación, el Apóstol da un paso más cuando escribe «dando gracias al Padre, que os hizo dignos de participar en la herencia de los santos en la luz» {*Col* 1, 12).

«Los santos en la luz»: ¿Qué quería decir san Pablo con esta expresión? Solo puede referirse a aquellos santos que ya han fallecido y que contemplan la gloria de Dios en toda su plenitud, a los fieles cristianos que ya viven «en la luz» divina y que «ven [a Dios] tal como es» (1 *Jn* 3, 2).

La comunión de los santos, por tanto, no es un fenómeno solamente terreno. Tampoco se trata de un título bonito para la asamblea dominical, o para la reunión de estudio de la Biblia de los miércoles. Se trata de una realidad que es a la vez terrena y celestial. La *Carta a los colosenses* nos dice que es una herencia que compartimos desde ahora con aquellos que ya la disfrutaban en plenitud.

El Nuevo Testamento confirma varias veces la existencia de este vínculo entre los cristianos que viven en la tierra y los cristianos que están aún más vivos en el Cielo. En cierto sentido, cometemos un error cada vez que hablamos de ellos como «los muertos». Aunque sus cuerpos hayan muerto, sus almas viven en Cristo; nada les separa de Dios y por eso están, de hecho, más vivos que nosotros. Ahora se encuentran «en la luz». «Ahora vemos como en un espejo, borrosamente; entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de modo imperfecto, entonces conoceré

como soy conocido» (1 Cor 13, 12).

Cada domingo, al recitar nuestra profesión de fe, decimos: «creo en la comunión de los santos [...] y en la vida eterna». Aun así, el beato cardenal Newman decía que «nada hay más difícil que darse cuenta de... todos esos millones de personas que viven y que han vivido... cada una de esas almas sigue viva»[8],

Aunque su presencia se afirma muchas veces con claridad en la Escritura, y por mucho que juremos que se trata de nuestra religión, nos cuesta bastante llegar a creerlo. «Nada es tan difícil», como dice el cardenal Newman.

Puede ser útil, además de consolador y alentador, comprobar qué es lo que dice exactamente el Nuevo Testamento de esas personas que ya han pasado de esta vida a la futura.

Asequible, pero con esfuerzo (libre, pero no barato)

La medida paulina nos señala que recibimos la santidad en el bautismo, y a la vez que nadie es santo (en el sentido de «santo en la luz») hasta el momento de la muerte. En otras palabras, la santidad no es una realidad acabada hasta el último momento. Y, en efecto, solo es el comienzo.

Dios nos ha amado primero, y nos ha creado para sí mismo. El «desea» nuestro amor, y por ello nos deja en libertad, porque el verdadero amor no puede ser impuesto. No se puede ordenar. Tiene que darse en libertad. Desde el primer momento, Dios nos ha dado esa libertad radical: podemos elegirle, o elegimos a nosotros mismos.

Pero, si elegimos a Dios, tenemos que ponerle por delante de todo lo demás: el placer de los sentidos, el éxito en el mundo, y los amores inferiores. No exige un rechazo absoluto de esas

realidades, que son buenas, sino que las ordenemos al Bien superior, que es Dios, si es que queremos vivir en comunión con El. No hemos de preferir ninguna realidad terrena al amor, a la gloria y a la santidad divinas. En otras palabras: disfrute de su coche, de su trabajo y de su familia, pero teniendo en cuenta que Dios está en primer lugar.

Con mucha frecuencia, experimentamos que nuestro espíritu desea realmente elegir a Dios, pero la carne es débil. Disfrutamos de las realidades terrenas, a pesar de que sabemos que pasarán; aun así, queremos disfrutar de ellas de forma más continuada, más inmediata y casi a cualquier precio. Es inevitable que esta tendencia plantee una crisis moral, que nos ponga a prueba, que nos obligue a elegir entre Dios y nuestro apegamiento desordenado a algún bien de la tierra. Para algunos se tratará de estabilidad laboral; para otros será una relación romántica perjudicial. Habrá quienes se vean tentados por comprar la salud física al precio de prácticas médicas inmorales. Otros tendrán que hacer frente a la tentación de enriquecerse a costa de los más pobres. Las posibilidades son tan amplias y tan atractivas como las cosas del mundo.

Una lectura de la historia del Pueblo de Dios nos enseña que los verdaderos héroes son aquellos que hicieron frente a la prueba y prefirieron sufrir por amor antes que pecar por egoísmo. Inmediatamente vienen a la memoria las personalidades de Abraham y de Job, que perfilan con claridad el retrato de un santo. Pero, junto a ellos, hay muchos otros que sucumbieron a la tentación: basta pensar en las grandes caídas de Adán y Eva, de David y Salomón, también de Moisés. Hay que incluir también a los ángeles caídos, que prefirieron el infierno del egoísmo a una eternidad de amor.

Todos estamos llamados a compartir la vida de Dios, por lo que tenemos el deber de afrontar nuestras pruebas y optar libremente por Dios. La última prueba será nuestra propia muerte, y solo entonces se nos podrá llamar verdaderamente santos, «santos en la luz». Una vez más: no se trata de una realidad completa hasta el último momento. Ni siquiera el Papa tiene autoridad suficiente para canonizar a un santo en vida, porque tendremos libertad de elegir, por Dios o contra Dios, hasta el momento de la muerte.

Tenemos que elegir a Cristo —elegir la santidad— con cada decisión moral que se nos presenta a lo largo de nuestra vida terrena. «Todos debemos comparecer ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba conforme a lo bueno o malo que hizo *durante su vida mortal*» (2 Cor 5, 10). El libro del Apocalipsis trata el tema desde el punto de vista del cielo: «Bienaventurados los muertos que desde ahora mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, que descansen de sus trabajos, porque sus obras les acompañan» (Apoc 14, 13; cf. Apoc 19, 8).

¿Es nuestra libertad así de radical, en realidad? ¿Llega hasta el punto de renegar de la santidad que hemos recibido por la gracia? La Escritura responde de forma muy clara que somos capaces.

Considera, por tanto, la bondad y la severidad de Dios: con los que cayeron, la severidad; contigo, la bondad, con tal de que permanezcas en ella; de lo contrario, también a ti te cortarán (Rm 11, 22; la cursiva es nuestra).

Porque si pecamos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no nos queda ningún sacrificio por los pecados, sino la tremenda espera del juicio y el ardor del fuego que va a devorar a los rebeldes. Si alguien transgredía la ley de Moisés, con el testimonio de dos o tres se le condenaba a muerte sin compasión. ¿Qué castigo más grave pensáis que merecerá el que haya

pisoteado al Hijo de Dios y haya considerado impura la sangre de la alianza en la que fue santificado y haya ultrajado al Espíritu de la gracia? (Hb 10, 26-29).

Porque si después de haber escapado de las impurezas del mundo por el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, se dejan atrapar nuevamente por ellas y son vencidos, sus postrimerías resultan peores que los principios (2 Pe 2, 20).

Nuestra vida en la tierra se compone de actos elegidos libremente, para bien o para mal, y esos actos elegidos nos acompañarán al juicio. Los actos de un santo dan prueba de la fe de un santo (cf. *Iac* 2, 14-25). Seremos conocidos por nuestros frutos (cf. *Mt* 7, 16-20).

El infierno por elección

La llamada a la santidad es universal. Dios «quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1 *Tm* 2, 4). Nos ha creado Ubres y respeta esa libertad, y a la vez «no quiere que nadie se pierda, sino que todos se conviertan» (2 *Pe* 3, 9). Ha creado a cada ser humano para que alcance su plenitud compartiendo la vida divina. San Agustín expresó esta realidad de una forma poética: *Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti (Confesiones 1, 1, 1)*. Pero también en ese caso somos libres, y puede ser que prefiramos esa inquietud a Dios, porque podemos elegir de forma permanente nuestra inquietud egoísta.

Se puede definir el infierno como la elección de uno mismo por encima de Dios. Ya que este libro trata de los ángeles y de la santidad, no de las «realidades últimas» en general, reservaré este tema para otro futuro libro (si Dios quiere). Aquí me limito a anotar que las Escrituras nos advierten con claridad

que el infierno existe y que es real la posibilidad de que lo elijamos, incluso a pesar de la mejor preparación que Dios, la Iglesia y nuestros padres hayan podido ofrecernos. Una vez más, el infierno no es tanto un lugar de castigo como una garantía del amor. No podemos amar a Dios libremente a no ser que tengamos la libertad de *no* amarle. El infierno es la elección de no amar a Dios. Es la decisión de preferir algo distinto de Dios.

El Nuevo Testamento habla bastante del infierno. De hecho, tanto Jesús como san Juan, las dos figuras históricas más conocidas por haber predicado el amor, hablan de forma bastante gráfica de la existencia del infierno. De hecho, las páginas de la Escritura describen el infierno con más detalle que el cielo.

Pero en estas páginas nos proponemos hablar del cielo. Por eso, vamos a seguir adelante y mirando hacia lo alto, hacia el cielo.

Razones para la esperanza

En una de sus principales obras, san Agustín explica todos los aspectos de la comunión de los santos desde una sola metáfora, la *Ciudad de Dios*. Dice que su ciudadanía está integrada tanto por almas que ya están en el cielo como por personas comunes de la tierra. Por otra parte, esa ciudadanía terrena no se limita a los fieles de alguna parroquia. San Agustín defiende que hay personas que, aún sin confesar el cristianismo, son cristianos sin darse cuenta. Entretanto, prosigue, también hay personas que se presentan como cristianos, cuando en realidad viven según las leyes de otra ciudad, la del hombre. En este mundo, las dos ciudades, la de Dios y la del hombre,

conviven igual que el trigo y la cizaña de la parábola del campo (cf. *Mt* 13, 24-30), o el pescado bueno y malo de la parábola de la red barreada (cf. *Mt* 13, 47-50).

Mientras estamos en la tierra desconocemos hacia qué lugar se dirige otro individuo. Es posible que un agnóstico que lucha esté labrando su camino hacia la santidad. En el otro extremo, puede ser que un feligrés que nunca falta a la Misa dominical, cada semana, al llegar a casa, cultive vicios secretos a puerta cerrada. Solo Dios conoce el papel de cada uno en la comunión de los santos, porque ve lo que nosotros no vemos.

Tampoco podemos saber cómo va a terminar cada historia individual. El verdadero amor se demuestra en las contradicciones, en los juicios, pruebas y tentaciones. Los resultados pueden ser sorprendentes a veces. Basta leer al profeta Ezequiel:

Si el impío se convierte de todos los pecados que cometió, guarda todos mis mandamientos y obra justicia y derecho, ciertamente vivirá, no morirá. No le serán recordados ninguno de los delitos que cometió. Vivirá por la justicia que ha practicado. ¿Acaso me agrada la muerte del impío, oráculo del Señor Dios, y no que se convierta de sus caminos y viva? Pero si el justo se aparta de su justicia y comete la iniquidad según las abominaciones que suele cometer el impío, ¿podrá vivir? Las obras justas que practicó no le serán recordadas. Por las rebeldías en que haya incurrido y por el pecado que haya cometido, morirá (*Ez* 18, 21-24).

Si un hombre malvado se vuelve a Dios, se convertirá en... ¡santo! En cambio, si un santo aparente se dirige hacia el pecado, está escogiendo un futuro infernal. Dios nos ha llamado a cada uno a la santidad. Por eso, cada uno tenemos el poder y la libertad, dados por Dios, para elegir cómo orientar nuestros pasos cada vez que en nuestro recorrido se presenten dos caminos divergentes. Podemos elegir cualquiera de los dos.

Si existiera un programa que, al modo de una red social, siguiera nuestro trato con Dios, es posible que el estado de muchas personas se encontrase anclado en la expresión «es complicado».

Pero pueden hacerlo más sencillo. Dios ha previsto todo, y esa providencia suya tendría que darnos esperanza.

La Iglesia ha enseñado siempre que, antes de entrar en el Cielo, hay almas que pasan por un proceso de purificación que quita de ellas los restos de los pecados cometidos en su vida terrena, porque en el Cielo «no entrará nada profano» (*Apoc* 21, 27). Jesús también se refería a este estado intermedio cuando hablaba de un perdón posterior a la muerte (cf. *Mt* 12, 32) y cuando, usando una metáfora, comparó el pecado a una deuda que tenemos que saldar (cf. *Lc* 12, 58-59). San Pablo lo describe, otra vez recurriendo a una metáfora, en términos similares a la construcción de un templo, cuyos materiales han de ser purificados por el fuego hasta quedar resplandecientes como el oro (cf. *1 Cor* 3, 15).

Con el paso del tiempo, este proceso asumió el nombre de *purgatorio*. Los Padres (y Madres) de la Iglesia primitiva usan este nombre en sus escritos: Tertuliano, santa Perpetua, san Cipriano, Orígenes, santa Macrina y su hermano san Gregorio; san Agustín y su madre santa Mónica, o san Juan Crisóstomo, entre otros. C. S. Lewis, que era anglicano, creía en la existencia del purgatorio, no solo por los testimonios de la Escritura y de la tradición, sino también porque pensaba que la purificación —esa oportunidad para limpiar lo que haga falta— es una misericordia que necesita cualquiera que esté a punto de entrar en presencia del Rey de Reyes.

Una vez purificados por Dios, dejamos atrás nuestras

complicaciones para unirnos a los «santos en la luz».

Respetamos la traducción del texto bíblico seguida por el autor, aunque en la

Biblia de Navarra, en lugar de la

expresión *junto a*, se ha elegido la conjunción copulativa y (NdT).

7 John Henry Newman, «La individualidad del alma» en *Sermones parroquiales*, vol. 4, Encuentro, Madrid 2010.

4. ¿QUÉ HACEN LOS SANTOS?

¿Qué significa para los santos de la tierra estar «en comunión» con santos que han fallecido y están en el cielo o en el purgatorio?

La vida de los fallecidos, por el momento, es puramente espiritual. Nosotros tenemos una vida espiritual, igual que ellos, pero también dependemos de una vida corporal que puede llegar a dominar nuestra conciencia.

Aparentemente, llevamos tipos de vida muy diferentes, hecho que suscita varias preguntas prácticas sobre la forma en que los «santos» se relacionan entre sí dentro de la gran comunión con Dios. Después de todo, ¿qué podemos tener nosotros en común con los santos de la gloria? ¿En qué se puede basar nuestra amistad con ellos? Por último, ¿cómo influyen ellos en nuestra relación con Jesús?

El evangelio de san Lucas (16, 19-31) recoge una parábola contada por Jesús, que ilumina algunas de estas cuestiones:

Había un hombre rico que vestía de púrpura y lino finísimo, y todos los días celebraba espléndidos banquetes. En cambio, un pobre llamado Lázaro yacía sentado a su puerta, cubierto de llagas, deseando saciarse de lo que caía de la mesa del rico. Y hasta los perros venían a lamerle las llagas. Sucedió, pues, que murió el pobre y fue llevado por los ángeles al seno de Abrahán; murió también el rico y fue sepultado. Estando en los infiernos, en medio de los tormentos, levantando sus ojos vio a lo lejos a Abrahán y a Lázaro en su seno; y gritando dijo: «Padre Abrahán, ten piedad de mí y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua y me refresque la lengua, porque estoy atormentado en estas llamas».

Contestó Abrahán: «Hijo, acuérdate de que tú recibiste bienes durante tu vida y Lázaro, en cambio, males; ahora aquí él es consolado y tú atormentado. Además de todo esto, entre vosotros y nosotros se interpone un gran abismo, de modo que los que quieren atravesar de aquí hasta vosotros, no pueden; ni tampoco pueden pasar de ahí hasta nosotros».

Y él dijo: «Te ruego entonces, padre, que le envíes a casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les advierta y no vengan también a este lugar de tormentos».

Pero replicó Abrahán: «Tienen a Moisés y a los profetas, ¡que les oigan!»

El dijo: «No, padre Abrahán, pero si alguno de entre los muertos va a ellos, se convertirán».

Y le dijo: «Si no escuchan a Moisés y a los profetas, tampoco se convencerán aunque uno resucite de entre los muertos».

Tenemos que destacar, en primer lugar, que Jesús está contando una parábola, no describiendo un hecho histórico. Aun así, creo que sus detalles pueden enseñarnos algo sobre la vida futura. Todas las narraciones de Jesús pueden señalar a otras realidades terrenas, pero siempre llevan el sello de la verosimilitud, la semejanza a la verdad. Por «ficticias» que sean las parábolas, siempre corresponden a la realidad.

En opinión de algunos comentaristas, esta historia sitúa al rico en el infierno. Pero, en realidad, hay muchas razones para pensar que no es así. El lugar en el que Jesús le sitúa literalmente es el *Hades*, la morada de los muertos. Los judíos lo distinguían muy bien respecto a la *Gehenna*, el lugar del tormento permanente, o ese estado al que normalmente llamamos *infierno*. Además, el rico puede comunicarse con el patriarca Abrahán, algo que sería totalmente imposible para una persona en el infierno. Y Abrahán le habla con ternura, mediante el apelativo «hijo».

Por último, el rasgo más significativo, probablemente, es que ese hombre todavía tiene impulsos de caridad. Cuando no es

capaz de no satisfacer su deseo, ruega que se ayude a sus hermanos que siguen en la tierra. Esa preocupación sería impensable en el infierno, cuyos habitantes han caído totalmente en un egoísmo miserable. Por eso, podemos concluir, junto con otros comentaristas, que en realidad el rico se está sometiendo a la purificación en el purgatorio.

En todo caso, estas coordenadas cósmicas de GPS no son lo que más nos interesa. Lo más importante es que tanto él como Abrahán están sin duda en la «vida después», pero eso no impide que estén pendientes uno de otro y también de los que viven en la tierra. Recuerdan sus días en la tierra y sus vínculos afectivos y espirituales. Es más, pueden comunicarse entre sí.

(¿Cómo termina el rico; fue rechazado al final? Es interesante apreciar que, en la vida real, Jesús resucitó de los muertos a un hombre llamado Lázaro y lo devolvió a los suyos: cf. *Jn* 11, 43-44. Es posible que la parábola no sea una pura ficción. De hecho, si fuera solamente una narración, se trataría de una excepción, porque en ninguna de ellas Jesús nos dice el nombre de un personaje. Este tiene que ser importante por algo).

Este relato nos permite ver un destello de esa realidad que la Iglesia llama la «comunicación de los bienes espirituales». Aunque sea solo un destello, la situación se hace mucho más clara en libros posteriores del Nuevo Testamento, que abren los cielos de par en par para que los veamos.

Dibujando una multitud

La *Carta a los Hebreos* y el libro del Apocalipsis desarrollan a gran escala, hasta colosal, los rasgos que Jesús esboza brevemente. Jesús saca a la luz a un gran patriarca,

Abrahán. La *Carta a los Hebreos* (capítulo 11) presenta al mismo Abrahán junto a muchos otros: Abel, Enoc, Noé, Isaac, Sara, Jacob, José, Moisés, Rahab, Gedeón, Barac, Sansón, Jefté, David, Samuel y los profetas. El autor de la carta alaba a todos y cada uno de ellos por su fidelidad.

Sin ser menos, el libro del *Apocalipsis* habla de un grupo de cientos de miles, una multitud incontable.

Y, en este mismo momento, todos esos santos están siguiendo intensamente los acontecimientos que se producen en la tierra. Mucho más, se *implican* en esos hechos, y se comunican con los «santos» que aún están en la tierra: los cristianos, en sus iglesias.

Después de dar los nombres de esta lista de «estrellas» del Antiguo Testamento, la *Carta a los Hebreos* señala que no son como meras menciones en una placa conmemorativa. Al contrario, dice que están a nuestro alrededor: «Estamos rodeados de una nube tan grande de testigos» (*Hb* 12, 1). Nos rodean y nos observan, comprendiéndonos. El capítulo 12 de la *Carta a los Hebreos* representa una asamblea litúrgica, una congregación reunida en Misa, lo cual nos revela de una forma poderosa la presencia de los santos. En efecto, la Misa es el acto de adoración que une a las multitudes del cielo con la Iglesia de la tierra (y lo hace muy ampliamente).

Siempre que el *Apocalipsis* muestra a los santos del cielo, están ocupados en una constante adoración, que tiene los rasgos propios de la Santa Misa: hay un altar, velas, sacerdotes revestidos; se cantan himnos como el *Santo, santo, santo*, el *Aleluya*, o el *Cordero de Dios*. Juan da testimonio de que vio «debajo del altar a las almas de los inmolados a causa de la Palabra de Dios y del testimonio que mantuvieron. Clamaron

con gran voz: —¡Señor Santo y veraz! ¿Para cuándo dejas el hacer justicia y vengar nuestra sangre contra los habitantes de la tierra?» (*Apoc* 6, 9-10).

Es importante observar que ellos ruegan a Dios por los que siguen en la tierra. Tienen conocimiento de Dios y de las cosas que pasan en el mundo, se preocupan y manifiestan sus preocupaciones igual que los niños a su Padre amoroso. Piden a Dios que intervenga en la historia, del mismo modo que lo hizo en su propio martirio.

No es sorprendente que sus plegarias reciban respuesta. Se les confirma que Dios va a triunfar, aunque seguirá habiendo persecuciones durante un tiempo. Pero Dios les hará justicia, a ellos y a la Iglesia. «Entonces se les dio a cada uno una túnica blanca y se les dijo que aguardaran todavía un poco, hasta que se completase el número de sus hermanos y compañeros de servicio que iban a ser inmolados como ellos» (*Apoc* 6, 11). Como saben el futuro, los mártires tienen una forma de conocimiento superior a la que tienen los santos en la tierra. Participan de la vida y de la santidad de Dios con mayor plenitud. El *Apocalipsis* confirma el principio que había apuntado la *Carta a los Hebreos*: Dios ha bendecido la fidelidad de los mártires a su llamada, que es vocación a ser santos, a compartir su santidad.

Los santos aparecen reunidos en asamblea, en una iglesia, y participan en una adoración litúrgica. Pero esa adoración se describe con los términos característicos de los sacramentos de la Iglesia: «Estos son los que vienen de la gran tribulación, los que han lavado sus túnicas y las han blanqueado con la sangre del Cordero. Por eso están ante el trono de Dios y le sirven día y noche en su templo» (*Apoc* 7, 14-15). Poco después (cf. 8, 3),

vemos que las oraciones de los santos se mezclan con incienso en un incensario dorado, que se coloca encima del altar: «Ascendió el humo de los perfumes, con las oraciones de los santos, desde la mano del ángel hasta la presencia de Dios» (*Apoc* 8, 4).

El siguiente episodio es impresionante. Como respuesta a las oraciones de los santos, Dios llama a los sacerdotes celestiales, para que suenen sus siete trompetas, las cuales evocan la batalla de Jericó, en el Antiguo Testamento. Al igual que en Jericó, el sonido de las trompetas provoca una intensa actividad en la tierra, que reivindica a los santos, venga la sangre de los mártires y expulsa a los que se han mostrado orgullosos y altivos ante Dios. Y todo esto sucede como respuesta a las oraciones de los santos. El *Apocalipsis* no explica el porqué. Tampoco lo pone en discusión, ni hace una presentación lógica del episodio. Simplemente lo acepta y lo describe.

Colaboradores de Dios, nuestros intercesores

Son varias las ocasiones en que Jesús ordenó a sus santos «que os améis unos a otros» {*Jn* 13, 34; 15, 12, y 15, 17). Los Apóstoles se hicieron eco del mandato (cf. *Rm* 12, 10; 1 *Pe* 1, 22 y 1 *Jn* 4, 7). ¿Cuál es la mejor forma que tiene un santo de amar a otro? San Juan lo expresa muy bien: «rezad unos por otros» (*1 Jn* 5, 16).

Hay personas que creen, equivocadamente, que la oración de intercesión —esa en la que un santo pide un beneficio para otro— disminuye de alguna forma la condición propia de Jesucristo como único Mediador nuestro. «Porque uno solo es Dios y uno solo también el Mediador entre Dios y los hombres:

Jesucristo hombre» (1 *Tm* 2, 5). Este texto de la *Primera carta a Timoteo*, de san Pablo, es muy citado por quienes se oponen a la idea de una mediación compartida. Pero solo pueden llegar a darle ese sentido si lo arrancan de su contexto original, que es el ruego del Apóstol a la Iglesia de que interceda de forma más habitual.

Te encarezco ante todo que se hagan súplicas, oraciones, peticiones y acciones de gracias por todos los hombres, por los emperadores y todos los que ocupan altos cargos, para que pasemos una vida tranquila y serena con toda piedad y dignidad. Todo ello es bueno y agradable a Dios, nuestro salvador, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (1 *Tm* 1, 1-4).

Para Jesús no supone ninguna amenaza que le imitemos en la petición por nuestros hermanos santos. Tampoco le ofende. Podemos rezar unos por otros (cf. 2 *Cor* 9, 14, por ejemplo). Es más, debemos rezar unos por los otros. Y también tenemos que pedir a otros que recen por nosotros (cf., por ejemplo, 1 *Tes* 5, 25). Deberíamos pedir oraciones a todos nuestros hermanos santos, los que viven en la tierra y los que están aún más vivos en el Cielo.

Es cierto que Jesús es el único mediador entre Dios y los hombres, pero él ha querido que participemos de su mediación de la misma manera que participamos de su vida. Todo forma parte de la participación en la santidad del único Santo. Jesús quiso que co-redimamos junto a Él. Por eso puede afirmar san Pablo: «Ahora me alegro de mis padecimientos por vosotros y completo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo en beneficio de su cuerpo, que es la Iglesia» (*Col* 1, 24).

¿Pero qué puede faltar al perfecto sufrimiento de Cristo? Solo puede ser algo que El mismo haya querido que falte, por nuestro bien: para permitimos participar de su vida, para

hacemos colaboradores suyos (cf. 1 Cor 3, 9).

Creo en la Comunión de los santos. La comunión es imposible sin comunicación. Por eso rezamos unos por otros. Pedimos oraciones de otros. Ni la muerte es capaz de desconectarnos de nuestros seres queridos —de los *santos* a los que amamos—. Por misericordia de Dios, podemos esperar que muchos de nuestros seres queridos estén incluidos en esa multitud celestial.

Hemos sido creados para vivir en la Comunión de los santos. Nuestra naturaleza es vivir en relación. Esto quiere decir que la vida no es plenamente humana si no se vive en relación. La dificultad que encontramos en la amistad y el parentesco terrenos es que su fase terrenal es limitada. Nos duele tener que separarnos de nuestros seres queridos. Pero también tenemos fe en que nuestras relaciones no tienen que terminar.

Por eso la Iglesia enseña, en el Concilio Vaticano II: «La unión de los viadores con los hermanos que se durmieron en la paz de Cristo, de ninguna manera interrumpe, antes bien, según la constante fe de la Iglesia, se robustece con la comunicación de bienes espirituales» [9],

Nuestros sacerdotes dicen, en un momento de la Misa de difuntos: «Para quienes creemos en Ti, Señor, la vida se transforma, no se acaba»[10], Es algo que sabemos bien. Nos lo dice el corazón. También nos lo dice la Iglesia. La Biblia nos lo confirma.

8 Concilio Vaticano II, constitución dogmática *Lumen Gentium*, n. 49; cf. n. 8.

9 Misal Romano, *Prefacio I de Difuntos* (NdT).

5. SOBRE MI VENERACIÓN

¿Cómo debemos comportarnos con los santos? En primer lugar, tenemos que ser conscientes de su presencia. Están con nosotros, animándonos, como leemos en la *Carta a los Hebreos*. Tendríamos que agradecer lo que rezan porque, como hemos visto en el libro del *Apocalipsis*, sus oraciones cambian la historia del mundo. Eso tendría que estimularnos para seguir su ejemplo. Deberíamos desear impresionarlos cuando nos contemplan desde la nube de la gloria, desde su inmensa multitud de testigos.

Es más, tendríamos que decírselo. Deberíamos darles las gracias por sus oraciones, pedirles que recen e invocarles como testigos nuestros.

Nos haría mucho bien guardar sus imágenes —o sus iconos o estatuas— como recordatorios de lo que puede y debe ser la vida humana.

Es así como nos relacionamos con los demás. Es la forma en que vivimos en sociedad. Es el modo de vivir en familia. La comunión de los santos es el ejemplo de sociedad perfecta, porque es la familia de Dios: el modelo y la realización de la familia creada por Dios mismo.

Cuando estoy en casa, no tengo ningún reparo en pedir a

mis hijos menores que me ayuden a cargar la comida. Tampoco me importa pedir a mis hijos mayores que me lleven al trabajo. Tengo colgadas de las paredes fotos de mis hijos y nietos, y sonrío cada vez que mi mirada se cruza con ellas. A veces, esas mismas fotos también sirven como recordatorios de que tengo que llamar por teléfono, o mandar un mensaje, a los miembros de la familia que viven lejos, en otras ciudades.

Hago lo mismo con los santos: saludo a sus imágenes, les pido ayuda y les manifiesto mi afecto. Son gestos naturales en los seres humanos, la única diferencia es que cuando se dirigen a ellos los hago con un propósito sobrenatural. La gracia no destruye la naturaleza, más bien construye sobre ella, la completa, la perfecciona y la eleva.

Las formas de veneración que los católicos dirigen a los santos no tienen nada de extravagante o anormal. Sin embargo, tengo que reconocer que cuando era protestante creía que era algo... impensable. Me parecía una práctica totalmente ajena a la Biblia, porque me había formado en una manera de leer la Escritura muy distinta y muy selectiva. Ahora, después de un cuarto de siglo en la Iglesia, me parece bastante raro que haya cristianos que *no* honren a los santos con su devoción.

Después de todo, ¿por qué no vamos a celebrar sus fiestas, si siempre estamos deseando recordar los cumpleaños y los aniversarios de nuestra familia? ¿Por qué señalamos en el calendario el cumpleaños de Washington^[1] y no lo hacemos con la fiesta de san Pedro y san Pablo?

¿Por qué erigimos en los parques y plazas públicas estatuas de presidentes y gobernadores, pero prohibimos las de la Santísima Virgen María?

¿Por qué construimos monumentos de dimensiones

colosales a los padres fundadores de nuestra nación, pero nos negamos a levantar santuarios en memoria de los Padres de la Iglesia?

¿Por qué definimos los cementerios militares (o cualquier cementerio) como «terreno sagrado», como hizo Abraham Lincoln en su discurso en Gettysburg[12], pero no estamos dispuestos a honrar especialmente las reliquias de los santos?

Gentes equivocadas acusan con cierta frecuencia a los católicos de «idolatría» porque guardan las imágenes de los santos. Pero semejante recriminación es falsa e injusta. No damos a las imágenes el honor que solamente es debido a Dios. No *adoramos* las imágenes de los santos, como tampoco lo hacen nuestros vecinos cuando miran las fotos de sus nietos. Técnicamente, ni siquiera veneramos las imágenes, sino a las personas que están representadas en ellas.

En ese caso, tampoco damos a los santos el tipo de veneración que se debe solamente a Dios. Es El, Dios, quien ha creado a los santos. Es Dios quien los ha bendecido y elevado a los altares para que los imitemos. Solo a El tenemos que dar gloria, y el único al que dar gracias. Uno de los Padres de la Iglesia, san Juan Damasceno, estableció una distinción clásica entre *latría*, que es la adoración debida a Dios, y *dulía*, que es la veneración que rendimos a nuestros padres, a nuestro país, también a la cruz, a la Biblia y a los santos.

Venerar no es más que rendir honor a quien *le corresponde*. Damos «a cada uno lo que se le debe [...] a quien respeto, respeto; a quien honor, honor» (*Rm* 13, 7).

Más aún, cuando rendimos tributo a los santos estamos imitando a Jesucristo mismo, que ha sido el primero en venerarlos. «Bienaventurados los muertos que desde ahora

mueren en el Señor» (*Apoc* 14, 13). «Bienaventurados los llamados a la cena de las bodas del Cordero» (*Apoc* 19, 9).

Para comprender mejor de qué naturaleza es la alianza que Dios ha establecido con nosotros, tenemos que volver al principio, al libro del *Génesis*. Cuando Dios estableció el vínculo familiar con Abrahán, dijo: «Bendeciré a quienes te bendigan, y maldeciré a quienes te maldigan; en ti serán bendecidos todos los pueblos de la tierra» (*Gn* 12, 3). En la siguiente generación, Isaac bendice a su hijo Jacob haciéndose eco de esas palabras del Señor: «Que los pueblos te sirvan y las naciones se postren ante ti [...] Maldito el que te maldiga y bendito el que te bendiga» (*Gn* 27, 29).

Nosotros bendecimos al Dios que es bendito por encima de todas las cosas, y en segundo lugar bendecimos también a aquellos que han sido bendecidos por Él. Esa es la naturaleza de la alianza. Cada vez que bendecimos a los santos, porque les honramos, recibimos una bendición como respuesta.

No rezamos a los santos *en vez de* Cristo. Rezamos *por medio de* los santos a Dios y *en* Cristo. En última instancia, no son los santos quienes responden a nuestras oraciones. Ellos hacen de altavoz que da a nuestras peticiones más profundidad, penetración y amor. Por eso dice la Escritura: «La oración fervorosa del justo puede mucho» (*Iac* 5, 16).

Si es así, ¿por qué nos dirigimos a ellos, en lugar de ir directamente a Dios? Porque Dios nos ha hecho miembros de una familia. Nos ha creado para vivir en sociedad. Es decir, para vivir en comunión, en la Comunión de los Santos.

Dios ha querido que tiremos unos de otros en el proceso de nuestro acercamiento a Él. Quiere que estemos siempre en buena compañía. Y cuando estamos cerca de los santos, nos

encontramos rodeados de lo mejor entre lo mejor, comunicándonos también bienes espirituales.

Patronos y benefactores

Los primeros cristianos consideraron el significado de esta «economía» cósmica en base a las realidades terrenas que les eran familiares. Le aplicaron el sistema de patronazgo.

Patronazgo era uno de los principios estructurantes fundamentales en las sociedades antiguas. Se apoyaba en la convicción de que una situación próspera conllevaba una gran responsabilidad. Los ricos tenían la responsabilidad de «patrocinar» a los que tenían menos, dándoles oportunidades de empleo y otras posibilidades. El sistema aparece indirectamente en el Nuevo Testamento, en las peticiones que la gente hace a Jesús. Por ejemplo, en la súplica ambiciosa de la madre de Santiago y Juan: «Di que estos dos hijos míos se sienten en tu Reino, uno a tu derecha y otro a tu izquierda» (Mt 20, 21). Ella quería que sus hijos fueran los mejores «clientes» del patrón más poderoso del mundo. En libros posteriores del Nuevo Testamento, podemos apreciar que los Apóstoles ocuparon de hecho el puesto de «patronos» en la Iglesia naciente, ya que los discípulos acudían a pedirles favores (cf. *Hech* 3, 23).

El patronazgo proporcionaba una ilustración adecuada y *natural* de un fenómeno *sobrenatural* como es la comunicación de bienes espirituales. En su situación actual, los «santos en la luz» comparten el conocimiento, el poder y la sabiduría de Dios. Tienen más privilegios que los santos «en preparación», los que luchan en esta tierra. Como vemos en el Nuevo Testamento, concretamente en el *Apocalipsis* y en la *Carta a los Hebreos*,

ellos conocen nuestras necesidades. Además, participan de la caridad eterna de Dios, y por eso buscan nuestro mayor bien.

Sin embargo, esta forma de protección estaba purificada de los abusos que se podían producir en la tierra. También funcionaba en sentido inverso. En lugar de que fuera el patrón quien escogía a sus clientes, según la costumbre en los imperios de la tierra, en la comunión de los santos son los clientes quienes buscan a su patrón. Desde los primeros siglos de la Iglesia se aprecia, por ejemplo, que las comunidades *elegían* al patrón cuyo nombre pondrían a sus iglesias. También individualmente, los cristianos *elegían* los santos a los que tendrían una mayor devoción.

Tras estas costumbres se encuentra latente un importante principio espiritual. La perfección cristiana radica en crecer y desarrollar la semejanza con Dios. Consiste en parecerse cada vez más a Dios Padre y, como consecuencia, en comportarse de una forma más paternal. Esta es también la cualidad de un patrón en su mejor sentido. De hecho, la raíz del término *patrón* es *pater*, la palabra que tanto en latín como en griego designa al padre.

La divinización, el proceso de crecimiento en ese parecido con Dios, consiste en participar de la caridad perfecta de Dios. Como consecuencia, también se concreta en prodigar ese amor a los demás, que es lo que hacen los santos. Por eso los cristianos siempre han acudido a su patronazgo.

Por otra parte, también la Iglesia primitiva empezó a hacer algunas distinciones entre los santos. El clamor popular hizo que se asignaran ciertas labores de protección a determinados santos. A veces, el fundamento para hacerlo eran aspectos concretos de su biografía terrena. Otras, el patronazgo se basaba en un

milagro realizado en la otra vida y por su intercesión. Por ejemplo, una parroquia romana podía llevar el nombre de san Lorenzo porque estaba en el lugar donde había vivido, o muerto, ese santo. Por otra parte, un cristiano de Egipto podía acudir a un lugar dedicado a san Menas para pedir la curación, pero no porque el santo fuera médico en vida (de hecho, era soldado), sino porque en su santuario hay un famoso arroyo al que se atribuyen poderes milagrosos.

Bastantes de las iglesias primitivas que conocemos están dedicadas a san Miguel Arcángel, porque es el defensor contra el mal más poderoso (cf. *Apoc* 12, 7; *Jud* 9 y *Dn* 12). Siempre tendremos necesidad de esa forma de protección.

Bueno hasta la médula

Una costumbre propia del Cristianismo, desde sus primeros pasos, es la custodia de las reliquias de los santos. Las primeras actas de martirio, desde mediados del siglo II d. C., ponen de manifiesto que los oficiales romanos conocían su importancia y por eso se proponían destruir y dispersar los cuerpos de los mártires. Su intención era despojar a los cristianos de algo que ellos percibían como una fuente de poder espiritual. Esta actitud está recogida, por ejemplo, en el relato del martirio de Policarpo (155 d. C.), que tuvo lugar en la actual Turquía[13]. No obstante, la ausencia de restos terrenales no disminuyó ni su influencia espiritual, ni la fuerza de la devoción cristiana a su memoria.

El libro del *Apocalipsis* (cf. 6, 9) atribuye ese poder a las almas de los mártires, que representa en reposo bajo el altar celestial. Es posible que esta imagen sea la fuente de la

costumbre cristiana de construir los altares sobre las tumbas de los mártires, o también la de introducir los restos mortales del santo dentro del altar. Muchas parroquias cristianas lo siguen haciendo hoy en día.

Este cuidado con que se tratan los cuerpos de los santos ha sido un sello distintivo de la vida cristiana. Dan testimonio de ello algunos documentos de la Iglesia primitiva, como la *Pasión de santa Perpetua*, los comentarios bíblicos de san Jerónimo o los sermones de san Agustín.

La veneración de las reliquias distinguía a los cristianos de sus contemporáneos. Tanto los paganos como los judíos tenían verdadero horror a los cadáveres, y creían que el solo contacto con un cadáver volvía a la persona impura e indigna de asistir a la adoración. En cambio, los cristianos creían que los cuerpos de los santos habían empezado a participar de la Humanidad divinizada de Jesús, por lo que también compartían el poder divino de perdonar y curar que tenía el mismo Jesús. Cuando el carcelero de santa Perpetua, Pudente, experimentó la conversión de su corazón, recibió de uno de los mártires moribundos un anillo empapado en sangre. El gesto le habría repugnado como pagano, solo unos días antes. En cambio, para un cristiano del siglo II d. C., se trataba de algo lleno de sentido natural y sobrenatural.

En las familias cristianas se hace lo mismo, y la práctica también se extiende a la gran familia cristiana que es la Iglesia. Cuidamos a nuestros muertos y sus restos. Conservamos las reliquias de nuestros santos en cementerios, y llamamos «santo» a su terreno porque los cuerpos que están allí han sido partícipes del Cuerpo de Cristo, el único santo.

Como cristianos, hemos leído el libro del *Apocalipsis*, y lo

vivimos junto a Cristo y sus santos. Sabemos que el género humano tiene una tasa de mortalidad del 100%, y esa certeza tiene consecuencias profundas y muy amplias.

El día del cumpleaños de George Washington (22 de febrero 1732), uno de los fundadores de los Estados Unidos y su primer presidente, es fiesta federal, es decir, se celebra en todo el territorio estadounidense, aunque se traslada al tercer lunes de febrero. Es conocido también como el *Día de los Presidentes*, porque se honra también la memoria de Abraham Lincoln, 16º presidente, porque supo defender la unidad del país en la época de la Guerra de Secesión (NdT).

- 10 El *Discurso de Gettysburg* (Pensilvania) es la intervención más famosa de Abraham Lincoln y uno de los más célebres de la historia moderna. Fue pronunciado el 19 de noviembre 1863, durante la Guerra de secesión (1861-1865), con ocasión de la dedicación del Cementerio Nacional de Soldados de la citada localidad. De forma muy escueta, resume la evolución de la guerra e invoca el principio de igualdad como fundamento de la nación. Su parte más famosa es la definición de la democracia como «gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo» (NdT).
- 11 Cf. Daniel Ruiz Bueno (ed.), *Actas de los mártires*, BAC, Madrid 1996, pp. 263-279.

6. UNA CONGREGACIÓN DE ÁNGELES

Después de este detenido examen de la comunión de los santos —la Iglesia—, probablemente podemos concluir que es mucho más extensa de lo que habríamos imaginado en un primer momento. Sin embargo, ni siquiera hemos considerado todavía la *mitad* de su ciudadanía, porque solo hemos hablado de su minoría humana.

Sí: la humanidad es una *minoría*.

Desde los primeros tiempos de la Iglesia, los predicadores y comentadores de la Escritura han llegado a dos conclusiones: 1) la Iglesia es la morada común de los santos y de los ángeles; 2) hay muchos más ángeles que seres humanos.

¿Cómo llegan a esos números? Lo primero que tienen en cuenta es que Jesús dice que cada ser humano tiene un ángel de la guarda (cf. *Mi* 18, 10). Esto ya se concreta al menos en un número igual de seres angélicos y humanos. Además, hay que añadir a los numerosos seres angélicos que aparecen en la Biblia: esta nos habla de millares de querubines, serafines, tronos, dominaciones, principados, ejércitos y potestades. Pronto se añadirá aún más.

San Agustín dedica una amplia sección de *La ciudad de Dios* a la consideración de esta mayoría de ciudadanos. Describe

su ciudadanía como «fundada una en los buenos [...] no solo en los ángeles sino también en los hombres»[14],

Los ángeles participan de nuestra gran comunión. Comparten nuestra adoración. Y están en comunión con nosotros. Es una realidad afirmada muchas veces a lo largo de la Biblia, pero especialmente en el Nuevo Testamento.

San Agustín pone de relieve que los ángeles intervienen constantemente en las Escrituras. Su primera aparición es en el mismo comienzo: «En el principio creó Dios el cielo y la tierra» (Gw 1, 1). La palabra «cielo» no tiene, para el autor, el sentido físico con el que designamos la atmósfera. De hecho, la creación de esta se narra poco después, en el mismo relato[15], San Agustín explica también que el mandato divino «haya luz» (Gw 1,3) decretaba la creación de los ángeles, antes del sol y de otras luces del mundo material. Así, Dios mismo está estableciendo, desde el primer momento, cierta primacía de la realidad espiritual. Cuando el *Génesis* describe la separación de la luz de las tinieblas (cf. Gw 1, 4), se refiere a la rebelión de Satán y los demonios (cf. *Apoc* 12, 4), quienes eligieron para sí mismos las tinieblas. Este hecho fue anterior al pecado de Adán y Eva, ya que la primera pareja humana cedió a una tentación diabólica (cf. *Gn* 3, 1-6).

Desde la primera caída, la humanidad se ha visto asediada constantemente por fuerzas espirituales malignas, y defendida por fuerzas espirituales benignas. Llamamos a esta lucha «combate espiritual». La humanidad del Antiguo Testamento aparece débil e indefensa frente al mal, por lo que los ángeles buenos tienen que intervenir con mano firme, igual que niñeras a las que se ha confiado el cuidado de niños desobedientes (cf. *Gl* 4, 1-3). Cuando los ángeles se aparecen a criaturas humanas,

estas reaccionan con una fuerte impresión y con temor, porque los ángeles son seres poderosos (cf. *Nm* 22, 31; *Tb* 12, 16).

El lugar de los ángeles

Los ángeles son espíritus puros, son inmateriales como Dios. Pero, al igual que nosotros, también son criaturas limitadas. Tienen un comienzo. Por poderosos y majestuosos que sean, su poder es limitado.

También como nosotros, los ángeles son Ubres, y Dios les ha dado la oportunidad de elegir entre amarle o rechazarle.

En el resumen que aparece al final de la sección dedicada a los ángeles, el *Catecismo de la Iglesia Católica* define a los ángeles en los siguientes términos: «criaturas puramente espirituales, tienen inteligencia y voluntad: son criaturas personales e inmortales» (n. 330). En el resumen al final de la sección, los define de forma concisa, diciendo que «son criaturas espirituales que glorifican a Dios sin cesar y que sirven a sus designios salvíficos con las otras criaturas» (n. 350)[16], Es una síntesis escueta de los datos bíblicos.

Debemos observar, sin embargo, que el Nuevo Testamento trajo consigo una transformación inmediata de la presencia de los ángeles en la Iglesia. Ya no tratan a los seres humanos como a niños rebeldes. Todo lo contrario: nos *sirven*. Nos guían y nos protegen. Están a nuestro lado en la adoración a Dios. A veces incluso insisten en parecer nuestros iguales.

El primer ejemplo de esto es, sin duda, el respeto con que el ángel Gabriel trata a la Virgen María en el momento de la Anunciación (cf. *Lc* 1, 28). No se dirige a ella como lo hace un superior a su subordinado, sino todo lo contrario. Está hablando

con su reina.

La primera generación de cristianos se benefició mucho del servicio de los ángeles y tuvo un grado destacable de familiaridad con ellos. Esta se manifiesta, por ejemplo, en el capítulo 12 de los *Hechos de los Apóstoles*. Después de que un ángel haya liberado a Pedro de la prisión, este se dirige a la iglesia doméstica. A la congregación allí reunida le costaba creer que verdaderamente fuera Pedro, pero no tuvieron ningún problema en pensar que se trataba de su ángel (cf. *Hech* 12, 13-15).

Los propios ángeles promueven este sentido de igualdad. En un momento del *Apocalipsis*, a Juan se le aparece un ángel y él se postra, igual que sus antepasados del Antiguo Testamento. Pero el ángel le pide que se levante: «¡No, no lo hagas! Yo soy compañero de servicio tuyo y de tus hermanos que guardan el testimonio de Jesús. Adora a Dios» (*Apoc* 19, 10).

En esa gran comunión de los santos que es la Iglesia, el Pueblo de Dios adora junto a los ángeles. El Antiguo Testamento muestra que los actos de adoración terrena no se proponían más que imitar la adoración celestial. Ahora, en Jesucristo, el cielo y la tierra han quedado unidos en una liturgia cósmica, donde los ángeles y los santos adoran conjuntamente a Dios. El cielo y la tierra están inmersos en la misma nube gloriosa, aquella que anteriormente se encontraba solamente en el Santo de los Santos, el centro del Templo de Jerusalén.

Ordenando a los ángeles

La palabra griega *angelos* (al igual que su equivalente hebrea, *malach*) significa «mensajero», pero en su acepción más

general podemos aplicarla a cualquier espíritu creado. Al igual que nosotros, todos los espíritus creados son ahora fieles de la Iglesia. San Pablo recuerda a los corintios, por ejemplo: «¿No sabéis que juzgaremos a los ángeles?» (1 Cor 6, 3). San Pedro añade que la Iglesia custodia misterios «que los ángeles contemplan con avidez» (1 Pe 1, 12).

Es decir, la Iglesia, también en esta tierra, goza de cierta autoridad sobre estos espíritus majestuosos. Invocamos a san Miguel Arcángel pidiéndole que nos defienda de Satanás, y él acude en nuestro socorro. En el rito del exorcismo, el sacerdote u obispo expulsa a los demonios de la persona a la que han poseído, oprimido y atormentado. Es un ejemplo más del poder de atar y desatar, entregado por Cristo al clero. Aunque los obispos y sacerdotes ejercen este poder en la tierra, su gracia se extiende también al cielo (cf. Mt 16, 19; y 18, 18).

Uno de los primeros Padres de la Iglesia, a quien conocemos desde antiguo con el nombre de Dionisio el Areopagita, empicaba que la jerarquía de los ángeles en el cielo es un reflejo de la jerarquía de la Iglesia en la tierra. La palabra jerarquía significa «orden sagrado» o «regla sagrada». Y Dios ha establecido este orden, de principio a fin, buscando en todo el servicio. Los «más altos» en su rango —aquellos que han recibido los dones espirituales más altos— tienen el deber de servir a aquellos que se encuentran en los rangos «inferiores» para guiarles hacia un conocimiento más profundo de Dios. Por eso, en la Iglesia terrestre, el Papa es llamado «Siervo de los siervos de Dios». Tiene el deber de servirnos, a ti y a mí, y lo mismo debe hacer el más importante entre los ángeles.

- 12 San Agustín, *La ciudad de Dios* 12, 1, 1.
- 13 En inglés existen dos términos para la palabra *cielo*-, su acepción más espiritual se designa con la palabra *heaven*, que es el lugar de la morada de los santos y el que aparece en *Gn* 1, 1; en su acepción física, traducida por «atmósfera», se utiliza *sky*, que es el que aparece en *Gn* 1, 7 (NdT).
- 14 En el original, el autor cita una definición que se encuentra en los glósanos de términos que se publican como anexo a las ediciones inglesas del *Catecismo de la Iglesia Católica*. Ya que las ediciones españolas no incluyen ese glosario, hemos preferido citar directamente los dos números de los que se ha extraído la definición, 330 y 350. Traducida, la definición de ángel quedaría como sigue: «Criatura espiritual, personal e inmortal, dotada de inteligencia y voluntad libre, que glorifica a Dios sin cesar y que le sirve como mensajero de su mensaje de salvación» (NdT).

SEGUNDA PARTE

7. SAN MIGUEL Y LOS ÁNGELES

Con este capítulo empezamos a abordar nuestro tema desde otro punto de vista. Dejamos la consideración general sobre los santos y nos centramos en observar cómo han vivido la doctrina sobre la santidad algunas personas concretas. Empezaremos por los ángeles, siguiendo el orden en que Dios creó el universo.

Quizá tenemos que empezar por recordarnos que cada ángel es, de hecho, una *persona* individual. En el capítulo precedente vimos, con la Biblia, que cada ángel es *persona*. Y, si son personas, tienen también personalidades diferentes: rasgos y cualidades distintivos, así como una vocación concreta, dada por Dios. Los grandes teólogos de la historia han enseñado, además, que cada ángel es más que una persona; él solo es una especie completa. La razón es que, en el mundo material, las especies se categorizan según las diferencias físicas, que en el caso de los ángeles no existen.

La Escritura insinúa que Dios actúa ordinariamente por medio de los ángeles; que a través de ellos guía el curso de la historia mundial. Por ejemplo, lo vemos en el libro de Daniel, en el Antiguo Testamento, y en el *Apocalipsis* del Nuevo Testamento. Los antiguos rabinos y los Padres de la Iglesia

también pensaban que los ángeles mantenían en vigor las leyes físicas del universo. Se encargaban de que las estrellas siguieran su curso, y de retirar las crecidas de los ríos en el tiempo oportuno. También revela la Escritura que cada persona humana tiene un ángel custodio, lo mismo tienen las naciones (cf. *Dn* 10, 13; 10, 20, y 12, 1), y las iglesias (cf. *Apoc* 2, 1. 8. 12, por ejemplo).

La Biblia solamente nos dice el nombre de tres ángeles: Miguel, Gabriel (*Dn* 8, 16 y *Le* 1, 19) y Rafael (*Tob* 5, 4). Miguel es presentado en tres libros distintos: Daniel (10, 21), Judas (9) y el *Apocalipsis* (12, 7). La Tradición añade su presencia en algunos libros más, aunque estos no mencionan su nombre. Desde la antigüedad, tanto los judíos como los cristianos hemos identificado a Miguel como el guardián por excelencia del pueblo de Dios en la tierra. Según la propia Tradición, él ayudó a las tropas de Israel en sus luchas a lo largo del Antiguo Testamento (por ejemplo, cf. *Js* 5, 13-14).

También en el cielo, Miguel es el más majestuoso de los ángeles. El *Apocalipsis* (12, 7ss.) lo retrata como comandante del ejército angélico en el combate contra Satán y los espíritus rebeldes. San Agustín identifica esta batalla con el momento en que Dios separó la luz de las tinieblas, al principio de la creación (cf. *Gn* 1, 4). Sabemos que la batalla ha terminado y que el vencedor ha sido Miguel (cf. *Apoc* 12, 10). En todo caso, la batalla va a continuar hasta la consumación final de la historia. La Biblia insinúa que el conflicto entre los estados de la tierra tiene una dimensión en esa puerta del cielo. Los problemas y las luchas que encontramos en este mundo no son solo preocupaciones por las incomodidades materiales. También y sobre todo, son luchas espirituales en un combate espiritual. Se

está librando una guerra espiritual.

Desde los primeros pasos de la Iglesia, los cristianos han invocado a Miguel como patrono, guardián y guía en su lucha contra la persecución. Los Emperadores romanos, desde Nerón hasta Diocleciano, fueron la concreción terrenal de sus luchas. Sin embargo, la principal amenaza no era el bienestar *físico* de los creyentes, sino el bien de su alma. ¿Conseguirían mantenerse fieles en la prueba? ¿Serían capaces de resistir a las amenazas y burlas externas, y a las tensiones internas (miedo, incertidumbre, deseo de aprecio humano)?

No podrían por sí solos, y lo sabían. Los Emperadores tenían demasiado poder. Pero los cristianos tenían por delante el ejemplo de Jesús. Podían vencer las tentaciones *con ayuda de los ángeles* (cf. *Me* 1, 13). En el huerto de Getsemaní, durante su *agonía* —palabra griega cuyo significado literal es «batalla»—, un ángel se encargó de ayudarle y confortarle (*Le* 22, 43).

Pero, ¿por qué Jesús pide ayuda a los ángeles? Es Dios y por ello es todopoderoso. Como segunda persona de la Trinidad, es creador de los ángeles, a los que ha dado sus poderes. Aunque es majestuoso, el poder de los ángeles sigue siendo limitado, y el poder de Dios no tiene límites. Realmente, Jesús no necesita la ayuda de los ángeles.

¿Entonces por qué la acepta? Probablemente lo hace para que aprendamos cómo es. Así nos enseña cómo se mueve el mundo, no solo en sus manifestaciones materiales y visibles, sino también en sus obras espirituales e invisibles.

Hemos aprendido de Jesús mismo a acudir a los ángeles, especialmente a nuestro ángel custodio personal y a san Miguel Arcángel. Al igual que san Pedro y san Pablo en los *Hechos de los Apóstoles*, tendríamos que ser conscientes de su presencia.

También deberíamos hablar con ellos, como hizo san Juan en el *Apocalipsis* y como los profetas del Antiguo Testamento. Podemos hacerlo de forma silenciosa, desde dentro del alma. Somos seres espirituales, como los ángeles, y por eso podemos comunicarnos con ellos por las vías de la oración.

A medida que crezcamos en familiaridad con ellos, nos haremos más sensibles a sus inspiraciones para nuestra vida diaria. No solo podemos sacar partido a la ayuda de nuestro ángel custodio, sino también a los de los miembros de nuestra familia —esposa, hijos y nietos— para pedirles que nos ayuden a crecer en nuestras relaciones. Podemos convertirlos en nuestros aliados, en una especie de «conspiración santa», cuando nos proponemos ayudar a amigos o vecinos a profundizar en su vida de fe.

Durante la mayor parte del siglo xx se hizo costumbre invocar la ayuda de san Miguel al final de la Misa. Cada congregación reunida para celebrar el santo sacrificio rezaba la oración promovida por el Papa León XIII a finales del siglo xix. Se dice que el Santo Padre compuso esa plegaria después de recibir una visión extraordinaria y dolorosa, del combate espiritual que habría de desatarse en los años sucesivos.

Arcángel san Miguel, defiéndenos en la lucha, sé nuestro amparo contra la maldad y las acechanzas del demonio. Pedimos suplicantes que Dios lo mantenga bajo su imperio; y tú, príncipe de la milicia celestial, arroja al infierno, con el poder divino, a Satanás y a los otros espíritus malvados, que andan por el mundo tratando de perder a las almas. Amén.

En las visiones recogidas en los libros de Daniel y del *Apocalipsis*, san Miguel juega un papel de primer orden en la ejecución de la justicia y de la misericordia divinas. Por eso se le invoca mucho en el momento de la muerte. Por esta misma razón le invocan también muchas de las oraciones para el lecho

de muerte.

La Iglesia celebra la fiesta de san Miguel y de todos los ángeles el 29 de septiembre, y la fiesta de los ángeles custodios el 2 de octubre. En las dos fechas, tenemos mucho que celebrar.

Por designio de Dios, los ángeles se encuentran presentes en nuestras vidas, desde el momento de la concepción al de la muerte. Como muestran las Escrituras, los demás momentos de nuestras vidas irían mucho mejor si contásemos siempre con los ángeles.

Pondera en tu corazón

En una carta a su queridísima hermana, san Ambrosio de Milán, Padre de la Iglesia del siglo IV, explica la providencia de Dios a partir de la protección de los ángeles. Ilustra su exposición con las historias del profeta Eliseo (2 Re 6) y del apóstol Pedro (Hechos 12), que propone como paradigmas de la fe cristiana en la devoción a los ángeles.

Eliseo fue perseguido por el rey de Siria, que envió un destacamento para capturarlo. Cuando estaba rodeado por todos lados, su siervo empezó a tener miedo, precisamente por su condición de siervo: su mente no era libre, y tampoco tenía libertad de actuación.

El santo profeta rogó a Dios que le abriera los ojos, y dijo al siervo: —Mira, son muchos más los que están con nosotros que contra nosotros. Al mirar hacia arriba, pudo ver millares de ángeles.

Puedes ver en este hecho que los siervos de Cristo están más protegidos por los seres invisibles que por los visibles.

Cuando ellos hacen guardia a tu alrededor, es porque los has llamado con tus oraciones. Es porque has leído que los hombres que pretendían capturar a Eliseo cuando entraba en Samaría no lograron hacerle daño alguno, aunque también fueron salvados por intercesión de aquel a quien iban a buscar.

También en el apóstol Pedro tenemos un ejemplo de las mismas cosas. Herodes lo persiguió y le capturó, y después fue llevado a prisión. Como siervo de Dios, Pedro no había huido, sino que se mantuvo firme y sin miedo. La Iglesia rezaba por el apóstol, que dormía en la prisión, lo cual es una demostración más de que no tenía miedo. Fue enviado un ángel para despertarle del sueño y sacarle de la prisión, y gracias a él logró escapar en ese momento de la muerte.

SAN AMBROSIO DE MILÁN *Carta 22,*

8. SAN MOISÉS

Estamos acostumbrados a imaginar a Moisés como un hombre de acción. Películas como *Los Diez Mandamientos* (Cecil B. DeMille, 1956), que lo presentan con las virtudes propias de los héroes de la historia y la leyenda americanas, han influido mucho sobre nuestra imaginación. La citada película lo retrata como un comandante militar que derrota a la tiranía, como un libertador que rompe las ataduras de los esclavos, un extraordinario trabajador que pone en marcha efectos especiales increíbles. Es como una mezcla de George Washington, George Patton[18] y Paul Bunyan[19], con una pizca de Abraham Lincoln para completar el retrato.

En realidad, este estereotipo tiene algo de verdad. El éxodo de Israel de Egipto es una historia de acción, aunque se trata de un drama que progresa más a través de la torpeza humana que del heroísmo.

En todo caso, las hazañas de Moisés le dan un puesto en la historia del mundo mucho más alto que el de los protagonistas de otras grandes biografías. Su solo resumen ya resulta impresionante, y tiene muchos otros elementos extraordinarios.

Moisés liberó a una nación de la esclavitud. Se enfrentó a un ejército disciplinado que se proponía destruirle a él y a su pueblo. Y consiguió vencer, siendo testigo de la derrota y destrucción de sus enemigos.

Restauró el sentido de identidad nacional de su pueblo. Fue su guía a través del desierto, y también por el mar, hasta conducirlos a la tierra que sería suya. Proclamó una ley que, a su vez, restableció la cultura más pura de la tierra. Según la Tradición, redactó la *Torah* o *Libro de la Ley*, es decir, el conjunto de los cinco primeros libros de la Biblia, el texto más vendido y más influyente de todos los tiempos.

Si nos fijamos en él, si leemos su historia, encontramos a un hombre que podría ser la envidia de cualquier rey, presidente o legislador, de cualquier artista o autor, de cualquier experto o magnate.

Pero ninguno de estos méritos humanos coincide con la cualidad que los antiguos — judíos y cristianos— consideraban más importante.

Aparte de los relatos bíblicos, la Antigüedad nos ha dejado dos biografías de Moisés elaboradas por otros dos genios: Filón de Alejandría, judío del siglo I d. C., y san Gregorio de Nisa, un Padre de la Iglesia del siglo IV d. C. Lo más interesante es que las dos obras tienen un mismo punto en común: no retratan a Moisés como hombre de acción, aunque no dejan de reconocer sus grandes obras; principalmente destacan que es un hombre de *contemplación*. Tanto para Filón como para Gregorio, Moisés representa el modelo paradigmático de un hombre de profunda oración. Su vida nos enseña a vivir la nuestra en la presencia de Dios.

Hay diferentes matices en el modo de tratar este tema.

Filón destaca las virtudes morales de Moisés. Gregorio, en cambio, se concentra en la vida de oración y en la espiritualidad de Moisés, a la vez que nos la presenta como modelo para nuestras vidas que, igual que la suya, atraviesan fases sucesivas de purificación, iluminación y unión con Dios.

Según la Escritura, el rasgo más característico de Moisés era su conversación con Dios. «El Señor hablaba con Moisés cara a cara, como se habla con un amigo» (*Ex* 33, 11). La espiritualidad era la cualidad que definía su vida y que lo destacaba sobre sus predecesores y sus sucesores en la historia del Antiguo Testamento. «No ha vuelto a surgir en Israel un profeta como Moisés, a quien el Señor trataba cara a cara» (*Dt* 34, ¹⁰).

El autor del libro de la *Sirácide* lo incluye en su reseña de «famosos» del pasado. También él destaca solamente los dones espirituales de Moisés: su intimidad con Dios y su familiaridad con los ángeles (cf. *Sir* 45, 1-5).

También los antiguos rabinos destacaban la misma característica. En el siglo III d. C., los grandes maestros de Babilonia, Rab y Samuel, escribían: «El mundo fue creado con cincuenta puertas al conocimiento, y todas ellas, menos una, fueron entregadas a Moisés, de quien está dicho: “Tú le has hecho poco inferior a los ángeles”»[20], En otro paso del *Talmud*, podemos leer a Raba (siglo IV d. C.), que ensalza la superioridad de Moisés sobre cualquier otro vidente o autor inspirado: «todos los profetas vieron a través de un cristal borroso, pero Moisés pudo mirar a través de un cristal transparente» [21], En otra ocasión, el rabí Samuel llega más lejos, diciendo: «el mundo fue creado para que Moisés pudiera recibir la *Torah*»[22].

Lo que destaca a Moisés sobre los demás es su capacidad de recogerse, para dedicar una proporción generosa de espacio y de tiempo a una oración familiar e íntima. Hacer algo así significa dar comienzo a una vida semejante a la de Dios. Supone empezar a imitar la santidad de Dios. Hay que tener en cuenta que el término hebreo que designa la santidad de Dios significa, literalmente, «reservado» o «separado».

¿Cómo pudo llegar a esto? Por supuesto, en primer lugar responde al designio de Dios, pero también a una Ubre elección por parte de Moisés. Cuando el joven Moisés huyó solo de Egipto, buscó refugio en Madián y se puso bajo la tutela de un sacerdote llamado Jetró (cf. *Ex* 2, 21). Se convirtió en su discípulo. Buscaba un director espiritual.

Moisés se dedicaba a vigilar el rebaño de Jetró, pero en medio del trabajo iba a «Horeb, el monte de Dios» (*Ex* 3, 1). Acudía al lugar de la presencia de Dios, donde se produjo, de hecho, el encuentro más decisivo de su vida: no fue con el Faraón, sino con el Altísimo, presente en la zarza que ardía pero no se consumía. Moisés recibió la indicación de que se quitara las sandalias «porque el lugar que pisas es tierra sagrada» (*Ex* 3, 5). A continuación, el Señor Dios reveló a Moisés su nombre, y le hizo una llamada personal, le dio una vocación. Moisés escuchaba, pero la propuesta le parecía descabellada: que un desconocido, desde el lugar más remoto, fuera solo al corazón de las grandes ciudades de Egipto, para liberar al pueblo esclavizado, haciendo frente al Faraón y sus injusticias. Realmente, suena descabellado. Pero Dios puede hacer *cualquier cosa*, y Moisés podía realizar las obras de Dios porque había dedicado mucho tiempo a hablar con Dios, en una oración constante y disciplinada.

Si atendemos a la enseñanza de los Padres de la Iglesia y de los rabinos, la razón por la que Moisés pudo escribir la *Torah* fue su especial intimidad con Dios. Si fue capaz de describir los primeros días de la Creación, no se debe a que hubiera estado allí, sino porque *estaba Dios*. Gracias a la intimidad de su oración, Moisés había llegado a ver como veía Dios.

No es que Moisés fuera perfecto. De hecho, tuvo defectos y faltas serias. En ocasiones, pecó gravemente. Una vez, llevado por un ataque de ira, mató a un hombre (cf. *Ex* 2, 12). Tuvo que luchar contra la duda, y en alguna ocasión cedió a ella (cf. *Nm* 20, 12).

Pero siempre supo volver a Dios, y no se limitó a «recitar oraciones», sino que vivió una vida de oración, e introdujo en la vida de oración a todas las personas que pudo. Se convirtió en *mediador* para los demás, porque rogaba e intercedía por los pecadores. Llegó a ofrecer su propia vida como rescate por las suyas, prefigurando de este modo la redención que se cumpliría plenamente en Jesús.

El mismo Moisés prometió que algún día llegaría un profeta como él (cf. *Dt* 18, 15). Las palabras y los hechos salvíficos, obrados por Dios en el tiempo de Moisés, constituirían como un modelo de lo que iba a decir y hacer en un futuro lejano para la salvación de Israel y de todas las naciones.

Israel había cruzado las aguas del Mar Rojo por ser hijo predilecto de Dios; también Jesús iba a atravesar el agua en el Bautismo, momento desde el que es llamado hijo de Dios. Una comparación entre *Mt* 3, 11 y *Ex* 2, 22 lo pone de manifiesto. Después de cruzar las aguas, Israel pasó cuarenta años de pruebas en el desierto; en paralelo, Jesús, después de dejar las aguas del bautismo, fue conducido al desierto para someterse a

una prueba durante cuarenta días. Cada vez que Jesús rechazaba a su tentador, lo hacía con una cita de Moisés.

Igual que Moisés subió a una montaña para traer de ella al Pueblo la Ley de Dios y su alianza, también Jesús subió a un monte y desde allí entregó una nueva Ley y una Nueva Alianza. Moisés estableció que los israelitas conmemorasen la Alianza de Dios con la celebración de la Pascua (cf. *Ex* 12). Jesús instituyó una nueva Pascua con la Santísima Eucaristía. Así como Moisés había sellado la Antigua Alianza con la sangre de animales sacrificados, Jesús también selló la Nueva Alianza con su propia sangre. Al hacerlo, citó explícitamente las palabras de Moisés: «esta es mi sangre de la Nueva Alianza» (*Mt* 26, 28; cf. *Ex* 24, 8).

Jesús lideró un nuevo éxodo. Esta vez, no huía de un tirano político, cuyas fuerzas quedasen ahogadas por el mar. Nos libra del pecado y de la muerte, que quedan destruidos por las aguas del bautismo.

Además, Jesús extiende a todos sus discípulos los dones que antes solo se habían concedido a Moisés. Aunque «ahora vemos como en un espejo, borrosamente», igual que los profetas menores, en el Cielo veremos a Dios «cara a cara», igual que Moisés (cf. *1 Cor* 13, 12).

El Moisés que nos presentan las películas es muy atractivo, pero tiene poca repercusión en nuestra vida espiritual. De hecho, no es ese el Moisés que encontramos en las páginas de la Escritura, el mismo que encontraron los Padres, los rabinos y el propio Jesús.

La Escritura presenta a Moisés como un *santo* y nos invita

a imitar su vida. Al igual que Moisés, tú y yo hemos recibido una llamada de Dios. Como Moisés, necesitamos un tiempo a solas con Dios en el que podamos discernirla.

Igual que Moisés, tú y yo hemos de permanecer fieles en las pruebas, a pesar de nuestras debilidades. Cuando el pecado nos hace fracasar, tenemos que volver a Dios, lo mismo que hizo Moisés.

También igual que Moisés, tenemos el deber de hacer todo lo que podamos para llevar a otras personas a Dios, sin discriminación alguna, con amor a toda la «nación». De la misma forma que Moisés, hemos de ser intercesores de nuestros vecinos.

Todas las grandes hazañas de Moisés frieron en realidad obras que Dios hizo en él. Esas maravillas fueron posibles por la unión de Moisés con Dios, la cual era una prefiguración que alcanzaría su realización plena en la unión de las naturalezas humana y divina en Jesucristo, y en la comunión sacramental que recibimos.

Muchos católicos actuales se enteran con sorpresa de que la tradición cristiana venera a Moisés como santo. Por ejemplo, fue invocado junto al profeta Elías en el canto de la extensa letanía que dio comienzo al cónclave en el que fue elegido el Papa Francisco, en 2013. Pero Moisés ha sido venerado desde los primeros tiempos del cristianismo. Los calendarios más antiguos señalan la celebración de su fiesta el 4 de septiembre. También incluyen las festividades de otros personajes del Antiguo Testamento, como Abrahán, David y Elías.

¿Cuándo fue canonizado? Se puede pensar que fue Jesús mismo quien confirmó la santidad de Moisés, y que su «canonización» tuvo lugar en el monte Tabor, en el momento de

la Transfiguración (cf. *Lc*9, 30). En ese momento, Moisés se presenta vivo, junto al profeta Elías, hablando con Jesús del nuevo éxodo que iba a tener lugar con la Pasión, Muerte y Resurrección.

Incluso en la muerte, Moisés nos ha dejado una importante lección sobre el poder de Dios en los santos. La *Carta de san Judas*, en el Nuevo Testamento, narra que el arcángel san Miguel expulsó al diablo del cuerpo de Moisés, es decir, de sus reliquias. La escena se iba a repetir bastante, alrededor de las reliquias de los mártires de todas las generaciones y con los fieles cristianos en lugar de san Miguel. Si los huesos de Elíseo tenían el poder suficiente para resucitar a un muerto (cf. *2 Re* 13, 21), es fácil imaginar que el alcance de las reliquias de Moisés fuera mucho mayor.

Como líder, Moisés condujo a las tribus de Israel hasta la tierra prometida. Con su oración, trazó un camino hasta el cielo que habrían de seguir gentes de todos los pueblos y de todas las generaciones. Fue contemplativo, aún en el ajetreo de una vida en medio del mundo. También podemos serlo nosotros.

Pondera en tu corazón

San Cirilo de Jerusalén, en el siglo iv d. C., explicó a sus catecúmenos la importancia de la oración de Moisés. En su opinión, a Moisés se le concedió contemplar una prefiguración del Cristo que vendría, como respuesta a una petición suya al Señor

Y Moisés le dice [a Dios]: «Muéstrame tu gloria» (*Ex* 33, 18). ¿Acaso no ves que también entonces los profetas veían a

Cristo, aunque en la medida en que eran capaces de ello? «Deja que te vea», clamaba Moisés. Pero Dios le dice: «No podrás ver mi rostro, pues ningún ser humano puede verlo y seguir viviendo» {Ex 33, 20}.

Por consiguiente, puesto que nadie podría ver el rostro de la divinidad, adoptó el rostro del hombre para que, viéndolo, viviésemos. Pero cuando quiso mostrarlo con brillo, es decir, cuando «su rostro se puso resplandeciente como el sol» {Mt 17, 2}, «los discípulos cayeron de bruces llenos de temor» {Mt 17, 6}. Por consiguiente, si al brillar el rostro de su cuerpo no lo hacía cuanto podía, sino cuanto eran capaces de soportarlo los discípulos, ¿cómo podría nadie mirar a la majestad de la divinidad?

«Grande es, Moisés, lo que deseas», dice el Señor. «Esta petición que me has dirigido también te la concederé, porque has hallado gracia a mis ojos y te conozco personalmente» {Ex 33,17}. «He ahí un lugar junto a mí; tú puedes situarte sobre la roca. Cuando pase mi gloria, te colocaré en la hendidura de la roca y te cubriré con mi mano hasta que yo haya pasado. Luego retiraré mi mano y tú podrás ver mi espalda; pero mi rostro no se puede ver» {Ex 33, 21-23}.

SAN CIRILO DE JERUSALÉN
Catequesis 10, 7[23],

- 18 George Patton (1885-1945) fue un general del ejército estadounidense durante la Segunda Guerra Mundial, gran estratega, muy duro en combate y respetado por sus subordinados, que derrotó a las fuerzas alemanas en el Norte de África, Sicilia y Normandía (NdT).
- 19 Personaje creado por el periodista estadounidense James Mac-Gillivray, es un leñador gigantesco, fuerte e intrépido, que no teme a nada. Acompañado por su mascota, un buey azul, ha pasado a formar parte del folclore estadounidense. Parte de su leyenda se recoge en la película *Fargo* (Joel D. y Ethan J. Cohén, 1996) (NdT).
- 20 Talmud de Babilonia, Tratado Nedarim 38a.
- 21 Talmud de Babilonia, Tratado 'Ycbamoth 49b.
- 22 Talmud de Babilonia, Tratado Sanhedrin 98b.
- 23 San Cirilo de Jerusalén (introducción, traducción y notas de Jesús Sancho Bielsa), *Catequesis*, Ciudad Nueva (Biblioteca de Patrística, 67), Madrid 2006.

9. SAN PABLO, HIJO DE DIOS

Resulta imposible imaginar siquiera lo que hubieran sido los dos últimos milenios si san Pablo no hubiera vivido en sus comienzos. Todos los años transcurridos desde entonces han llevado el sello del cristianismo —el signo de la cruz— y mucho de lo que comprendemos del cristianismo en general, y sobre todo de la cruz en concreto, lo hemos aprendido del gran Apóstol de los Gentiles.

San Pablo fue uno de los primeros cristianos que se dispuso a proclamar el Evangelio por medio de la pluma y el papel. Supo analizar los acontecimientos diarios a medida que se producían, e interpretarlos a la luz de las maravillas que había obrado Dios. Recogió la inmensa herencia de Israel, renovando y rehaciendo su lenguaje, para adecuarlo a la exposición de la Nueva Alianza. San Pablo aportó a la Iglesia el vocabulario que iba a usar, desde entonces y para siempre, como instrumento para comprender la vida, muerte y resurrección de Jesús.

Hemos de agradecer a san Pablo mucho de lo que llamamos Iglesia. No es que él fuera el «fundador» del

cristianismo, como declaran algunos. Pero sí tuvo un papel único en la primitiva proclamación del Evangelio.

Su nombre de nacimiento era Saulo, había sido fariseo y sobre todo gozaba de una personalidad profundamente devota e inteligente. Saulo había estudiado en Jerusalén bajo la tutela del Rabí Gamaliel el Grande, que era el sabio más reconocido de su tiempo. La educación que había recibido incluía meditar en profundidad los libros de los profetas y aprender de memoria muchos de los libros de la Ley. Como resultado, Saulo conocía las promesas de Dios a su pueblo elegido, y sabía que Dios sería fiel a ellas. Compartía con muchos judíos del siglo id. C. la intensa espera del Mesías prometido, del ungido enviado por Dios. El Mesías iba a liberar a Israel de sus ataduras y de la opresión, y con ello iba a traer la salvación de Dios. Algunos judíos de su tiempo creían que, si todo el pueblo de Israel conseguía observar la Ley de Moisés, *solamente por un día*, el Mesías vendría de inmediato.

Saulo trabajó con mucho celo para acelerar el cumplimiento de estas promesas. Llegó a impulsar la fidelidad más estricta a la Ley, con la esperanza de traer así el Día del Señor. Por esta razón perseguía a los cristianos (cf. *Fil* 3, 5-6), ya que pensaba que estos habían abandonado al Dios de sus padres para adorar a un hombre.

Pero llegó un momento en el que Saulo descubrió que el día que esperaba ya había llegado. Reconoció que el Mesías era Jesús. Y que la liberación se había producido de una forma completamente inesperada.

De hecho, ni varias vidas dedicadas al estudio podían haber preparado a Saulo —ni a nadie— para el sorprendente cumplimiento del designio de Dios. Aunque los profetas habían

transmitido la imagen de un Mesías sufriente, en realidad la tradición nacional se había apoyado sobre otra imagen más recurrente: la de un rey conquistador, que expulsaría a los gobernantes paganos y volvería a instaurar la auténtica adoración en la tierra prometida. Es la imagen que podemos reconstruir a partir de los manuscritos del Mar Muerto y de otros documentos del siglo I d. C.

Dios ha colmado todas las expectativas de Saulo y de Israel, pero lo ha hecho a su manera. Además de cumplir lo que se podía esperar, también lo ha superado incommensurablemente.

Saulo esperaba que el Mesías fuera un rey y que restaurase la casa de David. En cambio, Dios envió a su propio Hijo eterno, encarnado como hijo de David.

Saulo esperaba que la liberación trajera la paz, prosperidad y libertad, en la obediencia a la Ley de Moisés. Pero la idea que Dios tenía de la salvación era mucho más amplia: iba a liberar a su pueblo del pecado; mucho más, iba a liberarle de la muerte; y lo mejor de todo es que la otra cara de esa liberación iba a consistir en invitarle a compartir su propia vida. La salvación no consiste tanto en verse libres *de* algo, sino sobre todo en ser libres *para* algo. Dios liberó a su pueblo del pecado para que pudieran llegar a ser hijos e hijas suyos.

Saulo de Tarso se convirtió en san Pablo Apóstol. Llegados a este punto, no tendríamos que sorprendernos que haya invertido buena parte de su tiempo en considerar y predicar acerca de las grandes sorpresas que Dios tiene preparadas.

Cuando Pablo habla de liberación, parece como si el lenguaje humano resultase demasiado pobre para expresar lo que se había cumplido en Cristo. El expresa una metáfora tras

otra. Usa la terminología judicial cuando afirma que hemos sido justificados, es decir, absueltos por un tribunal (cf. *Rm* 5, 16-17). También recurre a ejemplos tomados del mercado, para destacar que hemos sido redimidos: «Habéis sido comprados a gran precio» (1 *Cor* 7, 23; cf. *Tit* 2, 13-14). Saca partido a las analogías militares, con las que nos contempla como objeto de una misión divina de rescate (cf. 2 *Tim* 4, 18). En este sentido afirma que hemos sido «liberados» de la «esclavitud» (*Gal* 5, 1) -

Sin embargo, todas las metáforas parecen confluir en otra, que es su preferida: nuestra adopción como hijos de Dios. Ya hubiera sido una gran hazaña que Dios se hubiera limitado a liberar a Israel de la opresión que sufría. Hubiera sido mayor si hubiera perdonado todos los pecados de un mundo caído. Pero Dios ha hecho mucho más en Jesucristo. Ha creado una «redención» que tiene forma de «adopción» (*Rm* 8, 23). Como dice el Apóstol en otro pasaje: «Para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos» (*Gal* 4, 5).

El significado más profundo de nuestra salvación es nuestra adopción como hijos de Dios. Esta noción armoniza los conceptos de redención, justificación, santificación y todos los demás. «Pero cuando se manifestó la bondad de Dios, nuestro Salvador, y su amor a los hombres, nos salvó, no por las obras justas que hubiéramos hecho nosotros, sino por su misericordia, mediante el baño de la regeneración y de la renovación en el Espíritu Santo, que derramó copiosamente sobre nosotros por medio de Jesucristo nuestro Salvador, para que, justificados por su gracia, fuéramos herederos de la vida eterna que esperamos» (*Tit* 3, 4-7).

Ciertos intérpretes no católicos frenarían enseguida esta afirmación. Ellos, en cambio, destacan más el concepto de justificación, interpretando la «justicia» según el modelo de los tribunales modernos. Sin embargo, este método ignora el contexto cultural y religioso en el que se sitúan las muchas metáforas usadas por san Pablo. Para él, y para todos los judíos del primer siglo, la noción de *Alianza* es de suma importancia. La Alianza con Dios había constituido a Israel como pueblo elegido por Dios. La Alianza había creado un vínculo familiar, el cual se ha hecho infinitamente más fuerte con la Nueva Alianza de Jesús (1 *Cor* 11, 25). La salvación hace que nos parezcamos a Jesús, en la condición de hijos de Dios en el Hijo eterno de Dios (cf. *Gal* 3, 26). Nos hace «partícipes de la naturaleza divina» (2 *Pt* 1, 4). Cuando usa los términos *justicia* y *justificación*, san Pablo se refiere siempre a la fidelidad a esta Alianza.

San Pablo sabía que Dios no se contenta con ser nuestro juez. Ha querido ser nuestro Padre (cf. *Ef* 1, 5). La realidad de su paternidad y de nuestra adopción es el núcleo esencial de la salvación en Jesucristo.

Porque los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios. Porque no recibisteis un espíritu de esclavitud para estar de nuevo bajo el temor, sino que recibisteis un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: ¡Abbá, Padre! Pues el Espíritu mismo da testimonio junto con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, también herederos: herederos de Dios, coherederos de Cristo; con tal de que padezcamos con él, para ser también con él glorificados (*Rm* 8, 14-17).

Pablo viajó por todo el mundo conocido para proclamar esta Buena Noticia, y para anunciar una Iglesia que no es solo el refugio de los justos, sino una realidad universal, pensada para un Israel restaurado y unido a todas las naciones de gentiles.

Entre todos los apóstoles, san Pablo fue el que luchó con más fuerza por preservar a la Iglesia de un potencial retomo a la seguridad de una reserva provinciana. Pablo mantuvo una visión universal y católica. Proclamó el poder de los sacramentos de la Nueva Alianza. Al final, junto a san Pedro y ambos movidos por la gracia, consagró la ciudad de Roma con el derramamiento de su propia sangre en el martirio.

Muchos siglos después, las cartas de san Pablo siguen transmitiendo el poder de una personalidad arrolladora y la fuerza de un mensaje urgente: como si él no fuera capaz de pronunciar las palabras con toda la rapidez que quisiera. Comprendemos su prisa, pero esta también puede llegar a frustrarnos. Rara vez se detiene para explicar las cosas en detalle, y presupone que sabemos mucho de la Biblia y de los tiempos en que le tocó vivir. Pero el hecho de que sus escritos nos resulten difíciles no debe desanimarnos.

Incluso san Pedro llegó a confesar que en las cartas de san Pablo «hay algunas cosas difíciles de entender» (2 Pt 3, 15).

Al leerlas, a veces podemos tener la impresión de vemos arrastrados por un huracán, por la marea o por cualquier otra fuerza de la naturaleza. Pero, en realidad, su fuerza es todavía mayor, porque es la de la gracia. Podemos mirar los mapas de los viajes misioneros del Apóstol y considerar los amplios límites que recorren toda la extensión del Imperio. Eso nos lleva a hacernos una idea del impulso que hizo posible ese progreso.

Después hemos de recordarnos que ese mismo impulso sigue presente. El brazo de Dios no ha sido cortado. Cuando leemos a san Pablo, cuando la liturgia proclama sus palabras, nos vemos expuestos a la misma fuerza. Una fuerza que necesariamente tiene que transformar nuestra vida.

Pondera en tu corazón

A principios del siglo v d. C., san Juan Crisóstomo comentó línea por línea la Carta a los efesios de san Pablo. No pasó de largo el saludo inicial, las primeras líneas, que recordaban a sus oyentes que eran hijos de Dios y que estaban llamados a ser santos.

«A los santos y fieles en Cristo Jesús que están en Éfeso: la gracia y la paz de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo estén con vosotros» (*Ef 1, 1-2*).

Fíjate en que el apóstol les llama «santos». Al final de la carta, aplica claramente ese nombre a los esposos, a los niños y a los siervos de la familia. Allí dice: «Mujeres, estad sujetas a vuestros maridos» (*Ef 5, 22*), y también: «Hijos, obedeced a vuestros padres»; y añade: «Siervos: obedeced a los amos de la tierra, con temor y respeto» (*Ef 6, 5*).

Ahora piensa en lo grande que es nuestra pereza, en lo rara que es en nuestros días la virtud, y en cuántos hombres virtuosos deben haber vivido en el pasado, cuando cualquier seglar podía recibir el nombre de «santo» y «fiel».

«La gracia y la paz de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo». Gracia es su palabra, y puede llamar a Dios «Padre» porque este nombre está garantizado por el don de la gracia. ¿Cómo es eso? Escucha lo que dice en otro lugar: «Puesto que sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos» (*Gal 4, 6*).

SAN JUAN CRISÓSTOMO

Homilía sobre Efesios, 1, 1 [24],

24 **San Juan Crisóstomo** (ed. de M.^a José Zamora), *La educación de los hijos y el matrimonio*, Ciudad Nueva (Biblioteca de Patrística, 39), Madrid 1997.

10. SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, TRIGO DE DIOS

En las cartas de san Ignacio de Antioquía nos habla una de las voces más sólidas y más fieles de la generación que coincidió con el ministerio de los Apóstoles. Conservamos siete cartas escritas de su puño y letra, y muy importantes. El autor de esas obras es un hombre con verdadera pasión por Jesucristo y por la Iglesia, un hombre que se encuentra de viaje y que tiene una misión, pero cuya personalidad, en un prodigio de discreción, se nos escapa.

San Ignacio redactó sus cartas a lo largo de un viaje a Roma, por tierra y por mar, desde Antioquía, en la Siria romana (actualmente es la ciudad de Antakaya, en la Turquía moderna). Viajaba bajo custodia militar, porque se dirigía a la capital del Imperio para ser ejecutado por el crimen de profesar la fe cristiana.

San Ignacio era el obispo de la iglesia de Antioquía. La ciudad era un importante núcleo militar y comercial, considerado como «segunda ciudad» del Imperio. En Antioquía

se empezó a llamar a los discípulos cristianos. Los apóstoles Pedro y Pablo habían trabajado en la evangelización de la ciudad, y la tradición dice que Pedro fue su primer obispo. Las listas antiguas suelen citar a Ignacio como el segundo sucesor de san Pedro.

Es muy probable que hubiera escuchado las enseñanzas de los Apóstoles, aunque no lo sabemos con certeza. Algunos autores antiguos afirman que, cuando era aún niño, le había bendecido Jesucristo. De nuevo, no lo sabemos con seguridad.

Movido por su ardiente amor a la fe apostólica, san Ignacio nunca menciona ni apoya sus argumentos en sus raíces espirituales. Jamás aporta detalles de su discipulado, de su conversión, su elección ni su ordenación. En realidad, no cuenta sus memorias personales. No contextualiza su historia. No sabemos siquiera cómo llegó a emprender ese viaje hacia el martirio. Nunca habla de una traición, denuncia o juicio. No se lamenta de nada y no da ninguna muestra de resentimiento.

Nosotros sí lamentamos carecer de más datos sobre un cristiano como este. Pero es precisamente su humildad lo que da tanto valor a sus cartas como documentos históricos. Su atención estaba completamente absorbida por las vidas y las preocupaciones de sus potenciales lectores, sin preocuparse por sí mismo ni por cuestiones personales. Sus cartas son obras maestras desde el punto de vista literario, pero sobre todo son demostraciones de un amor completamente desinteresado.

El amor magnánimo de Ignacio ha hecho que nos dejara un registro abundante de los cuidados, las preocupaciones y las alegrías comunes a la Iglesia de su generación. Son cartas pastorales marcadas por su calidez y por su tono alentador. Ignacio no pretendía trazar las líneas de una teología

sistemática. No quiso aportar argumentos apologeticos. Solo dio por hecho que se vivía la misma fe en todas las ciudades que visitó entre Antioquía y Roma, por muy distintas que fueran entre ellas.

Probablemente, Ignacio escribió sus cartas en torno al año 107 d. C. En esa época la fe ya estaba bien consolidada, pero, ¿cuáles eran sus características?

1. *Cristocentrismo*: sabe con claridad quién es Cristo y centra su fe en él, que es humano y divino a la vez. «Dios hecho carne [...] hijo de María e hijo de Dios»[25], En su carta a Policarpo, Ignacio destaca que es un salvador «que está por encima del tiempo, al Intemporal, al Invisible, que por nosotros se hizo visible, al Impalpable, al Impasible, que por nosotros se hizo pasible; al que por todos los modos sufrió por nosotros» [26],

2. *Carácter bíblico*: Ignacio viaja arrestado, bajo custodia militar; por lo que no es probable que tuviera libros a mano. Sin embargo, en sus escritos son constantes las citas de la Escritura, del Antiguo y del Nuevo Testamento. Acepta la unidad de las dos partes y la autoridad de ambas para la Iglesia. Jesucristo es «nuestro solo maestro. ¿Cómo podemos nosotros vivir fuera de Aquel a quien los mismos profetas, discípulos suyos que eran ya en espíritu, le esperaban como a su Maestro?» [27],

3. *Catolicidad*. Ignacio nos ha dejado uno de los testimonios más antiguos del uso del término *católico* (en griego, *katholike*), que él usa para describir a la Iglesia de Cristo. En la actualidad, hay intérpretes que, con bastante creatividad, imaginan a la cristiandad primitiva como un tumulto de comunidades, reunidas en torno a maestros rivales, que raramente tenían algo en común. Según esta hipótesis, habría

una «iglesia joánica» que se reunía en tomo a Juan; otro grupo de «iglesias paulinas», supuestamente muy diferentes de las anteriores y aglutinadas en tomo a san Pablo; habría una «iglesia petrina» surgida de san Pedro, y así otras en dependencia de cada Apóstol. No hay ninguna prueba que confirme esta teoría. Ignacio cita regularmente las obras de Juan y de Pablo, en el Nuevo Testamento, y habla de Pedro y Pablo unidos, como si fueran hermanos. Da por hecho que, allí donde vaya, la Iglesia es siempre la misma o, en sus propias palabras: «allí donde está Jesús, allí está la iglesia universal» [28],

4. *Es eucarística*: Ignacio manifiesta que la Iglesia se reúne en tomo a la Eucaristía, porque la Eucaristía es el principio de unidad de la Iglesia. En consecuencia, exhorta así a los cristianos de Filadelfia: «Sed cuidadosos en usar de una sola Eucaristía; porque una sola es la carne de nuestro Señor Jesucristo y un solo cáliz para unimos con su sangre» [29], Usa la palabra *carne* (en griego *sarx*), que es un término muy gráfico, ya que también designa la carne que se vende en el mercado. No tiene miedo de que hablar de la Presencia Real pueda escandalizar a algunos, como ya había sucedido en el discurso del *Pan de vida* (cf. *Jn* 6). De hecho, Ignacio señala que la negación de la Presencia Real es un rasgo inequívoco de herejía: «Se apartan también de la Eucaristía y de la oración, porque no confiesan que la Eucaristía es la carne de nuestro Salvador Jesucristo, la misma que padeció por nuestros pecados, la misma a la que, por su bondad, resucitó el Padre. Así pues, los que contradicen al don de Dios perecen entre sus disquisiciones» [30].

5. *Es sacrificial*. Ignacio extiende por sistema el vocabulario propio del antiguo Templo a la liturgia cristiana.

Define la Eucaristía como sacrificio y compara a la Iglesia con un altar. La Iglesia es también el «lugar del sacrificio». Por eso, en su opinión, estar en comunión con la Iglesia es estar «en el altar», usando una hermosa frase que evoca *Apoc* 6, 9.

6. *Es jerárquica*: en cada lugar que visita, Ignacio encuentra que los laicos de la Iglesia reciben asistencia de un clero estructurado en tres órdenes, obispo, sacerdotes y diáconos. «Presidiendo el obispo, que ocupa el lugar de Dios, y los ancianos que representan el colegio de los Apóstoles, y teniendo los diáconos, para mí dulcísimos, encomendado el ministerio de Jesucristo» [31], Con un ejemplo, dice a los efesios que los sacerdotes deben estar en sintonía con su obispo, como las cuerdas con la cítara[32], Y dice a los filipenses que la unidad de la jerarquía es la manifestación en la tierra de la unidad de las Personas en la Trinidad celestial[33],

7. *Su centro terreno está en Roma*: Ignacio presidía la iglesia en la que los discípulos habían recibido por primera vez el nombre de cristianos, y era sucesor de san Pedro en esa misma sede. Sin embargo, muestra deferencia hacia la *iglesia de Roma*. En la mayoría de sus cartas, habla como un maestro a sus discípulos, o como un padre a sus hijos. Solo cambia de tono cuando escribe a la iglesia de Roma, a la que se dirige con la deferencia propia de un discípulo hacia su maestro, o de un hijo con su padre. Saluda a la iglesia de Roma con profusión de elogios a la iglesia «que es amada y está iluminada por voluntad de Aquel que ha querido todas las cosas que existen, según la fe y la caridad de Jesucristo Dios nuestro; Iglesia, además, preside en la capital del territorio de los romanos; digna ella de Dios, digna de todo decoro, digna de toda bienaventuranza, digna de alabanza, digna de alcanzar cuanto desee, digna de toda

santidad; y puesta a la cabeza de la caridad, seguidora que es de la ley de Cristo y adornada con el nombre de Dios: mi saludo en el nombre de Jesucristo, hijo del Padre. A los que corporal y espiritualmente están hecho uno con todo mandamiento suyo» [34], Estos superlativos están reservados para la Iglesia que «preside en el amor» (*agape*, caridad) al resto del mundo. Es el primer testimonio del primado romano aportado por un autor externo a Roma.

Las cartas de san Ignacio son, por otra parte, un testimonio inconsciente del honor que la Iglesia primitiva daba a quienes habían sufrido por su fe. En las iglesias orientales, Ignacio se convirtió en algo parecido a una visita famosa, por el solo hecho de que viajaba hacia el martirio. Su condena le otorgaba una especie de autoridad universal. En todas partes, los cristianos reconocían en su persona a un santo en vida. Por su parte, Ignacio muestra reverencia hacia otros que habían realizado antes que él esa ruta hacia el martirio, mencionando sus nombres [35], El martirio —también cuando se preveía en un futuro inmediato— era la imitación suprema de Cristo y una prueba de santidad. De hecho, las cartas de Ignacio no hubieran resistido el paso del tiempo si no fuera porque la gente contemplaba a su autor con profundo respeto. Solo unos años después de su muerte, uno de sus corresponsales, san Policarpo de Esmirna, recordaba la memoria de Ignacio en su *Carta a los filipenses*, también conservada.

Ignacio vivió y murió de acuerdo con sus principios teológicos. Predicó a un Dios que se había entregado por completo en su Encarnación, en su Pasión y su Muerte, y también en la Eucaristía. Ignacio, sacerdote de ese Dios, se

identificaba plenamente con un amor que es al mismo tiempo divino y de auto-donación. Cuando se acercaba a la prueba definitiva, imaginaba su martirio como un sacrificio eucarístico. Con certeza, recordaría muchas veces estas palabras de Jesús: «En verdad os digo que si el grano de trigo no muere al caer en tierra, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto» (Jn 12, 24).

En su vida, en sus cartas y en su muerte, Ignacio nos ha dejado un testimonio vivo y permanente de lo que significaba ser cristiano en los siglos I y II d. C. También es un recordatorio de lo que tiene que seguir significando en el siglo XXI.

Pondera en tu corazón

San Ignacio preparó su muerte de la misma forma que se preparaba para celebrar la Misa. Ruega a los romanos que no hagan nada por impedir su martirio, e imagina a los testigos presenciales de su muerte como a fieles que asisten a la liturgia.

Si permanecéis en silencio y me dejáis solo, soy una palabra de Dios; pero si deseáis mi carne, entonces nuevamente tendré que correr mi carrera. No me concedáis otra cosa que el que sea derramado como una libación a Dios en tanto que está el altar preparado; para que formando vosotros un coro en amor, podáis cantar al Padre en Jesucristo, porque Dios ha concedido que yo, el obispo de Siria, me halle en Occidente, habiendo sido llamado desde Oriente. Es bueno para mí emprender la marcha desde el mundo hacia Dios, para que pueda elevarme a Él.

[...] Escribo a todas las iglesias, y hago saber a todos que de mi propio libre albedrío muero por Dios, a menos que

vosotros me lo estorbéis. Os exhorto, pues, que no uséis conmigo una bondad fuera de lugar. Dejarme que sea entregado a las fieras puesto que por ellas puedo llegar a Dios. Soy el trigo de Dios, y soy molido por las dentelladas de las fieras, para que pueda ser hallado pan puro de Cristo. Antes atraed a las fieras, para que puedan ser mi sepulcro, y que no deje parte alguna de mi cuerpo detrás, y así, cuando pase a dormir, no seré una carga para nadie. Entonces seré verdaderamente discípulo de Jesucristo, cuando el mundo ya no pueda ver mi cuerpo. Rogad al Señor por mí, para que por medio de estos instrumentos pueda ser hallado un sacrificio para Dios.

[...] Os estoy escribiendo en plena vida, deseando, con todo, la muerte. Mis deseos personales han sido crucificados, y no hay fuego de anhelo material alguno en mí, sino solo agua viva que habla dentro de mí, diciendo: «Ven al Padre». No tengo deleite en el alimento de la corrupción o en los placeres de esta vida. Deseo el pan de Dios, el pan celestial y de la vida, que es la carne de Cristo, hijo de Dios, que era del linaje de David y Abrahán; y por bebida deseo su sangre, que es amor y vida eterna.

SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA

Carta a los romanos, 2. 4. 7; ANF 1, 73.

- 25 San Ignacio de Antioquía, *Carta a los efesios*, 7. Recogida en Daniel Ruiz Bueno (ed.), *Padres Apostólicos*, BAC, Madrid 1993, pp. 447-459 (p. 452).
- 26 San Ignacio de Antioquía, *Carta a Policarpo*, 3. Cit., pp. 496-502 (pp. 498-499).
- 27 San Ignacio de Antioquía, *Carta a los magnesios*, 9. Cit., pp. 460-467 (p. 464).
- 28 San Ignacio de Antioquía, *Carta a los esmirnitas*, 8. Cit., pp. 488-496 (p. 493).
- 29 San Ignacio de Antioquía, *Carta a los filadelfios*, 4. Cit., pp. 481-488 (p. 483).
- 30 San Ignacio de Antioquía, *Carta a los esmirnitas*, 7. Cit., p. 492.
- 31 San Ignacio de Antioquía, *Carta a los magnesios*, 6. Cit., p. 462.
- 32 Cf. San Ignacio de Antioquía, *Carta a los efesios*, 4, 1 (NdT).
- 33 Cf. San Ignacio de Antioquía, *Carta a los filadelfios*, inicio. Cit., p. 481 (NdT).
- 34 San Ignacio de Antioquía, *Carta a los mínanos*, prólogo. Cit., pp. 474-481 (p. 474).
- 35 Cf. San Ignacio de Antioquía, *Carta a los romanos*, 10. Cit., p. 480 (NdT).

11. SAN IRENEO DE LYON, TRABAJADOR POR LA PAZ

Nacido y criado en Esmirna, Asia Menor, en la actual Turquía, Ireneo aprendió siendo niño los fundamentos de la fe, del gran obispo san Policarpo. Este, a su vez, había sido discípulo de san Juan Apóstol. Ireneo tuvo el privilegio de vivir en un tiempo en que la doctrina apostólica era una memoria viviente, porque la había aprendido de un hombre que la había recibido directamente de los Apóstoles.

Años después, recordaría con afecto sus años de formación. Escribe en una carta a otro discípulo de Policarpo:

Recuerdo las cosas de entonces mejor que las recientes [...]. Podría señalar el sitio en que se sentaba Policarpo para enseñar [...]. Podría reproducir lo que nos contaba de su trato con Juan y los demás que vieron al Señor, y cómo repetía sus mismas palabras; lo que del Señor les había oído, de sus milagros, de sus palabras, cómo lo habían visto y oído, ellos que vieron al \verbo de vida. Todo esto lo repetía Policarpo, y siempre sus palabras estaban de acuerdo con las Escrituras. \b oía esto con toda el alma y no lo anotaba por escrito porque me quedaba grabado en el corazón y lo voy pensando y repensando, por la gracia de Dios, cada día. [36]

Es cierto que cumplió su propósito hasta el fin de sus días, y que se esforzó mucho para asegurarse que la doctrina de los Apóstoles permaneciera como memoria viviente en la Iglesia.

Por algún motivo que desconocemos, Ireneo se marchó de

su ciudad de origen y se estableció en la lejana ciudad de Lugdunum en Galia, la actual Lyon en Francia. Allí ejerció el sacerdocio y se convirtió en obispo.

Vivió en una época de gran creatividad en la Iglesia. Los grandes pensadores cristianos estaban realizando las primeras investigaciones teológicas. Surgían nuevos movimientos de espiritualidad en todos los rincones del mundo conocido. Ireneo, que había viajado a lugares lejanos, conocía de primera mano la gran diversidad de la Iglesia, y la amaba profundamente. Pero también era consciente de que no todos esos nuevos movimientos eran verdaderamente cristianos. Su maestro, Policarpo, le había prevenido frente a eventuales maestros que «tergiversan las palabras del Señor según sus propios deseos» y a los que llama «primogénitos de Satanás» [37],

El propio Policarpo había tenido un encuentro con uno de los primeros herejes, Marción, y ya se había dirigido a él como «hijo de Satanás». Marción había sido un armador de naves extraordinariamente próspero, lo cual le permitía invertir grandes sumas en la difusión de su extraña versión del Evangelio. Predicaba que el creador era un dios maligno, como malo era el mundo que había creado, y que Jesús había venido a la tierra para liberar a los cristianos del yugo de ese cruel tirano. Movido por su odio al mundo, Marción también rechazaba todo aquello que se pudiera considerar un «bien» en él, por ejemplo, el matrimonio, el sexo y la maternidad. Consideraba que esas realidades eran los medios de los que se servía el creador para mantener a las almas en la esclavitud. Marción pensaba también que el Antiguo Testamento era diabólico, a la vez que reducía sus «escrituras» a una versión muy abreviada y recortada del evangelio según san Lucas y de las cartas paulinas.

Pero el marcionismo no era el único movimiento espiritual emergente entonces. Por todas las ciudades del Imperio surgían nuevas doctrinas, aunque muchas de ellas compartían la interpretación que hacía Marción de la creación. Todas solían ser elitistas, prometiendo la salvación solo a un grupo de personas capaces de comprender su «conocimiento» esotérico. Ya que el término griego para designar el conocimiento es *gnosis*, el conjunto de estas corrientes empezó a ser conocido como *Gnosticismo*.

Ireneo había desarrollado una capacidad de discernimiento extraordinariamente aguda. Leyó con profundidad las obras de esos nuevos movimientos, con una inteligencia que había sido formada por Policarpo y, a través de él, en la doctrina de los Apóstoles.

Aceptó todo lo que pudo de esos nuevos movimientos, y puso todos los medios para que siguieran siendo católicos. Ireneo, con sus argumentos, impidió que un Papa condenara a los montañistas, un nuevo movimiento que insistía sobre la profecía y el rigorismo moral, y que estaba logrando atraer a las inteligencias más claras de su tiempo. También logró frenar un cisma entre oriente y occidente, cuando ayudó al Papa Víctor a comprender las raíces apostólicas que tienen las tradiciones orientales para la celebración de la Pascua.

El nombre *Ireneo* significa «pacífico», y san Ireneo vivió bajo el signo de este nombre. Esa es la valoración del historiador Eusebio en el siglo III d. C. Añade que, «por carácter... era un hombre de paz» y que «suplicó y negoció la paz entre las iglesias».

Pero no deseaba una paz a cualquier precio. No estaba dispuesto a poner en juego la doctrina, y por eso hizo esfuerzos

heroicos para dialogar con pensadores rebeldes, procurando acercarlos a la verdad. Su obra maestra es la extensa *Adversus Haereses*, («Contra las herejías») en cinco libros, donde analiza todas las formas de gnosticismo. En el primer libro, esboza las líneas maestras del movimiento gnóstico y de su historia. En el libro 2, demuestra que los principios gnósticos son contrarios a la razón. En el libro 3, muestra que las doctrinas gnósticas suponen un fuerte contraste con la fe de la Iglesia. En el libro 4, muestra que también contradicen la enseñanza de Jesús. En el libro 5, analiza detenidamente el rechazo gnóstico a la resurrección de la carne.

No es un tratado sistemático. Al parecer, trabajó aprovechando ratos entre otras ocupaciones, ya que la vida de la Iglesia debió de haberle dejado muy poco tiempo para la escritura. También por este motivo, el resultado es impresionante: a lo largo de toda la obra, de principio a fin, Ireneo hace una exposición de la doctrina cristiana profundamente coherente y clara, también muy sencilla y directa.

Los gnósticos veían contradicción entre el espíritu y la materia. Ireneo muestra, en cambio, que ambas realidades han sido creadas en armonía, que esta se ha derrumbado con el pecado, pero que Cristo la ha restaurado.

Los gnósticos también creían encontrar disonancias entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Ireneo supo demostrar que la relación entre ambos es perfectamente armónica. Dice que las dos «manifiestan a un solo y mismo Señor» [38], «El mismo y único padre de familia entregó ambos testamentos, que son la Palabra de Dios, nuestro Señor Jesucristo. Habló con Abrahán y Moisés, nos restituyó la libertad en una situación nueva, y

multiplicó la gracia que de El procede» [39], Después de dar a los lectores una visión panorámica de la historia de la salvación, se propone explicar «por qué Dios estableció con la humanidad varios Testamentos y enseñar las particularidades de cada uno» [40],

El tono con que escribe nuestro obispo varía a medida que avanza en su análisis de los documentos gnósticos y que examina sus principios. A veces se expresa con calor; otras parece exasperado. Al menos en una ocasión recurre a la sátira, porque está analizando un texto absurdo. Pero persevera en su tarea, porque con ella hay muchas almas en juego.

Al final, ha demostrado de forma clara y exhaustiva que pasar del Antiguo al Nuevo Testamento no supone cambiar de dioses. Dios no cambia. Al contrario, Dios nos transforma a nosotros, a medida que comparte su naturaleza con su pueblo (tema, por otra parte, del que trata este libro). Somos transformados de esclavos en hijos e hijas, de seguidores de la ley de Dios en miembros fieles de su familia, de gente que vive en el temor en hijos que aman a su Padre.

Ireneo era consciente de que la Escritura aislada no ofrece una garantía suficiente de la fe cristiana. Como ya había señalado Policarpo, el texto de la Escritura no se interpreta a sí mismo, por lo que puede estar sujeto a las «inclinaciones» de cada lector. Puede ocurrir que esas inclinaciones sean «perversas» y, en ese caso, será muy raro que el sujeto que las experimenta pueda admitir su perversidad. Incluso puede decir que tiene buena intención.

Pero la buena intención tampoco es suficiente. Ireneo insiste en que cualquier desarrollo doctrinal tiene que estar en «armonía con las Escrituras», como había enseñado Policarpo.

También debe encontrarse en sintonía con la oración de la Iglesia, sobre todo cuando celebra la liturgia. Dice: «Para nosotros concuerdan lo que creemos y la Eucaristía y, a su vez, la Eucaristía da solidez a lo que creemos» [41], Es más, debe conformarse a la fe que se vive en todas partes: «En la Iglesia universal se conserva la única y misma fe en todo el mundo» [42],

Estas palabras no dejan espacio a ningún tipo de grupo elitista de «iluminados», ni a «iglesias» alternativas[43], En la fe cristiana, tal y como la han establecido los Apóstoles, y como la conserva la Iglesia Católica, no cabe un conocimiento «secreto», reservado a unos pocos, mientras el resto tiene que cargar con un Evangelio camal. Siempre ha habido una sola fe, y esta es universal, es decir, católica. En ella hay espacio para todas las personas. O, como dice uno de los últimos Padres, la fe apostólica es la que se ha enseñado siempre y en todo lugar, por todos: la de todos los santos.

Según Ireneo, el obispo local es el defensor de la enseñanza apostólica en su iglesia. El obispo sirve como juez, en nombre de Cristo y de su Iglesia. Entre todos los obispos, el primero es el obispo de Roma (como recuerda el texto recogido más abajo).

La prueba de la fe de Ireneo fue su martirio. Fueron muy pocos, si es que hubo alguno, los gnósticos dispuestos a ofrecer sus vidas como prueba de su «conocimiento». Ireneo, al igual que su maestro, Policarpo, fue uno más entre los miles de católicos que dieron sus vidas como testimonio de su fe.

No conocemos las circunstancias de su muerte, excepto que Ireneo siempre ha sido venerado como mártir. Probablemente, él mismo hubiera destacado que el único detalle

verdaderamente importante es el hecho de su martirio.

Pondera en tu corazón

Frente a la anarquía del gnosticismo, san Ireneo argumenta la necesidad y la utilidad del ministerio papal.

Para todos aquellos que quieran ver la verdad, la Tradición de los Apóstoles ha sido manifestada al mundo en toda la Iglesia, y podemos enumerar a aquellos que en la Iglesia han sido constituidos obispos y sucesores de los Apóstoles hasta nosotros, los cuales ni enseñaron ni conocieron las cosas que aquellos deliran.

[...] Como sería demasiado largo enumerar las sucesiones de todas las iglesias en este volumen, indicaremos sobre todo las de las más antiguas y de todas conocidas, la de la Iglesia fundada y constituida en Roma por los dos gloriosísimos Apóstoles Pedro y Pablo, la que desde los Apóstoles conserva la Tradición y la fe anunciada a los hombres por los sucesores de los Apóstoles que llegan hasta nosotros. Así confundimos a todos aquellos que de un modo o de otro, o por agradarse a sí mismos o por vanagloria o por ceguera o por una falsa opinión, acumulan falsos conocimientos. Es necesario que cualquier iglesia esté en armonía con esta Iglesia, cuya fundación es la más garantizada —me refiero a todos los fieles de cualquier lugar—, porque en ella todos los que se encuentran en todas partes han conservado la Tradición apostólica.

Después de haber fundado y edificado la Iglesia los beatos Apóstoles, entregaron el servicio del episcopado a Lino [sigue la lista completa de los Papas hasta la época de Ireneo], Por este

orden y sucesión ha llegado hasta nosotros la Tradición que se inició con los Apóstoles. Y esto muestra que la única y misma fe vivificadora que viene de los Apóstoles ha sido conservada y transmitida en la Iglesia hasta hoy.

SAN IRENEO DE LYON

Contra las herejías, 3, 3, 1-3.

36 *Recogido por Eusebio de Cesarea, Historia eclesiástica*, 5, 24; NPNF 21, 244.

36 *San Policarpo de Esmirna, Carta a los filipenses*, 7. Recogida en Daniel Ruiz Bueno (ed.), *Padres Apostólicos*, BAC, Madrid 1993, pp. 661-671 (p. 666).

37 *San Ireneo de Lyon, Contra las herejías*, 4, 13, 4.

38 *Ibidem*, 4, 9, 1.

39 *Ibidem*, 1, 10, 3.

40 *Ibidem*, 4, 18, 5.

41 *Ibidem*, 1, 10, 3.

42 *Ibidem*, 3, 3, 1-3.

12. SAN JERÓNIMO Y SU ENTORNO

Cada uno muere solo. Y cada uno será juzgado por su propia fidelidad, no por la de quienes le rodean. Pero mientras recorremos nuestro camino hacia una buena muerte, también tenemos que vivir una vida *en sociedad*, por imperativo de nuestra naturaleza humana. Pero, en ese viaje, a unos nos tocan tiempos más fáciles que a otros.

San Jerónimo vivió tiempos fáciles a veces, y también otros difíciles. Es una realidad, edificante y hermosa a la vez, que fue amigo de varios santos canonizados. Pero también parece que su enemistad con otros santos canonizados es un tema serio. Mi propósito en estas páginas es centrarme principalmente en sus amistades, aunque es inevitable que sus peleas interfieran en algún momento.

Su principal amigo fue Jesús. Aunque Jerónimo gozaba de una inteligencia brillante —políglota, buen lector de los clásicos, gran escritor—, vivía una piedad sencilla. Anhelaba conocer mejor a Jesús. Fue él quien dijo que «desconocer las Escrituras es desconocer a Cristo» [44],

Nadie le puede acusar de haber tenido esa ignorancia. En realidad, de ninguna clase de ignorancia.

San Jerónimo era originario de una provincia remota,

Stridon, en la actual Croacia. Sus padres se dieron cuenta de que era un genio y en la adolescencia lo enviaron a Roma para que se formase. Allí estudió bajo la tutela de algunas de las mentes más privilegiadas del Imperio, pero también perdió mucho tiempo. En un momento dado, probablemente a los 19 años de edad, decidió tomarse en serio su vida cristiana. Volvió a concentrarse en los estudios, y los domingos se dedicaba, junto a sus amigos, a recorrer los pasillos oscuros de las catacumbas romanas, entre los restos de los santos de la antigüedad.

Estaba terminando sus estudios cuando decidió dedicar su vida enteramente a Cristo. De regreso a su tierra natal, reunió una pequeña comunidad de jóvenes que compartían los mismos principios ascéticos. Pero su vida en común no duraría mucho tiempo. Jerónimo tenía un temperamento irascible y podía ser tan exigente con los demás como lo era consigo mismo. La diplomacia no se contaba entre las muchas cosas que había aprendido en Roma.

Continuó sus experiencias en la vida ascética junto a uno solo de sus amigos, y para ello viajó hacia el Este. En Antioquía depuró sus conocimientos de griego y empezó a estudiar hebreo, ambas cosas para mejorar en su estudio de la Sagrada Escritura. Después, pasó dos años en el desierto de Siria, viviendo como ermitaño. En ese tiempo, empezó a ser muy conocido, por su ascetismo y por su erudición. El obispo de Antioquía llamó a Jerónimo para pedirle que se convirtiera en su asesor teológico, y le ordenó sacerdote. Jerónimo acompañó a su obispo al gran concilio de Constantinopla, en el año 381, y después le siguió en su viaje de trabajo a Roma.

El Papa de entonces, san Dámaso, no tardó en darse cuenta de la genialidad de este joven visitante. Le invitó a

quedarse como secretario papal. Dámaso advirtió también el amor que tenía Jerónimo a la Escritura, y por eso pidió al nuevo secretario que realizara una muy necesaria revisión de la traducción latina más común de la Biblia, conocida como la *Vulgata*. Jerónimo acogió con entusiasmo el proyecto, y actualizó sus conocimientos de hebreo con la ayuda de un rabino romano.

Una vez en Roma volvió a llamar la atención. Algunos de sus compañeros en el sacerdocio sufrían por su brusquedad, envidiaban sus logros y a veces entendían su ascetismo como un reproche a la comodidad de sus vidas.

Sin embargo, esas mismas cualidades también llamaron la atención de algunos romanos que estaban buscando un mayor compromiso en su vida espiritual. Unas décadas antes, san Atanasio había visitado la ciudad y había introducido el ideal del monasticismo egipcio. Este había inspirado en algunas mujeres de la nobleza romana el deseo de seguir esa forma de vida. A este fin, en una casa tras otra, las matronas viudas estaban cambiando sus habitaciones y dedicaban sus días a la oración y la pobreza, al ayuno y las obras de caridad.

En la persona de Jerónimo, esas matronas encontraron un espíritu afín, y quisieron que se convirtiera en su director espiritual. Un papel que, por otra parte, él estaba deseoso de asumir. Pero eso exigía que las casas añadieran un nuevo elemento a su régimen de vida, porque Jerónimo insistió en que tenían que realizar estudios bíblicos.

No se trataba de estudios «suaves», en los que se pidiera a las asistentes que expresaran los sentimientos que les inspiraban algunos textos seleccionados. Jerónimo introducía a esos grupos de mujeres en las sutilezas de la filología hebrea. Sus preguntas

impulsaban al profesor para profundizar en sus estudios, y le empujaban a responder con estudios escritos. Pronto, el canto de los salmos en hebreo formaba parte de las devociones diarias de la comunidad. Jerónimo llegó a lamentarse de que sus alumnas le habían superado en la destreza para pronunciar el hebreo sin acento.

En una época en que ningún obispo vivo podía hablar la lengua del Antiguo Testamento, Jerónimo se la estaba enseñando a las viudas y adolescentes romanas.

Una de esas matronas, Marcela, tenía dotes para los estudios lingüísticos, y supo sacar buen partido de las explicaciones de Jerónimo sobre el sentido literal de los textos. Otra viuda más joven, Paula, tenía más facilidad para las interpretaciones alegóricas, algo que Jerónimo podía y deseaba ofrecerle. Las hijas de Paula seguirían a su madre en el ideal de vida ascética, una como virgen consagrada y la otra como viuda. La virgen, Eustaquia, dedicaría casi el resto de su vida a trabajar como secretaria y ayudante de Jerónimo.

Al parecer, impartir dirección espiritual a este grupo de mujeres consagradas ayudó también a Jerónimo a modelar su propio carácter, probablemente porque le obligó a dominar constantemente su genio. En una carta a Marcela, escribe lo siguiente: «Estoy seguro de que, cuando leas estas palabras, vas a fruncir el ceño, porque temerás que mi libertad de expresión pueda sembrar la semilla de la discordia; sé también que, si pudieras, desearías ponerme el dedo en la boca para impedir que hable de cosas de las que otros no se avergüenzan» [45], Marcela, no cabe duda, ya había tenido la oportunidad de silenciar a su maestro, que respetaba su juicio y agradecía su ayuda.

En todo caso, san Jerónimo y su entorno fueron objeto de todo tipo de comentarios por parte de clérigos envidiosos e irritados. Jerónimo tuvo que irse de Roma, y lo hizo con cierta sensación de coacción. Pero incluso su exilio se convirtió en ocasión de nuevas gracias para sus discípulas: decidieron acompañarle en su peregrinación a Tierra Santa, para estudiar la Biblia en su lugar de origen.

Una vez en su destino, el grupo de peregrinos decidió establecerse allí. Edificaron un complejo de pequeños monasterios cercano al lugar donde había nacido Jesús: monasterios masculinos y femeninos, abiertos a cristianos de cualquier clase social. Allí, su labor de investigación y de publicación se prolongó varias décadas. Además, estaban cerca de la biblioteca de Cesárea, que había sido fundada por Orígenes y completada por Eusebio, y que custodiaba la mejor colección de estudios bíblicos.

La investigación bíblica de Jerónimo puede competir con todos los autores de esa biblioteca juntos. Escribió comentarios, traducciones, polémicas, disputas y numerosas cartas. Recogió obras de referencia con los datos de todos los nombres de lugar y de persona mencionados en la Biblia.

Su entorno permaneció a su lado (lamentablemente, también lo hicieron sus problemas). El estimuló a sus amigos, y ellos también le impulsaron. Él les consolaba en sus problemas, y ellos también suavizaron su carácter.

A medida que la amistad crecía, cada uno ayudaba a los demás a profundizar en la Palabra de Dios, a penetrar en su misterio y a crecer en la amistad con Cristo. Con ellos, iban a arrastrar a todo el mundo en su empeño.

Pondera en tu corazón

Jerónimo emprendió la tarea de responder al hereje Vigilando, que criticaba la devoción que tiene la Iglesia a los santos. El pasaje a continuación es muy genuino de san Jerónimo, con su retórica barroca, las frecuentes referencias bíblicas y su mordacidad.

La verdad es que no se puede decir que los santos están muertos, sino que están dormidos. Por eso se dice de Lázaro, cuando iba a ser resucitado, que estaba dormido (cf. *Jn* 11, 11). También el Apóstol prohíbe a los tesalonicenses entristecerse por los que duermen (cf. *1 Tes* 4, 13). En cuanto a ti, estás dormido aunque parezcas bien despierto, y duermes cuando escribes, y cuando traes ante mí un libro apócrifo que, bajo el nombre de Esdrás, lees tú y la gente como tú, porque en él está escrito que nadie se atreve a rezar por otros después de la muerte. Yo no lo he leído, porque ¿qué necesidad tenemos de atender a cosas que la Iglesia no acepta?

[...] Digo esto porque en tu breve tratado citas a Salomón, como si estuviera a tu lado, pero Salomón jamás escribió esas palabras. Lo haces porque, así como tienes un segundo Esdrás, también quieres tener un segundo Salomón. Si quieres, podrías leer todas las revelaciones imaginarias de todos los patriarcas y profetas y, una vez aprendidas, puedes cantarlas en las tiendas de artesanía que visitan las mujeres. O mejor, puedes mandar que se lean en las tabernas, ya que esas cancioncillas melancólicas serán la mejor invitación para que la chusma ignorante decida rellenar sus vasos.

En cuanto a las velas, siento decir que no hacemos lo que representa la imagen que tenéis, porque no las encendemos de

día, sino que son nuestro alivio en la oscuridad mientras esperamos el amanecer, a menos que, como vosotros, estemos ciegos o nos durmamos en la oscuridad. Si algunos [...] adoptan la costumbre de honrar a los mártires, ¿qué mal os hacen? Una vez, los Apóstoles pidieron que se ahorrara el óleo, pero la voz del Señor rechazó la petición. Cristo no necesitaba el óleo, y tampoco a los mártires les hace falta la luz de las velas; sin embargo, esa mujer honró a Cristo derramando el óleo, porque la devoción que había en su corazón fue aceptada. También los que encienden velas tendrán su recompensa en función de su fe.

[...] ¿Está en el error el obispo de Roma cuando ofrece al Señor sacrificios sobre los huesos venerables de Pedro y Pablo, y cuando estima que sus tumbas tienen la dignidad de altares cristianos? Según vuestra doctrina, solo celebra sobre un insignificante puñado de polvo. Además, no se equivoca solo el obispo de una ciudad, sino los obispos de todo el mundo. Ellos, ignorando al tabernero Vigilando, entran en las basílicas de los muertos, donde, envuelto en una tela, descansa un insignificante puñado de polvo y ceniza, contaminado y contaminante. Según vosotros, los edificios sagrados son como los sepulcros de los fariseos, blanqueados por fuera aunque en su interior contienen restos impuros, están llenos de malos olores y suciedad. Después, se atreven a verter su propia suciedad sobre el tema, para decir: ¿puede ser que las almas de los mártires amen sus cenizas, que rondan a su alrededor, y que estén siempre presentes, no sea que venga alguien a rezar y ellas, por estar ausentes, no oigan?

¡Oh, monstruo, habría que exiliarte a los confines de la tierra! Te burlas de las reliquias de los mártires y, con Eunomio, padre de esta herejía, calumnias a las iglesias de Cristo. ¿No

temes encontrarte en semejante compañía, para decir contra nosotros lo mismo que él lanza contra la Iglesia? [...] Me sorprende que no nos digas que no tendría que existir el martirio, ya que Dios, que no pide la sangre de cabras y toros, mucho menos va a exigir la sangre humana. Es lo que dices, si no explícitamente, está implícito en tus afirmaciones. Porque cuando mantienes que las reliquias de los mártires están a nuestros pies para ser pisadas, prohíbes el derramamiento de su sangre como cosa indigna de honor.

SAN JERÓNIMO

Contra Vigilancio 6-8 (NPNF2 6, 419-421).

San Jerónimo, *Comentario a Isaías*, prefacio, 1.

43 San Jerónimo, *Carta 27*, 2; NPNF2, 6, 44.

13. SANTA MÓNICA Y SU HIJO

Un conocido proverbio yiddish, citado en muchos libros para padres, dice: «Los hijos pequeños te trastornan el sueño, los mayores trastornan tu vida».

Santa Mónica de Tagaste podría confirmar esa afirmación y comprender muy bien a los padres modernos. Su hijo mayor, Agustín, ya le quitó el sueño en el transcurso normal de las cosas, y lo siguió haciendo a lo largo de 17 años de su vida.

La juventud de Agustín puso a prueba a su devota madre. Le había educado en el cristianismo, aunque su marido, Patricio, no era creyente. Se había asegurado de que recibía una educación cristiana, y ella procuró darle buen ejemplo. Aunque lo más probable es que Mónica no supiera leer, iba diariamente a Misa para escuchar la Palabra de Dios, y también acudía a todos los funerales que se celebraban en su parroquia, para escuchar el Evangelio una segunda vez.

Pero ni siquiera la mejor preparación podía garantizar la fidelidad de su hijo. En sus diez primeros años ya fue causa de problemas en la comunidad, porque robaba peras en el huerto del vecino, solo por la curiosidad que le daba desafiar las normas.

Cuando dejó la escuela para iniciar sus estudios superiores

(o el equivalente a ellos en el siglo IV d. C.), se trasladó de la pequeña población de Tagaste a la gran ciudad de Cartago. Supuso también un paso de lo malo a lo peor. Tomó una amante y la dejó embarazada. Dejó de ir a la iglesia y empezó a manifestar desprecio hacia las Escrituras, por su baja calidad literaria. Comparada con la filosofía de moda y con la retórica brillante que estaba estudiando, la Biblia le parecía primitiva y burda.

Todavía peor: empezó a salpicarse con la herejía. El culto de los maniqueos, procedente del Este, era la última moda entre los intelectuales de las grandes ciudades de entonces. Era una ideología sincretista, una amalgama de doctrinas tomadas de diferentes religiones, entre las que se encontraba el cristianismo, pero también el budismo y el mazdeísmo de Zaratustra. Sus seguidores decían que su doctrina era totalmente racional y que la fe no era necesaria. Es más, se burlaban de las historias de la Biblia, que habían fastidiado tanto a Agustín. Como habían hecho los gnósticos, rechazaban al Dios del Antiguo Testamento, despreciaban su adoración, y se veían a sí mismos como prisioneros en su creación. Por otra parte, tenían cierto barniz de cristianismo: declaraban estimar a Jesús como profeta, su doctrina insistía sobre la salvación y se organizaban como una «iglesia» gobernada por «obispos».

Agustín no abrazó el maniqueísmo. Nunca firmó como uno de los «elegidos», y se mantuvo, en cambio, como «oyente». Lo estudió a fondo, y cuando no le encontraba todo el sentido, daba por hecho que el problema se encontraba en sus propias limitaciones, o en las de los maestros locales. En todo caso, se mantuvo cerca, poniéndose al servicio de los «elegidos» y esperando que llegara el día en que él sería uno de los líderes

intelectuales del movimiento.

Estas circunstancias rompieron el corazón de Mónica: su hijo se mezclaba con la herejía, servía a un culto extravagante, y vivía en el pecado junto a su amante. Aunque crecía en prestigio profesional, ella no podía alegrarse de ese progreso, porque se llenaba de orgullo por sus logros y con ello solo exageraba su condición. Cuando Mónica pidió ayuda a su obispo, este solo le dijo que Agustín no estaba preparado para recibir ayuda, porque era demasiado orgulloso.

Mónica intentó limitar los males. Suplicó a su hijo que, al menos, no cometiera adulterio (que no se acostara con mujeres casadas). Le expuso el problema moral de forma persuasiva. Y él siguió su consejo, demostrando que, por muy orgulloso que fuese, aún respetaba la sabiduría de su madre. También dio un paso más: fue siempre fiel a su amante, aunque no llegó a casarse con ella.

Poco a poco, Agustín empezó a desilusionarse con los maniqueos. Tuvo la oportunidad de encontrarse con uno de los líderes de la secta, un obispo llamado Fausto, pero este no fue capaz de responder a las complejas preguntas de Agustín.

Con todo, Agustín no se acercó al cristianismo. En cambio, dirigió su atención hacia la filosofía neoplatónica, que constituía la última y la mejor esperanza del paganismo.

Mónica empezó a rezar con más intensidad. Se quejaba a Dios entre lágrimas y expresaba su disgusto —a veces, incluso en forma de ira— ante el aparente silencio del cielo. Pasó muchas horas en las capillas, en largas vigiliass. Perseveró en esta actitud durante 17 años.

En sus *Confesiones*, Agustín describe lo que demostraría ser el punto de inflexión de su vida. Empezó con el viaje que

hizo desde el Norte de África a Milán en el año 384. Le habían asignado el mejor puesto académico en el mundo latino, como profesor de retórica en la corte imperial. Mónica, que por entonces ya era viuda, decidió acompañarle.

En Milán, le llamó la atención la reputación del gran obispo cristiano, san Ambrosio, que también era director espiritual de Mónica. Personalidad notable por sus propios méritos, Ambrosio había sido, de hecho, gobernador de la capital imperial hasta el momento en que fue designado para su oficio eclesiástico por aclamación popular. Tenía muy buenas dotes intelectuales y retóricas.

Agustín recuerda que la fama de Ambrosio se extendía «por todo el mundo» y el joven maestro decidió «valorar críticamente su categoría intelectual, y ver si respondía a su fama o si valía más o menos de lo que decían» [46], Quizá su punto de partida era competir con él o medir sus propias dotes frente a las de sus predecesores.

Cada encuentro le sorprendía porque encontraba algo nuevo. Lo primero que le atrajo fue la calidez y la humildad de Ambrosio. Después, sin buscarlo, se vio arrastrado por la enseñanza de Ambrosio: «le oía predicar al pueblo rectamente la palabra de la verdad todos los domingos, confirmándome más y más en que podían soltarse todos los nudos de las maliciosas calumnias que aquellos engañadores nuestros levantaban contra los libros sagrados» [47],

Agustín fue descubriendo, poco a poco, que había juzgado las Escrituras de forma incorrecta e inadecuada, confundiendo sus géneros y los métodos de interpretación de la Iglesia. Gracias a la predicación de Ambrosio «me alegraba de que las Antiguas Escrituras de la ley y los profetas ya no se me

propusiesen en aquel aspecto de antes, en que me parecían absurdas, reprendiéndolas como si tal hubieran sentido tus santos [patriarcas], cuando en realidad nunca habían sentido de ese modo; y así oía con gusto decir muchas veces a Ambrosio en sus sermones al pueblo, recomendando con mucho encarecimiento como una regla segura, que “la letra mata y el espíritu vivifica” [2 Cor 3, 6]; al exponer aquellos pasajes que, tomados a la letra, parecían enseñar la perversidad, pero que, interpretados en un sentido espiritual, roto el velo místico que les envolvía, no decían nada que pudiera ofenderme» [48],

El intelectual mundano que una vez se había burlado de la vulgar rusticidad del Antiguo Testamento pronto se encontró confesando que «aquellos libros han sido dados a los hombres por el Espíritu de Dios, único y veracísimo» [49], Es más, afirmaba que «precisamente esto» y no ciertos puntos selectos de una teoría filosófica, «era lo que mayormente debía creer» [50],

A continuación, ponía el sello de su propio comentario al tema, explicando: «reconociéndonos enfermos para hallar la verdad por la razón pura», Dios había «dado tan soberana autoridad a aquellas Escrituras», para que fueran el medio por el que «te creyésemos y buscásemos [a Dios]». Las mismas realidades que antes consideraba absurdas, las contemplaba ahora como «profundos misterios». Llegó así a la conclusión de que «la autoridad de las Escrituras [es] tanto más venerable y digna de la fe sacrosanta cuanto que es accesible a todos los que quieren leerlas, y reserva la dignidad de su secreto bajo un sentido más profundo» [51],

Aunque en un primer momento le atrajo la calidez humilde de san Ambrosio, lo que convirtió a Agustín fue la

profunda humildad de Dios, que cubrió su palabra divina con un atuendo tan casero para poder «admitir a las turbas en el gremio de su santa humildad» [52],

Esa fe había sido siempre amada por su madre, en su propia humildad, también cuando Dios parecía demasiado lento para responder a sus oraciones.

A lo largo de los capítulos restantes de las *Confesiones*, Agustín presenta a su madre como modelo de santa cristiana, ejemplo de una vida vivida en unión con Dios. Dice de Mónica: «le debo todo lo que soy».

Dios respondió a las oraciones de Mónica de la mejor forma, no solo para su hijo, y no solo para ella, sino para toda la humanidad de todos los años restantes de historia. Agustín llegaría a ser un obispo capaz de reconciliar a congregaciones enteras de herejes con la fe católica: maniqueos, donatistas, pelagianos y muchos otros. No habría sido tan eficaz si no hubiera vivido en su propia carne la experiencia de la herejía, si no la conociera desde dentro.

Tampoco podría haber ayudado a la Iglesia a apreciar la Escritura con tanta profundidad, si no hubiera desconfiado de ella en otro tiempo.

Dios jamás quiere que ninguno de nosotros pequemos. Pero cumple su voluntad a pesar de nuestros pecados, e incluso por medio de ellos. Como dice san Pablo, «sabemos que todas las cosas cooperan para el bien de los que aman a Dios, de los que son llamados según su designio» (Rm 8, 28).

San Agustín trastocó bastantes años de la vida de su madre, pero Dios se sirvió de esos años para un buen fin. Nosotros recibimos los beneficios.

Pondera en tu corazón

Al final de una de sus grandes obras, La ciudad de Dios, san Agustín explica el poder de intercesión que tienen los santos en el Cielo.

¿De qué nos dan testimonio estos milagros sino de la fe en la resurrección de Cristo realizada en su carne y de su ascensión con la misma carne al cielo? Los mismos mártires fueron *mártires*, es decir, testigos de la fe, y por dar testimonio de esta fe tuvieron que soportar un mundo en extremo enemigo y cruel, al que vencieron no con la resistencia, sino con la muerte. Por esta fe murieron los que consiguieron esto del Señor, por cuyo nombre murieron. Por esta fe precedió su admirable sufrimiento, que fue la causa de semejante poder en esos milagros. Pues si no precedió la resurrección de la carne en Cristo para siempre, o no ha de tener lugar según la predicción de Cristo, o según lo anunciaron los profetas por quienes fue anunciado Cristo, ¿cómo tienen tal poder los muertos que murieron por esa fe que proclama la resurrección?

Lo mismo da que sea Dios quien realice por sí mismo y del modo maravilloso propio suyo, siendo El eterno, en las cosas temporales, estas maravillas, que el que las realice por medio de sus ministros; y, en este caso, ya lleve a cabo algunas por medio de los espíritus de los mártires o de los hombres, viviendo todavía en este cuerpo, o las lleve todas a cabo por medio de los ángeles, sobre quienes invisible, inmutable o incorpóralmente tiene dominio.

Así, estas mismas cosas que se dicen realizadas por los mártires no lo son por obra suya, sino por sus oraciones e intercesión.

[...] Para nosotros los mártires no son dioses, puesto que confesamos que es uno y el mismo Dios el de los mártires y el nuestro.

[...] Ellos [los paganos] construyeron a tales dioses templos, dispusieron aras, instituyeron sacerdotes, ofrecieron sacrificios. Y nosotros ni construimos templos a nuestros mártires como si fueran dioses, sino monumentos como a hombres muertos, cuyo espíritu vive con Dios; ni les erigimos allí altares en que sacrifiquemos a los mártires, sino al único Dios de los mártires y nuestro. Y en ese sacrificio se les nombra según el orden y lugar que les corresponde, como hombres de Dios que vencieron al mundo confesando su fe; pero no son invocados por el sacerdote que ofrece el sacrificio. Ofrece el sacrificio, en efecto, al mismo Dios, no a ellos, aunque lo haga en sus monumentos, ya que es sacerdote de Dios, no de ellos.

Y ese sacrificio es el cuerpo de Cristo, que no se ofrece a ellos precisamente: ellos mismos forman parte de ese cuerpo. ¿A quiénes, pues, de los que hacen estas maravillas se ha de dar fe con más razón: a los que pretenden ser tenidos como dioses por los favorecidos de ellos o a aquellos que, en cuantas maravillas realizan, buscan que se crea en Dios y en Cristo? ¿A los que pretendieron se les consagrasen como cosa sagrada sus mismas torpezas, o a los que no quieren se consideren sus propias alabanzas como cosas sagradas suyas, sino que toda verdadera alabanza suya ceda en honor de Aquel en quien son alabados? Sus almas, efectivamente, son alabadas en el Señor.

Creémosles, por consiguiente, a estos, tanto cuando dicen la verdad como cuando hacen milagros, pues sufrieron por decir la verdad, y así llegaron a realizarlos. Entre estas verdades resalta como principal que Cristo resucitó de los muertos y

mostró el primero en su carne la inmortalidad de la resurrección, que nos prometió a nosotros también, ya en el principio del nuevo siglo, ya al final del presente.

SAN AGUSTÍN

La ciudad de Dios, 22, 9-10.

San Agustín de Hipona, Confesiones, 5, 13, 23 (NdT).

44 *Ibidem*, 6, 2, 4 (NdT).

45 *Ibidem*, 6, 3, 6 (NdT).

46 *Ibidem*, 6, 5, 7 (NdT).

47 *Ibidem*.

48 *Ibidem*, 6, 5, 8 (NdT).

49 *Ibidem*.

14. SANTO TOMÁS DE AQUINO, TEÓLOGO DE LA BIBLIA

Santo Tomás es más respetado y venerado que querido. La causa de ello es que se le suele interpretar mal. En realidad, fue un gran defensor de la razón. Tuvo la habilidad de expresar su filosofía en un lenguaje técnicamente preciso y exhaustivo en su sistematicidad.

No por ello era un racionalista, según intentan hacernos creer algunos de sus detractores. Tampoco era una especie de Aristóteles disfrazado con vestidura sacerdotal. Sobre todo, no era una especie de taladro para la razón.

Era un sacerdote del siglo **XIII**, perteneciente a la Orden de Predicadores, los dominicos, que había sido fundada recientemente. Procedía de una familia aristócrata del sur de Italia. Tenía un carácter tranquilo, y talento para la investigación y la escritura. Durante muchos años, se dedicó a la enseñanza de la teología en la Universidad de París. Fue un escritor prolífico, cuyos dictados podían ocupar simultáneamente a varios secretarios. En su madurez, producía miles de palabras cada día. Su obra más famosa es la gran *Summa Theologica*, que, aunque inconclusa, es probablemente el tratado sistemático más amplio

que se haya producido nunca.

Aunque era un hombre humilde y tranquilo, tenía grandes ambiciones de santidad. Para alcanzarlas, necesitaba observar la rigurosa disciplina teológica: tenía que estudiar con pasión un lenguaje que solo unos pocos lograban encontrar emocionante.

Con todo, en mi opinión, para entender a fondo a santo Tomás no es suficiente conocer su metafísica o estudiar su adaptación de Aristóteles. Mi propuesta es considerarle fundamentalmente como teólogo *bíblico*. De hecho, varios de sus biógrafos nos dicen que él mismo se hubiera definido, principalmente como maestro de Escritura.

Uno de los primeros biógrafos de santo Tomás, el dominico Bernard Gui, escribía durante el proceso de canonización de Tomás (en tomo al año 1318) lo siguiente: «Su conocimiento era como un río desbordante de doctrina escriturística, nacido de la fuente de la Sabiduría más alta, que después se diversifica en toda la variedad de sus escritos» [53],

Son muchos los expertos que están redescubriendo ahora la profundidad bíblica de sus enseñanzas, y la importancia de interpretar su pensamiento desde las categorías bíblicas que constituyeron el marco en que se fraguó la mayor parte de su pensamiento. Actualmente, es comúnmente reconocido como uno de los mejores teólogos de la Biblia de todos los tiempos.

El mismo santo Tomás decía que «nuestra fe se asegura por la Sagrada Escritura» [54], ¿Por qué la Escritura tiene esta autoridad única? Responde él mismo: «El autor de la Sagrada Escritura es Dios. Y Dios puede no solo adecuar la palabra a su significado, cosa que, por lo demás, puede hacer el hombre, sino también *adecuar el mismo contenido*» [55].

Así, Dios «escribe» el mundo, de forma parecida a como

los seres humanos escribimos palabras. La naturaleza y la historia son más que cosas creadas, tienen un significado más amplio que su sentido histórico o literal. Dios diseña las realidades del mundo y da forma a los acontecimientos históricos, para que sean signos de la realidad increada, que es eterna e invisible. Santo Tomás dice: «Como las palabras formadas por el hombre son signos de su ciencia intelectual, así las cosas creadas por Dios son signos de su sabiduría» [56],

Sin embargo, a causa del efecto cegador del pecado, es necesario que la Palabra inspirada de la Escritura traduzca el «libro» de la naturaleza. Desde la caída, no es posible entender la naturaleza sin la ayuda de las Escrituras.

El Magisterio de la Iglesia ha adoptado este punto de vista en el *Catecismo de la Iglesia Católica* (cf. nn. 112 y 116), donde cita explícitamente al Aquinate.

Fuera de las Escrituras, ni siquiera un genio como el de santo Tomás habría sabido dar tanto sentido al plan de Dios para la historia de la salvación. El propio Tomás era consciente de ello.

Pensemos, por ejemplo, en su *Tratado sobre la Ley*. Es una obra interesante porque, al igual que bastantes secciones de la *Summa*, cita frecuentemente a Aristóteles. Pero, si se suma el número total de citas en toda la obra, encontramos que 724 de ellas proceden de la Escritura, y que solo 96 son de Aristóteles. En mi opinión, el dato revela el lugar principal de la Escritura en la comprensión que tenía santo Tomás de la ley.

Tomás trata sobre el significado de la ley en la cuestión 90. La define como una ordenación de la razón, dirigida al bien común y promulgada por quien tiene autoridad. Sigue explicando que la ley es lo que dirige al hombre hacia su fin. La

razón es sencilla: hemos sido creados para Dios pero, a causa del pecado, necesitamos de la ayuda divina. La ley eleva a los hijos de Dios hasta las cumbres de la gloria trinitaria.

Continúa con la exposición de cuatro tipos de leyes: la *ley eterna* es el gobierno que ejerce Dios sobre toda la creación; la *ley natural* es la participación humana en la ley eterna, a través de la cual, por nuestra razón y nuestra voluntad libre, llegamos a conocer la verdad y a escoger el bien; la *ley humana*, que aplica los principios generales de la ley natural a situaciones o periodos concretos, buscando el bien común de la sociedad.

Pero en este momento nos interesa sobre todo el cuarto tipo: la *ley divina*. Se trata de la ley que Dios nos ha revelado con un solo propósito. Mientras el fin de la ley humana es la promoción del bien común entre los hombres, el fin de la ley divina es nada menos que nuestra amistad con Dios.

Le ley divina es necesaria para dar a conocer los planes paternos de Dios, y para que puedan ponerse por obra. La ley divina nos hace descubrir que hemos sido creados para mucho más que la felicidad terrena y los bienes temporales. Hemos sido destinados a la visión beatífica, que es participación en la misma vida divina, y en las bendiciones de la Trinidad para toda la eternidad.

¿Cómo nos lleva Dios allí? Nuestra naturaleza nunca ha sido suficiente para que obtengamos una vida sobrenatural, ni siquiera antes de la caída. El pecado original solo empeoró la situación. Nuestra imperfección y nuestra condición pecadora provocaron que la ley divina tuviera que ser entregada en dos fases: la Antigua Ley y la Nueva Ley, o la Antigua y la Nueva Alianza.

¿Has caído en la cuenta de que el Antiguo Testamento

apenas habla de la resurrección y del cielo, si es que lo hace? ¿Por qué? Porque, con la Antigua Ley, Dios nos ha dado lo que nosotros queríamos: bienestar temporal, prosperidad y poder. Pero el fin era prepararnos para recibir lo que realmente necesitábamos, lo que nos hacía falta, aquello para lo que hemos sido creados: la vida divina y la gloria celestial.

Si la diplomacia es el arte de permitir a otro seguir *tu* camino, entonces Dios es el mejor de los diplomáticos. Santo Tomás explica que en el Antiguo Testamento se prometen bienes temporales a causa del pecado. Antes de reconducirnos hacia un punto desde el que pudiéramos alcanzar su gloria, Dios tenía que restaurar el vínculo de confianza que existía entre Él y nosotros. Cuando el pueblo de Israel obtuvo esos bienes temporales, después de un tiempo comprendió que los bienes terrenos son signos que remiten a los bienes eternos del cielo. Por eso, cuando Jesús empezó a proclamar la Nueva Ley la refería a un reino, pero este ya no era meramente terreno.

La Antigua Ley estaba pensada para adaptarse a nuestra condición humana caída y para prepararnos para la Nueva Ley que nos iba a dar Jesucristo. Santo Tomás explica que la Antigua Ley es una fase intermedia entre la ley natural y la Nueva Ley. Sin el apoyo de la Antigua Ley, el hombre no podría saber que tiene un fin sobrenatural. Con ella, el ser humano pudo aprender que podía esperar en ese fin sobrenatural, pero también que todavía no tenía los medios ni la fuerza para alcanzarlo.

La Nueva Ley, el Evangelio de Jesucristo, da al hombre la fuerza que necesita para guardar la ley divina y la ley natural. Santo Tomás va más lejos, e identifica la Nueva Ley con la inhabitación del Espíritu Santo en el corazón del creyente

bautizado, que vive en estado de gracia, es decir, como hijo o hija de Dios.

Para el Aquinate, la Nueva Ley supera el *Sermón de la montaña* y otras enseñanzas de Jesús, porque es nada menos que la gracia divina, la vida y el poder de Dios. Esa gracia es la Nueva Ley, que nos permite guardar los mandamientos de una forma que no habríamos sido capaces de vivir en cuanto hijos de Adán.

La presentación del Evangelio que hace santo Tomás en el *Tratado sobre la Ley* es la misma que ha hecho el Magisterio de la Iglesia a lo largo de dos mil años. La ley divina ha sido dada para humillarnos y exaltarnos después. En primer lugar, la Antigua Ley nos humilló, mostrándonos nuestra debilidad y la necesidad de la gracia. Después, la Nueva Ley nos ha exaltado al llenarnos del Espíritu Santo.

Una vez comprendido este punto de vista, se entiende mejor lo imprescindible que es para santo Tomás la dimensión teológica de la Ley y el hecho de que la gracia es esencial para que podamos cumplir tanto la ley natural como la Nueva Ley.

¿Cómo puede empezar a vivir esta realidad un católico, que quiere entender las Escrituras, pero que no tiene tiempo para estudiar en la Universidad de París? Para ti, y para mí, el punto de partida es el mismo que tuvo santo Tomás: ponemos de rodillas con la Biblia en las manos.

Decía Bernard Gui, en su alabanza a las virtudes de nuestro gran santo:

¡Maravilloso misterio de la Providencia, al que Dios primero esconde el sentido de su Escritura, para revelarlo después; a fin de mostrar a qué poco llega el entendimiento humano de sus misterios, y enseñar que quien desea comprenderlos a fondo tiene que recurrir al mismo que decidió revelar su secreto a los profetas y a los Apóstoles!

¡Feliz esa alma cuya oración ha sido escuchada por la

misericordia de Dios, la que nos enseña, con su ejemplo, a poseer nuestras almas inquietas mediante la paciencia, para que en el estudio de las realidades divinas sepamos descansar principalmente en el poder de la oración!

Pondera en tu corazón

Santo Tomás investigó las Escrituras para entender mejor cómo es la vida de los santos en el cielo.

El espíritu llega a ser feliz con la visión misma de Dios por medio de la asociación a la inteligencia divina. Es necesario que el ser que comprende y el ser comprendido estén en cierto modo unificados, y esta es la razón por que estando establecido el reino de Dios en los Santos, sucederá que los Santos estarán asociados a su reino. En efecto: de ellos se dice en el cap. 5 del *Apocalipsis*: «Nos habéis hecho reyes y sacerdotes con nuestro Dios, y reinaremos sobre la tierra» (cf. *Apoc* 5, 10). Se llama, a la verdad, reino de los cielos al reino de Dios en los Santos, y al de los Santos en Dios, según estas palabras de san Mateo: «Haced penitencia, porque se acerca el reino de los cielos» (*Mt* 3, 2). Lo dice en el sentido de que Dios está en el cielo; no porque esté contenido en cielos materiales, sino para designar su elevación sobre toda criatura, a la manera que decimos que los cielos están sobre toda criatura material, según este pasaje del salmo: «El Señor excelso sobre todas las naciones, y sobre los cielos su gloria» (*Sal* 112, 4).

[...] En efecto: la esposa posee el bien final eterno y la alegría completa de que hemos hablado. En consideración a esto dice Nuestro Señor por san Juan: «Pedid y recibiréis, para que sea plena vuestra alegría» (*Jn* 16, 24). La alegría completa no puede proceder de criatura alguna, sino de Dios solo, en quien

reside la plenitud de la bondad: por esto Nuestro Señor dice también al siervo fiel: «Entra en la alegría de tu Señor» (*Mi* 25, 21), para que goces de tu Señor, según estas palabras de Job: «Encontraréis vuestras delicias en el Todopoderoso» (*Job* 22, 26). Como Dios saca principalmente su alegría de sí mismo, se dice que el siervo fiel entra en la alegría de su Señor, porque participa de la alegría de su Señor, según las promesas que Nuestro Señor hizo a sus discípulos: «Yo os preparo un reino como mi Padre me lo preparó a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino» (*Le* 22, 29-30). No debe entenderse este pasaje en el sentido de que los Santos, gozando de este bien material, y estando ya en posesión de la incorruptibilidad, hagan uso de alimentos corporales, porque la palabra festín está empleada para significar que serán saciados de la alegría que Dios encuentra en sí mismo, y los Santos en Dios solo.

SANTO TOMÁS DE AQUINO *Compendio de teología* II, cap. 9, n. 165.
Bernard Gui, «Vida de Santo Tomás de Aquino», recogida en Kenelm Foster, OP, *The Life of St. Thomas Aquinas: Biographical Documents*, Helicon, Baltimore 1959, p. 39.

50 Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* III, 55, 4. En adelante, citaremos esta obra con la abreviatura *STh* (NdT).

51 Santo Tomás de Aquino, *STh* I, 1, 10 (NdT).

52 Santo Tomás de Aquino, *STh* III, 12, 3 (NdT).

15. SANTA TERESA DE LISIEUX, LA SANTA DE LAS COSAS PEQUEÑAS

A diferencia de Moisés y de san Pablo, en su vida terrena, santa Teresa de Lisieux no tuvo un papel destacado en el mundo. No fue una erudita, como san Jerónimo, ni una pensadora original como san Agustín. No ostentó un cargo importante, como san Ireneo. Ni realizó una síntesis de los grandes sistemas de pensamiento, como santo Tomás.

Paradójicamente, su gran obra es su pequeñez, y a la vez, esta es impresionantemente amplia. Me encuentro ante el capítulo del libro que más me impone; en ninguno de los demás he pasado tanto tiempo pasmado ante la página en blanco. Todos los santos deben suscitar nuestro respeto, pero podemos superarlo cuando leemos un resumen de su biografía. Pero eso no sucede en el caso de Teresa, cuya vida no tiene ese resumen.

Murió a la edad de 24 años, después de vivir 9 años en un monasterio carmelita. Transcurrió la mayor parte de sus días entre la oración y las tareas más modestas. En 1897 enfermó de tuberculosis, una enfermedad que en ese año afectó a muchas otras personas. A su muerte, dejó poco más que un pequeño fardo de cuadernos. Ni siquiera destacó entre sus compañeras de claustro. Una de las monjas que había vivido con ella la definía,

póstumamente, como «inútil».

Sin embargo, pocos años después de su muerte, y todavía muchos antes de que fuera canonizada, el Papa san Pío X la llamaba «la santa más grande de los tiempos modernos». El Papa Pío XI, que la canonizó en 1925, la llamó «estrella de nuestro Pontificado»[57], Pío XII, por su parte, dijo de ella que era «la mejor sanadora de los tiempos modernos». Y el santo Papa Juan Pablo II la incluyó entre los 33 Doctores de la Iglesia: un grupo de santos que destacan por la impresionante calidad de su enseñanza.

Pero la alabanza a Teresa que más me impresiona es la que le dirigía el Papa Juan Pablo I: «El amor que tuviste a Dios [...] fue verdaderamente digno de Dios»[58],

¿Qué sucedió, a partir de 1897, para elevar a esta «inútil» hasta proponerla entre los modelos más ejemplares?

En primer lugar, fue la publicación de sus cuadernos, en 1898, y de su memoria espiritual, la *Historia de un alma*, escrita por obediencia a sus superiores.

La *Historia* empieza con la narración de una primera infancia feliz, en un hogar lleno de afecto, presidido por sus dos padres, burgueses y piadosos: Luis y Celia Martin. En el año 2008, ellos serían la primera pareja beatificada conjuntamente. El padre de Teresa (como el mío) era joyero. Su madre era fabricante de encajes, con un negocio tan próspero que el padre decidió dejar su propio negocio para dedicarse a la empresa de su esposa. El matrimonio Martin tuvo nueve hijos, pero cuatro de ellos murieron en la infancia o en la primera niñez. Llegaron a la vida adulta sus otras cinco hijas, y todas ellas fueron monjas. Teresa era la más pequeña, una niña inteligente e impetuosa, cuyas emociones llegaban fácilmente a los extremos.

Cuando Teresa tenía solo cuatro años, su madre enfermó de cáncer de mama. Teresa se volvió introvertida. Su hermana Paulina, que tenía poco menos de 16 años, se convirtió en una segunda madre para ella. Por eso, Teresa volvió a sufrir mucho cuando Paulina ingresó en el convento.

Teresa nunca se encontró a gusto en la escuela, donde era objeto de burlas. Vivía para el tiempo que pasaba en casa junto a su familia. Fue capaz de discernir su vocación como monja carmelita desde muy joven. Deseaba recibir una dispensa que le permitiera entrar en el monasterio siendo niña, pero no la obtuvo. En su peregrinación a Roma, montó una escena cuando se arrojó a los pies del Papa León XIII, rogándole que le prometiera esa dispensa. Como se negaba a levantarse, la Guardia Suiza tuvo que intervenir para llevársela.

En cambio, su vida interior era muy sencilla. Ella misma dice que le oprimía la tristeza y la absorción en sí misma. Imaginaba que realizaría obras religiosas heroicas, como ir de misionera a tierras lejanas o morir mártir. También padecía escrúpulos sobre la gravedad de sus propias faltas y pecados.

En la Nochebuena de sus 13 años experimentó una conversión profunda, que ella atribuyó a la bondad del Niño Jesús. Este hecho supuso el paso de una tristeza, continua y poco natural, a una aceptación más infantil de la Gracia de Dios, de su amor y su misericordia. Fue muy hermoso que este momento se produjera precisamente cuando su niñez estaba terminando.

Recibió permiso para ingresar en el claustro un poco antes de lo establecido, a la edad de 15 años. Aunque dejaba atrás el mundo, todavía llevaba con ella muchas de sus ilusiones. Deseaba alcanzar una santidad heroica y bien reconocible, y persiguió esta meta durante seis años, sin tener ninguna prueba

de éxito.

Después de esto, tuvo como una segunda conversión. Fue un descubrimiento, que ella describe por comparación con una nueva tecnología:

Usted, Madre, sabe bien que yo siempre he deseado ser santa. Pero, ¡ay!, cuando me comparo con los santos, siempre constato que entre ellos y yo existe la misma diferencia que entre una montaña cuya cumbre se pierde en el cielo y el oscuro grano que los caminantes pisan al andar.

En vez de desanimarme, me he dicho a mí misma: Dios no puede inspirar deseos irrealizables; por lo tanto, a pesar de mi pequeñez, puedo aspirar a la santidad. Agrandarme es imposible; tendré que soportarme tal cual soy, con todas mis imperfecciones. Pero quiero buscar la forma de ir al cielo por un caminito muy recto y muy corto, por un caminito totalmente nuevo.

Estamos en un siglo de inventos. Ahora no hay que tomarse ya el trabajo de subir los peldaños de una escalera: en las casas de los ricos, un ascensor la suple ventajosamente. quisiera también encontrar un ascensor para elevarme hasta Jesús, pues soy demasiado pequeña para subir la dura escalera de la perfección[59].

Empezó a buscar en las Escrituras las claves de ese nuevo camino, y encontró este texto del *Libro de los Proverbios* en la *Vulgata*: «el que sea simple, que entre aquí» (*Prov* 9, 4). Vio confirmada la invitación en los oráculos del profeta Isaías (cf. *Is* 66, 12). Por supuesto, la confirmación más importante es la de Jesús: «Si no os convertís y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos» (*Mt* 18, 3).

A partir de ese momento, siempre usó el adjetivo *pequeño* para describir sus luchas. No tenía sentido peyorativo. En palabras de sus comentadores, designaba su camino de infancia espiritual. O, como diría ella, su *caminito*.

No se trataba de una estrategia para empobrecer su ambición, ni para esquivar lo que antes creía que eran sus deberes. Era todo lo contrario. Mantuvo el mismo régimen, el común a todas las religiosas del monasterio. Siguió cumpliendo

los mismos deberes. La única diferencia estaba en que empezó a afrontarlos con la alegría de un niño que juega, confiado en el amor y en el cuidado que le da su Padre.

Esto no significa que su sufrimiento hubiera llegado a su fin. Contrajo tuberculosis y, con la enfermedad, tuvo que soportar el dolor, el malestar y una falta de fuerzas que difícilmente podemos imaginar ahora. Es más, atravesó un periodo de prueba en el que le resultaba difícil creer en las promesas de la fe. El pensamiento del cielo, que durante mucho tiempo había sido su consuelo, se convirtió en un auténtico tormento. Recurrió a copiar el credo para llevarlo siempre consigo. Describe esa experiencia como un «túnel oscuro» que debía cruzar para llegar a la luz. No obstante, en medio de la prueba, nunca llegó a perder la confianza en el Padre. Se confió a Él con su afecto, sus deseos de salvación y su capacidad para resistir la prueba. Pidió a Dios que la tomase de la mano y la llevase segura hasta el otro lado. No tenía razones para dudar de Su deseo de aceptar.

Muy pocas de sus hermanas monjas conocían la magnitud de su sufrimiento porque ella lo llevaba con muy buen humor. Y no solo en las cosas grandes, como los estragos causados por la tuberculosis. También aceptaba las molestias que le provocaban las personas que le rodeaban, como la costumbre de una monja que chocaba las cuentas en el rezo del Rosario. Incluso llegó a mirar con afecto esos momentos. La monja que más fastidiaba a Teresa llegó a creer que era la mejor amiga de la santa.

Después de su muerte, sus hermanas de sangre (que estaban en el mismo convento), recopilaron textos de sus cuadernos y los reunieron en un libro. Querían que sirviera como recuerdo, destinado principalmente para los miembros de su familia. Pero se convirtió en todo un fenómeno editorial, que

no tardó en traducirse a docenas de idiomas y a vender millones de copias.

Pocos libros han sido tan influyentes en la historia del cristianismo. Ningún autor, ni siquiera los grandes Papas, han tenido un impacto tan fuerte en la espiritualidad del último siglo.

El suyo es un *caminito* que todos podemos recorrer. Tan solo tenemos que abandonar nuestras pretensiones de vida adulta: control, autodeterminación, autocompasión y poder. Solo tenemos que querer.

Pondera en tu corazón

Teresa escribe estas palabras de estímulo a un misionero en el año 1897, el último de su vida.

A veces, cuando leo ciertos tratados espirituales en los que la perfección se presenta rodeada de mil estorbos y mil trabas y circundada de una multitud de ilusiones, mi pobre espíritu se fatiga muy pronto, cierro el docto libro que me quiebra la cabeza y me diseca el corazón y tomo en mis manos la Sagrada Escritura. Entonces todo me parece luminoso, una sola palabra abre a mi alma horizontes infinitos, la perfección me parece fácil: veo que basta con reconocer la propia nada y abandonarse como un niño en los brazos del buen Dios.

Dejando para las grandes almas y para los espíritus elevados esos brillantes libros que yo no puedo comprender, y menos aún poner en práctica, me alegro de ser pequeña, pues solo los niños y los que se hacen como ellos serán admitidos al banquete celestial (cf. Mt 19, 14). Me alegro enormemente de que en el reino de Dios haya muchas moradas (cf. Jn 14, 22), porque si no hubiese más que esa cuya descripción y cuyo camino me parecen incomprensibles, yo no podría entrar en él.

SANTA TERESA DE LISIEUX

Carta al Padre Roulland, 9 de mayo de 1897 [60],

Cf. **Pío XI**, *Discurso con motivo de la aprobación del milagro para la beatificación de Teresa de Lisieux*, **11 febrero 1923** (NdT).

57 Albino Luciani, *La alegría, caridad exquisita. Carta a Teresa de Lisieux*, en *Ilustrísimos señores*, BAC, Madrid 1978; pp. 178-186 (p. 186). (NdT).

58 Santa Teresa de Lisieux, *Historia de un alma. Cap. 10: La prueba de la fe*.

Tomado de:

http://es.catholic.net/catholic_db/archivosWord_db/historiadeimalma.pdf (NdT).

59 La carta está recogida en los apéndices de las ediciones de *Historia de un alma*, y también se puede consultar en el sitio

<http://www.abandono.com/abandono/teresita/Cartas.pdf> (NdT).

16. SAN MAXIMILIANO KOLBE, EL SANTO DE AUSCHWITZ

Normalmente, las biografías de san Maximiliano Kolbe empiezan por el final, o muy cerca del final.

Nos sitúan en el campo de concentración (y muerte) de Auschwitz, imagen de una desesperación mortal y desolada. Allí fueron exterminados 5 millones de seres humanos durante los años de ocupación nazi de Polonia. Las biografías también suelen escoger el mismo momento inicial: cuando un hombre da un paso adelante para ofrecer su propia vida, en sacrificio supremo por amor.

Diez hombres habían sido escogidos para padecer una muerte lenta y tortuosa en el peor lugar de Auschwitz, el búnker del hambre. Uno de ellos cayó de rodillas, implorando misericordia, pensando en su mujer y sus hijos.

Entonces, san Maximiliano Kolbe rompió la fila, dando un paso adelante, y se ofreció para morir en lugar de ese pobre hombre. Se le pidió que se identificara, a lo que él —el preso número 16670— contestó con unas palabras que se han hecho muy famosas: «soy un sacerdote católico».

Aunque toda su vida se redujera a ese momento, ya sería suficientemente heroica. Pero, en realidad, solo es el momento

culminante de una obra maestra. Semejante santidad no se puede construir en un solo día. Ese momento era fruto de toda una vida de amor. Y en última instancia, nos diría san Maximiliano, era fruto de un amor eterno.

Raimundo Kolbe había nacido en Polonia en 1894. De niño, exasperaba a su madre por su carácter travieso e inquieto. Un día, ella había llegado al límite de su paciencia y, después de castigarle por enésima vez, le dijo: «Raimundo, ¿qué va a ser de ti?».

Por algún motivo, esa pregunta le hizo pensar. Salió corriendo hacia la parroquia, donde formuló la misma pregunta a la Santísima Virgen: «¿Qué va a ser de mí?».

Entonces se le apareció la Virgen y, como respuesta a su pregunta, le ofreció dos coronas. Una era roja y simbolizaba el martirio; la otra era blanca y representaba la virginidad. Él dijo que escogía las dos.

Raimundo volvió a casa y contó el episodio a su madre. Esta le creyó sin reservas, porque apreció de inmediato la transformación radical en el carácter de su hijo. A partir de ese momento, el chico problemático se esfumó.

Poco después, a los 13 años, Raimundo ingresó en el seminario de los franciscanos conventuales. Seguía siendo un joven lleno de energía, pero ahora la dirigía a fines nobles. Era curioso y tenía una mente fecunda. Devoraba los libros de física, y llegó a diseñar un cohete para investigación espacial. Tomó el nombre religioso de Maximiliano.

Los superiores franciscanos reconocieron sus dotes. Le enviaron a Roma, para ampliar estudios en las mejores universidades. Allí obtuvo sus dos doctorados, en filosofía y teología.

Le interesaba mucho el misterio de la Santísima Virgen María, sobre todo su título de Inmaculada Concepción.

Durante sus años en Roma, aún antes de ser ordenado, fundó la Milicia de la Inmaculada, o Caballeros de María Inmaculada. La institución se dedicaba a la búsqueda de la santidad personal, con un estilo evangelizador que, repleto de energía, llevaba la impronta de Kolbe.

También en Roma contrajo tuberculosis, un mal para el que no existía remedio en esa época. Le dejó secuelas en los pulmones, limitando sus funciones. Con el paso del tiempo, su estado empeoró y le obligaba a ingresar en el sanatorio, a veces durante varios meses.

De nuevo en Polonia, consiguió que la Milicia creciera mucho en número de socios, principalmente entre los jóvenes y los intelectuales. Sin embargo, él soñaba con llegar a mucha más gente. En algunas cosas, no había cambiado desde que dijo a la Virgen que escogía las dos coronas. Maximiliano soñaba a lo grande. Y soñaba con llegar a millones de personas, sirviéndose de las tecnologías que estaban emergiendo. Cada vez que veía los estantes de prensa, repletos de periódicos y revistas, ambicionaba dedicarlos a Cristo. Utilizó dos emisoras de radio y empezó a proyectar la difusión de la Milicia por medio de las ondas.

Antes de eso, él y sus hermanos franciscanos pusieron en marcha grandes imprentas para una revista con una tirada de un millón de copias. Trabajaban desde un amplio terreno que dedicaron a santa María y al que llamaron *Ciudad de la Inmaculada*.

Pero también vivía con un grado de desprendimiento tan alto que pudo dejarlo todo cuando sus superiores se lo pidieron.

Fue enviado a Japón, un país con pocos cristianos, para implantar una nueva forma de apostolado a través de los medios y construir un monasterio franciscano en los alrededores de Nagasaki.

Después de eso, quería ir a la India. Pero, en una visita a Polonia en 1936, sus superiores se asustaron por su mala salud y le ordenaron que se quedase en su tierra natal. No le costó volver al trabajo que ya había realizado antes. Empezó a cultivar nuevos sueños: crear algún día una gran universidad, dedicada al estudio de la mariología, esa rama de la teología que se dedica a la Santísima Virgen. Con este objetivo, empezó a dar conferencias sobre el tema a sus hermanos, y a rellenar numerosos cuadernos con los esquemas de los libros que deseaba escribir.

Esas páginas nos han dejado un destello de la meta y de la profundidad de su comprensión del papel de María en el plan de Dios. «Las madres humanas son una imagen de nuestra Madre del Cielo (la Inmaculada), que a su vez es imagen de la bondad de Dios y del mismo corazón de Dios. Las perfecciones de Dios desbordan la intimidad inefable de la vida trinitaria y se repiten por toda la creación en formas infinitas, como ecos innumerables. Por eso nuestro corazón, a partir de las criaturas, puede elevarse incluso hasta el conocimiento y el amor de Dios en la Santísima Trinidad; sin dejar de amar a esas formas creadas, porque proceden de Dios, han sido creadas por Él y le pertenecen totalmente» [61].

Creía que esta línea de pensamiento conducía a comprender mejor el plan de Dios y el papel de María en él, ya que la Virgen siempre remite a una realidad superior a ella, a Dios. Ella es la criatura humana que más se conforma a la

imagen divina. Dios no creó a María porque ella tuviera perfecciones ausentes en la Santísima Trinidad; la creó como imagen inmaculada de algo que Él mismo posee desde toda la eternidad. ¿De qué se trata? Aquí nos topamos con la pregunta que el padre Kolbe deseaba investigar en su academia... algún día.

La ocupación nazi de Polonia puso un fin abrupto a sus planes. Los ocupantes entendieron que el imperio de comunicación del padre Kolbe suponía una amenaza para su propaganda neo-pagana. Le arrestaron y volvieron a ponerle en libertad. Él volvió a su trabajo: impartió conferencias y empezó a esbozar una teología dogmática sobre María. Estaba trabajando en ello cuando la Gestapo fue a arrestarle, en el mes de febrero de 1942.

Lo llevaron al campo de trabajo de Pawiak. Cuando entraba, se le acercó un guardia, agarró su crucifijo y le increpó: «¿Todavía crees?». Cuando respondió afirmativamente, el guardia lo golpeó y volvió a repetir la pregunta. El sacerdote repitió la misma respuesta. El guardia le pegó otra vez. La secuencia se repitió varias veces, hasta que el guardia se cansó y se fue.

Los ataques de tuberculosis del padre Kolbe empeoraron en Pawiak, y le impedían seguir el régimen de trabajo del campo. A finales de mayo, junto a otros cientos de prisioneros, fue trasladado a Auschwitz, donde acabaría dando su vida por salvar la de otro hombre.

Kolbe pasó sus últimos días en el búnker del hambre. Este lugar representaba la escala más baja en el infierno en la tierra construido por los nazis. Allí se encerraba a la gente y se les dejaba morir de hambre y sed, en una lenta agonía. Los guardias

se reían de su desesperación y les decían que iban a quedar como bulbos de tulipán secos.

Tenemos testimonios de los supervivientes que se habían encargado de limpiar la zona y retirar los cadáveres. Cuentan que se oían gritos y lamentos procedentes de todas las celdas, excepto de la de Kolbe. Allí, el sacerdote dirigió a sus compañeros de suplicio la recitación de himnos y oraciones a Cristo y a la Santísima Virgen. Algunos lograron sobrevivir dos semanas reciclando su orina. Al final, los guardias, cansados de esperar, ordenaron ejecutar a los prisioneros que quedaban con una inyección de ácido carbólico. El padre Kolbe fue el último en morir. El hombre que retiró su cuerpo dice que el sacerdote murió con una sonrisa serena en los labios.

Antes de su segundo arresto, el padre Kolbe había dicho a sus hermanos franciscanos: «Espero que, después de mi muerte, no quede nada de mí, y que el viento esparza mi polvo por toda la tierra». En estas palabras, hay un eco de las de san Ignacio de Antioquía, el mártir de la Iglesia primitiva, en su carta a la iglesia de Roma.

El cuerpo del padre Kolbe fue inmolado, con otros, en la fiesta de la Asunción de la Virgen, el 15 de agosto de 1941. Sus reliquias fueron, en efecto, las cenizas portadas por el viento desde el crematorio de Auschwitz.

Una vez había dicho: «Nuestro conocimiento de la Inmaculada tiene que fructificar en el sacrificio». Y el sacrificio es el oficio propio del sacerdote. Es muy apropiado que las últimas palabras conocidas del padre Kolbe sean precisamente esta declaración: «Soy un sacerdote católico».

Su sacrificio fue agradable a Dios. El padre Kolbe fue beatificado exactamente 30 años después de su muerte, y

canonizado en 1982.

Pondera en tu corazón

En su primera visita a su país, Polonia, el Papa Juan Pablo II peregrinó al búnker donde había muerto el padre Kolbe, y celebró una Misa muy cerca.

«Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe» (1 Jn 5, 4).

Estas palabras de la *Carta de San Juan* me vienen a la mente y me llegan al corazón, cuando me encuentro en este lugar donde se ha llevado a cabo una particular victoria para la fe. Para la fe que hace nacer el amor de Dios y del prójimo, el único amor, el amor supremo que está dispuesto a «dar la vida por sus amigos» {Jn 15, 13; cf. 10, 11). Una victoria, pues, para el amor que la fe ha vivificado hasta los extremos del último y definitivo testimonio.

Esta victoria para la fe y para el amor la ha conseguido en este lugar un hombre, cuyo nombre es *Maksymilian María* (Maximiliano María), su apellido: Kolbe; de profesión (como se escribía de él en los registros del campo de concentración): sacerdote católico; vocación: hijo de San Francisco; nacido de padres sencillos, laboriosos y devotos, tejedores cerca de Lodz; por gracia de Dios y por decisión de la Iglesia: beato.

La victoria mediante la fe y el amor la consiguió este hombre en este lugar, construido para la *negación de la fe* —de la fe en Dios y de la fe en el hombre— y *para aplastar radicalmente* no solo el amor, sino todos los signos de la dignidad humana, de la humanidad. Un lugar que fue construido

sobre el odio y el desprecio del hombre, en nombre de una ideología loca. Un lugar que fue construido sobre la crueldad. Conduce a él una puerta, que todavía existe, sobre la cual se puso una inscripción *Arbeit machí frei* [el trabajo os hará libres (NdT)], que suena a mofa, porque su contenido se contradecía radicalmente con lo que ocurría dentro.

En este lugar del terrible estrago, que supuso la muerte para cuatro millones de hombres de diversas naciones, el padre Maximiliano, ofreciéndose voluntariamente a sí mismo a la muerte, en el búnker del hambre, por un hermano, consiguió una victoria espiritual *similar a la del mismo Cristo*. Este hermano vive todavía hoy en esta tierra polaca.

Pero el padre Maximiliano Kolbe ¿fue el único? Ciertamente, él consiguió una victoria que tuvo repercusión inmediata sobre sus compañeros de prisión y que tiene repercusión aún hoy en la Iglesia y en el mundo. Pero seguramente se consiguieron otras muchas victorias; pienso, por ejemplo, en la muerte, en el horno crematorio de un campo de concentración, de la carmelita sor Benedicta de la Cruz, en el mundo *Edith Stein*, alumna ilustre de Husserl, que se ha convertido en honra de la filosofía alemana contemporánea y que descendía de una familia hebrea habitante en Wroclaw.

En el lugar donde ha sido pisoteada de modo tan horrendo la dignidad humana, se ha conseguido la victoria mediante la fe y el amor.

SAN JUAN PABLO II

Homilía en el campo de concentración de Brzezinka, 7 de junio de 1979.

- 61 **Maximiliano Kolbe**, fragmento citado en **Henri M. Manteau-Bonamy**, *Immaculate Conception and the Holy Spirit: The Marian Teachings of Father Kolbe*, **Prow, Kenosha (WI) 1977**, p. 23.

17. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, EL SANTO DE LA CALLE

Para la mayoría de la gente, la personalidad de san Josemaría tendría que encajar bien en su vocación cristiana. Fue ordenado sacerdote en marzo de 1925, y los siguientes tres años y medio estuvieron llenos de un ministerio sacerdotal satisfactorio: en una parroquia rural y como capellán de un convento y escuela, promovidos por unas religiosas. Vivía en España, un país de mayoría católica y con instituciones católicas consolidadas.

Sin embargo, le inquietaba percibir que Dios le había elegido para algo distinto, algo más. Rezaba con insistencia la súplica del ciego del Evangelio: «¡Señor, que vea!» {*Le* 18, 41}.

A finales de septiembre de 1928 realizó un retiro espiritual, en el que esperaba comprender con claridad lo que Dios quería de él.

El segundo día del retiro, después de celebrar la Misa, mientras sonaban las campanas de la iglesia del convento, «vio» con claridad lo que Dios le estaba pidiendo. Dios quería que predicara la llamada universal a la santidad, dirigida a todos los cristianos y en medio de las circunstancias ordinarias de su vida diaria: trabajo, familia, descanso, estudio... todo, en suma. En su

visión, comprendió que multitud de personas responderían a esa llamada bautismal.

Dicen que ver es creer, pero todavía está muy lejos de la realización completa de la llamada. ¿No era muy joven don Josemaría para emprender la tarea que Dios le había mostrado? Dios no le había dado ningún detalle al respecto. Don Josemaría no tenía intención de fundar nada, aunque estaba abierto a dejarse llevar por Dios. Cambió un poco su oración, que pasó de «Señor, que vea» (en latín, *Domine, ut videarn*) a «Señor, que sea» (*Domine, ut sit*). Empezó a buscar ocasiones de compartir el mensaje de «la grandeza de la vida ordinaria» [62] con cualquiera que pudiera comprenderlo.

Pero, por entonces, pocas personas estaban preparadas para comprender ese mensaje, y muy pocas estarían dispuestas a asumirlo como forma de vida: encontrar la santidad en medio del mundo, en plena calle. Es más, la mayoría de esos pocos que aceptaron el desafío no iba a perseverar. Años después, él mismo diría que se le escurrían «como las anguilas».

Aun así, Dios confirmaba el sentido de la vocación del santo y le mostraba que el fundamento de la llamada universal a la santidad era la realidad de que, por el Bautismo, todos los cristianos somos hijos de Dios. Un día de finales de septiembre de 1931, mientras rezaba, don Josemaría experimentó con fuerza el sentido de la paternidad de Dios y de su propia filiación. Dice en sus anotaciones: «por lo bajo, anduve llamándole así ¡Padre! muchas veces, seguro de agradarle»[63],

Unas semanas después estuvo sentado en una iglesia de la ciudad, intentando hacer oración, pero con continuas distracciones. Cuando se fue de la iglesia, compró un periódico en la calle, y se subió a un tranvía. Allí, de forma inesperada, se

vio inmerso en la oración más profunda. No pudo enterarse de nada de lo que veía en el periódico. Había vuelto a recibir el sentido de filiación, pero esta vez de una forma abrumadora: «Sentí la acción del Señor, que hacía germinar en mi corazón y en mis labios, con la fuerza de algo imperiosamente necesario, esta tierna invocación: *Abbá\ Pater!* Estaba yo en la calle, en un tranvía [...]. Probablemente hice aquella oración en voz alta. Y anduve por las calles de Madrid, quizá una hora, quizá dos, no lo puedo decir, el tiempo se pasó sin sentirlo. Me debieron de tomar por loco. Estuve contemplando con luces que no eran mías esa asombrosa verdad, que quedó encendida como una brasa en mi alma, para no apagarse nunca» [64],

Sin duda, la experiencia suponía una buena noticia, pero venía envuelta en una concha dura. El clima secular en la España de la época se caracterizaba por el escepticismo en materia religiosa, mientras la mentalidad religiosa dominante sostenía que la santidad estaba reservada a una élite de sacerdotes y monjas. Esta última actitud, llamada *clericalismo*, casi siempre suscita la reacción opuesta, el *anticlericalismo*. En la década de 1930, mientras España se dirigía hacia la guerra civil, las fuerzas anticlericales se hicieron con el poder y empezaron a perseguir a la Iglesia. Su primer objetivo fue la élite de sacerdotes y monjas, pero poco a poco se extendió a cualquier católico que intentara siquiera practicar en público su fe.

Por entonces, la inspiración de don Josemaría había empezado a tomar forma, como un modo de vida adaptado a hombres y mujeres que trabajan en el mundo. Los primeros en acoger la invitación fueron, principalmente, jóvenes universitarios, que se comprometían a vivir el celibato en casas

o apartamentos urbanos. De todas formas, don Josemaría aún estaba empezando a entender la llamada que había recibido. Ni siquiera había dado nombre a su institución, hasta que un día, de pasada, su director espiritual le preguntó cómo iba «esa obra de Dios». Solo entonces decidió llamar a su forma de vida *Opus Dei*, que en latín significa «Obra de Dios»[65],

Esta época, traumática para España, se revelaría después como un campo de prueba providencial para el desarrollo del *Opus Dei*. Esta nueva espiritualidad enseñaba a la gente una nueva forma de vivir como católicos en circunstancias cada vez más seculares, hasta el secularismo. Aunque no pudieran asistir a Misa o practicar sus devociones, siempre podían pensar en su trabajo cotidiano como una ofrenda; comprender su escritorio, su yunque o sus fogones, como altares para hacer ofrendas a Dios. También podían entregarle su trabajo, uniéndose a todas las veces que el santo sacrificio de la Misa se realiza en el mundo entero. Y podían encontrar la paz en el sentido de la filiación divina, apoyándose en la gracia bautismal, para trabajar con alegría y confianza aun en las condiciones más adversas.

Los miembros de «la Obra», según su nombre más común, experimentaban la «unidad de vida». Esto quiere decir que no había dicotomía o separación entre lo que hacían en la vida ordinaria y la fe que profesaban en el *Credo*. La santidad penetraba todas las cosas. San Josemaría solía decir que los cristianos tienen el «toque del rey Midas» [66], El bautismo les ha introducido en la vida divina, y se han convertido en «partícipes de la naturaleza divina» (2 Pt 1, 4). Los cristianos extienden el poder y la gracia de Dios a las minas de carbón, a los campos de maíz, a los talleres mecánicos, a las salas de reuniones, a los dormitorios, a los campos de fútbol.

El catolicismo tendría que caracterizarse como un «Aquí vienen todos», robando la expresión de James Joyce[67], y tendría que llegar a todos los rincones. San Josemaría dio al mundo moderno un medio muy potente para llevarlo a las calles. Enseñó a los católicos la forma de santificar su trabajo ordinario, de santificarse con su trabajo ordinario, y de santificar a otras personas por medio de su trabajo. La forma de hacerlo es ofrecer nuestro trabajo como sacrificio, pero haciéndolo bien, de la misma forma que Cristo, que trabajaba bien {*Me* 7, 37). Así, nuestro trabajo se convierte en una forma de co-creación junto a Dios, de colaboración con su obra creadora, a la vez que es un signo de su bondad.

Algunos eclesiásticos advirtieron a san Josemaría que se había adelantado un siglo a su tiempo, es decir, que la Iglesia no estaba todavía preparada para recibir su mensaje. Pero siguió adelante: se trasladó a Roma y se puso a trabajar para obtener la configuración institucional adecuada al Opus Dei, contando para ello con la ayuda de Dios y de algunos colaboradores. En todo caso, quien le había dado ese consejo estaba en lo cierto: la ley vigente por entonces en la Iglesia no podía incorporar el tipo de «organización desorganizada» que estaba promoviendo san Josemaría. En esos años, nadie podía imaginar los profundos cambios jurídicos y culturales que iban a producirse en la segunda mitad del siglo xx.

Con el paso del tiempo, y en vida de san Josemaría, la influencia del Opus Dei llegaría a cientos de miles de personas, y sus miembros llegarían a decenas de miles. El Concilio Vaticano II y el nuevo *Código de derecho canónico* (la ley de la Iglesia) crearían un nuevo tipo de instituciones en la Iglesia, con la configuración de «Prelatura personal». Se diferencia de las

diócesis en que estas se estructuran en función de un territorio, en cambio las Prelaturas personales se organizan a partir de personas que comparten varios objetivos comunes, e independientemente del lugar en el que vivan. Es la forma que asumió el Opus Dei en 1982, siete años después de la muerte de san Josemaría.

Murió en circunstancias bastante comunes. Sufrió un infarto cardíaco en su casa, mientras miraba una imagen de la Virgen de Guadalupe. Fue canonizado 27 años después.

Hay problemas permanentes que nunca se resuelven por completo. Parecen resurgir una y otra vez, aunque bajo formas nuevas, en cada generación. Cuando analizamos las vidas de Pablo de Tarso e Ignacio de Antioquía, en el siglo id. C., de Ireneo en el siglo II, Agustín en el IV; de Tomás de Aquino en el XIII y Teresa en el XIX, podemos apreciar que todos ellos tuvieron que hacer frente a grupos de cristianos que repetían el mismo error. Se trataba de exagerar el carácter espiritual del cristianismo, hasta el punto de proclamar que la materia no tiene importancia, que el mundo está lleno de maldad, que el cuerpo es un enemigo y que no hay redención posible para la carne humana. Se opusieron asimismo a cierto espíritu de pereza y desesperanza, que predica que la santidad no es para todo el mundo y que la mayoría de nosotros tendríamos que resignarnos a un cristianismo de segunda categoría, pasando los días de semana instalados en la mediocridad y dedicando algo a Dios los domingos.

San Josemaría propuso a los fieles comentes una vía de escape de esa forma de pensar, un camino para no caer en la trampa que acecha a los cristianos de todos los tiempos. Nos ha recordado la invitación a vivir con el sentido constante de que

somos (con palabras del propio santo) «otro Cristo, el mismo Cristo»[68], Somos hijos, en carne y sangre, de un Padre amoroso, eterno y todopoderoso. No hemos sido creados para otra cosa.

Pondera en tu corazón

San Josemaría predicó su principal homilía, Amar al mundo apasionadamente, en 1967, en una Misa al aire libre que se celebró en el campus de la Universidad de Navarra, todavía en construcción. Es decir, en un marco muy adecuado a su mensaje.

Hijos míos, allí donde están vuestros hermanos los hombres, allí donde están vuestras aspiraciones, vuestro trabajo, vuestros amores, allí está el sitio de vuestro encuentro cotidiano con Cristo. Es, en medio de las cosas más materiales de la tierra, donde debemos santificarnos, sirviendo a Dios y a todos los hombres.

Lo he enseñado constantemente con palabras de la Escritura Santa: el mundo no es malo, porque ha salido de las manos de Dios, porque es criatura suya, porque «Yahvéh lo miró y vio que era bueno» (Gn 1,7). Somos los hombres los que lo hacemos malo y feo, con nuestros pecados y nuestras infidelidades. No lo dudéis, hijos míos: cualquier modo de evasión de las honestas realidades diarias es para vosotros, hombres y mujeres del mundo, cosa opuesta a la voluntad de Dios.

Por el contrario, debéis comprender —con una nueva claridad— que Dios os llama a servirle en y desde las tareas

civiles, materiales, seculares de la vida humana: en un laboratorio, en el quirófano de un hospital, en el cuartel, en la cátedra universitaria, en la fábrica, en el taller, en el campo, en el hogar de familia y en todo el inmenso panorama del trabajo, Dios nos espera cada día. Sabedlo bien: hay un algo santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir.

Yo solía decir a aquellos universitarios, a aquellos obreros que venían junto a mí por los años treinta, que tenían que saber materializar la vida espiritual. Quería apartarlos así de la tentación, tan frecuente entonces y ahora, de llevar como una doble vida: la vida interior, la vida de relación con Dios, de una parte; y de otra, distinta y separada, la vida familiar, profesional y social, plena de pequeñas realidades terrenas.

¡Que no, hijos míos! Que no puede haber una doble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos: que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y esa es la que tiene que ser —en el alma y en el cuerpo— santa y llena de Dios: a ese Dios invisible lo encontramos en las cosas más visibles y materiales. No hay otro camino, hijos míos: o sabemos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca. Por eso puedo deciros que necesita nuestra época devolver —a la materia y a las situaciones que parecen más vulgares— su noble y original sentido, ponerlas al servicio del Reino de Dios, espiritualizarlas, haciendo de ellas medio y ocasión de nuestro encuentro cotidiano con Cristo.

[...] Os aseguro, hijos míos, que cuando un cristiano desempeña con amor lo más intrascendente de las acciones diarias, aquello rebosa de la trascendencia de Dios. Por eso os he repetido, con un repetido martilleo, que la vocación cristiana

consiste en hacer endecasílabos de la prosa de cada día. En la línea del horizonte, hijos míos, parecen unirse el cielo y la tierra. Pero no, donde de verdad se unen es en vuestros corazones, cuando vivís santamente la vida ordinaria.

SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ

«Amar al mundo apasionadamente», en *Conversaciones con monseñor Escrivá de Balaguer*, nn. 114 y 116.

Título de una de sus homilías, recogida en: San Josemaría Escrivá, *Amigos de Dios*, publicada póstumamente en 1977 y con 34 ediciones en español.

62 Nota recogida en: **Andrés Vázquez de Prada**, *El fundador del Opus Dei*, vol. 1: *Señor, que vea*, Rialp, Madrid 1997, p. 388. El biógrafo fecha el episodio el 22 de septiembre de 1931 (NdT).

63 *Ibidem*, pp. 389-390 (NdT).

64 Cf. *Ibidem*, pp. 332-333.

65 Cf. San Josemaría Escrivá, *Amigos de Dios*, cit., n. 221 (NdT).

66 *He re Comes Everybody*, es el título de una de las secciones de la segunda gran novela del escritor irlandés, *Finnegans Wake*, publicada en 1939 (NdT).

67 San Josemaría Escrivá, *Amigos de Dios*, cit., n. 6.

18. REINA DE TODOS LOS SANTOS, MADRE DE LA IGLESIA

Cada párrafo y cada página de este libro tenían que desembocar en este capítulo. A medida que recorriamos la historia de la salvación y cuando considerábamos a cada santo, nos hemos encontrado con hombres y mujeres centrados en Cristo, y en cuyas vidas ha ejercido una poderosa influencia la madre de su Señor. Al leer sus escritos, es muy hermoso comprobar lo mucho que ha influido en ellos la Santísima Virgen.

San Pablo hablaba de ella como un elemento esencial en la «plenitud de los tiempos» (cf. *Gal* 4, 4).

San Ignacio de Antioquía la menciona repetidas veces en su correspondencia. Para Ignacio, la presencia de la Virgen es requisito para comprender adecuadamente a Jesucristo.

San Ireneo la presentaba como la «nueva Eva» que había desatado el nudo de la desobediencia de la primera Eva.

San Jerónimo y san Agustín defendieron su honor cuando, por primera vez, aparecieron herejes que atacaban la doctrina de la perpetua virginidad de María y la ausencia de pecado en ella. Agustín declaró que todos los justos han conocido por experiencia el pecado «exceptuando, pues, a la santa Virgen

María, acerca de la cual, por el honor debido a nuestro Señor, cuando se trata de pecados, no quiero mover absolutamente ninguna cuestión» [69],

Esa devoción auténtica se mantiene en las vidas de todos los santos que hemos tratado: Tomás, Teresa, Maximiliano, Josemaría. Incluso a Moisés le fue dada una tímida prefiguración de la vida de la Virgen, en la colaboración que le prestó su hermana Miriam, que es uno de los nombres más antiguos de la Virgen.

Estar cerca de Cristo es estar cerca de María. ¿Podía ser de otro modo?

Pensemos, por un momento, en el hecho de haber sido salvados. ¿En qué consiste nuestra salvación?

La salvación consiste en que Jesús ha dado su vida para hacerse uno con nosotros y así hacemos partícipes de la naturaleza divina (cf. 2 Pt 1, 4). Nos ha dado su casa, el cielo, para que podamos vivir allí como en nuestra propia casa. Nos ha invitado a comer en su misma mesa. Y nos ha dado a su Padre como nuestro Padre.

¡También nos ha dado a su Madre como nuestra Madre!

Estar salvados es haber recibido la gracia de la santidad. «Habéis sido lavados, habéis sido santificados, habéis sido justificados en el nombre de Jesucristo el Señor y en el Espíritu de nuestro Dios» (1 Cor 6, 11). La vida más auténtica, la que realiza plenamente a la propia persona, es la que corresponde a esa gracia en cada instante del día. Ese es el significado de ser santo.

Hemos sido llamados a la santidad, a vivir en la casa de Dios, a vivir en Cristo, participar en su banquete y tratar a su Padre como «Padre nuestro». Y en todo eso somos hijos de

María.

No podemos entrar en la Iglesia más que por medio de una relación familiar. No somos hermanos de Cristo si la Virgen no es nuestra Madre. La Iglesia es la «asamblea de los primogénitos» (*Hb* 12, 23) y ella es Madre de los primogénitos.

Los primeros cristianos sabían bien esto, y les alegraba profundamente. María tiene un papel protagonista en los Evangelios. A pesar de su humildad, es la estrella de los primeros capítulos de los Evangelios de Mateo y Lucas. También intervienen sus parientes, Isabel y Zacarías, pero sus papeles se dirigen a María y alcanzan en ella su sentido. El ángel es enviado al servicio de María. José no dice una sola palabra en el Evangelio, pero se pone enteramente a disposición de María y del Niño divino.

María vuelve a situarse en el centro cuando san Juan representa simbólicamente el nacimiento de Cristo, en el capítulo 12 del *Apocalipsis*. Ella es la mujer que da a luz al «hijo varón» que es rey de todas las naciones. Madre e hijo sufren un peligro mortal y huyen al desierto, igual que en los relatos evangélicos de la infancia. Sin embargo, el *Apocalipsis* añade que los sucesos terrenos son manifestaciones de un combate cósmico entre las fuerzas angélicas, lideradas por san Miguel, y las tropas de la serpiente.

En el *Apocalipsis*, la mujer está presente para proteger a su hijo divino. Pero, providencialmente, también la presencia de este depende de la colaboración de ella.

La «mujer» del *Apocalipsis* es, con toda claridad, María. Pero también representa a la Iglesia, que es Madre de una gran descendencia. No hay contradicción ni confusión entre estas interpretaciones, porque responden a la forma en que los

pueblos de la Biblia se expresaban y enseñaban su mensaje. «Israel» fue un hombre, un personaje histórico, pero también era el nombre de su descendencia y de la nación a la que dio lugar. También el nombre de David designaba al gran rey de Israel, pero también a la capital del reino, a su casa y a sus descendientes.

En continuidad con esta costumbre, los Padres de la Iglesia, que se nutrían de la Escritura, podían decir cosas como: «damos a la Iglesia el nombre de María, porque ella es digna de tener un doble nombre» [70], Así se expresaba san Efrén de Siria, en el siglo IV d. C. Y además vivía lo que predicaba, porque añadía que Jesús había «confiado a María, su Iglesia», a Juan, su discípulo amado [71]. Esta interpretación de los textos no es peculiar de la cultura siria. En el mismo siglo, san Ambrosio de Milán enseñaba que, en su condición de virgen y madre, María «prefigura a la Iglesia, que está intacta [cf. *EJ* 5, 27] pero desposada. Una Virgen nos ha concebido por el Espíritu, y una Virgen nos ha dado a luz sin dolor» [72],

Poco después, san Agustín desarrollaría más esta tipología: «¿Cómo vais a estar excluidas del parto de la virgen, si sois miembros de Cristo? María dio a luz a vuestra cabeza, y la Iglesia a vosotras. También esta es madre y virgen: madre por las entrañas de caridad, virgen por la integridad de la fe y la piedad. Engendra a los pueblos, pero todos son miembros de uno solo, de la que ella es cuerpo y esposa, siendo también en esto semejante a aquella virgen que también es madre de la unidad entre muchos» [73],

Mucho tiempo antes, san Ireneo había usado la misma imagen, con un tono poético, diciendo de Jesús que, «siendo él puro, abriría puramente la matriz pura que regenera los hombres

para Dios, la cual él mismo hizo pura» [74], En este punto, tenemos que recordar que san Ireneo era discípulo de Policarpo, a su vez discípulo de san Juan Apóstol, a quien el mismo Jesucristo había confiado a la Santísima Virgen.

Esta es la doctrina constante de la Iglesia sobre María a partir del libro del *Apocalipsis* y de los *Hechos de los Apóstoles* (1, 14). Este último texto nos muestra a los Apóstoles reunidos alrededor de la Virgen Madre la víspera del nacimiento de la Iglesia. En efecto, María ha recibido sus grandes privilegios del Único puro, del Hijo de Dios, la Palabra eterna, Jesús, a quien llevó en su seno.

Dios le concedió gracias singulares por el papel único que iba a desempeñar en la historia. La creó sin pecado desde el momento de la concepción. Y la llamó para que fuera siempre virgen.

La razón de esta llamada es que ella iba a ser el receptáculo de la presencia de Dios en el mundo. Por mandato de Dios, los vasos que se iban a usar en el servicio del Templo estaban fabricados con los metales más puros y preciosos, y quedaban completamente reservados para ese uso. No se podía reutilizar el altar de oro del Templo como una mesa auxiliar. No se podía coger uno de los cálices de libación para llenarlo de cerveza bien fría en una noche calurosa. Aparte del servicio del Templo nada, ni siquiera el mejor vino, podía profanar los vasos sagrados. El problema no es que las mesas auxiliares o las bebidas alcohólicas sean malas, sino que los vasos del Templo estaban consagrados para el uso exclusivo de Dios.

El cuerpo de María era como ese tipo de vasos. Una vez bendecido por la presencia de Dios, ella no podía «retirarse» sin más y recuperar la vida corriente de una mujer casada. Lo que

estaba permitido, y era honroso, para otras personas, hubiera sido una profanación para la Madre de Dios. Dios mismo iba a preservar el vaso de su presencia de verse contaminado por el pecado.

María es miembro de la Iglesia, pero también es Madre de la Iglesia. Es santa y Reina de todos los santos. Si los mártires esgrimieron un fuerte poder que venía del Cielo —como nos mostraba san Jerónimo en el capítulo 12, y san Agustín en el capítulo 13—, es lógico que Dios concediera mucho más poder a quien es Reina de los Mártires, cuya alma fue traspasada por una espada (cf. *Lc* 2, 35) cuando sufría acompañando a su Hijo.

Dios ya le había concedido poder cuando era una chica sencilla y desconocida de una aldea remota, que vivía en una casa medio excavada en la colina. Dios organizó los acontecimientos de forma que toda la historia dependiera de su respuesta a la invitación del ángel. Un poder muy superior al que pueda tener cualquier rey de la tierra. Mucho más poder le habrá dado ahora que ella ha alcanzado el triunfo junto a su Hijo, ahora que está vestida de sol y coronada de estrellas (cf. *Apoc* 12, 1).

Esta es la dignidad de María, y ella la comparte con todos los santos, que son sus hijos en la Iglesia. Cristo le ha ganado el poder de merecer, y nos invita a asociarnos a ella en sus merecimientos. Eso es lo que hacen los santos, lo que dice san Pablo en primera persona: «Completo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo en beneficio de su cuerpo, que es la Iglesia» (*Col* 1, 24). Los santos son «colaboradores de Dios» (1 *Cor* 3, 9) porque Dios quiere que lo sean. También quiere que lo seamos nosotros.

María es el principal signo de que podemos colaborar con

Dios. Podemos corresponder a su gracia. Jesús tenía razón: podemos ser perfectos como su Padre celestial es perfecto (cf. Mt 5, 48).

La Santísima Virgen María no es solo el punto final de este libro; también es la plenitud de la Iglesia. Ella es lo que nosotros estamos constantemente luchando por ser. Es el icono de la Iglesia celestial, a la que está unida la Iglesia en la tierra. No hay dos iglesias, sino una sola Iglesia, y ella la encarna ya en el Cielo.

Su nombre tendría que ser la última palabra en cualquier consideración de la santidad, porque es Reina de todos los Santos y Madre de la Iglesia. Es nuestra Señora y nuestra Madre: María. Así nos lo enseñan las Escrituras.

Pondera en tu corazón

El Concilio Vaticano II ha hablado del papel que Dios ha dado a María en la Iglesia.

Uno solo es nuestro Mediador según las palabras del Apóstol: «Porque uno es Dios, y uno también el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se entregó a sí mismo para redención de todos» (1 Tm 2, 5-6). Sin embargo, la misión maternal de María para con los hombres no oscurece ni disminuye en modo alguno esta mediación única de Cristo, antes bien sirve para demostrar su poder. Pues todo el influjo salvífico de la Santísima Virgen sobre los hombres no dimana de una necesidad ineludible, sino del divino beneplácito y de la superabundancia de los méritos de Cristo; se apoya en la mediación de este, depende totalmente de ella y de la misma

saca todo su poder. Y, lejos de impedir la unión inmediata de los creyentes con Cristo, la fomenta.

La Santísima Virgen, predestinada desde toda la eternidad como Madre de Dios juntamente con la encamación del Verbo, por disposición de la divina Providencia, fue en la tierra la Madre excelsa del divino Redentor, compañera singularmente generosa entre todas las demás criaturas y humilde esclava del Señor. Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo al Padre en el templo, padeciendo con su Hijo cuando moría en la cruz, cooperó en forma enteramente impar a la obra del Salvador con la obediencia, la fe, la esperanza y la ardiente caridad con el fin de restaurar la vida sobrenatural de las almas. Por eso es nuestra madre en el orden de la gracia.

Esta maternidad de María en la economía de gracia perdura sin cesar desde el momento del asentimiento que prestó fielmente en la Anunciación, y que mantuvo sin vacilar al pie de la cruz hasta la consumación perpetua de todos los elegidos. Pues, asunta a los cielos, no ha dejado esta misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna. Con su amor materno se cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y hallan en peligros y ansiedad hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada. Por este motivo, la Santísima Virgen es invocada en la Iglesia con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora. Lo cual, sin embargo, ha de entenderse de tal manera que no reste ni añada a la dignidad y eficacia de Cristo, único Mediador.

Jamás podrá compararse criatura alguna con el Verbo encamado y redentor; pero así como el sacerdocio de Cristo es participado tanto por los ministros sagrados cuanto por el pueblo

fiel de formas diversas, y como la bondad de Dios se difunde de distintas maneras sobre las criaturas, así también la mediación única del Redentor no excluye, sino que suscita en las criaturas diversas clases de cooperación, participada de la única fuente.

La Iglesia no duda en confesar esta función subordinada de María, la experimenta continuamente y la recomienda a la piedad de los fieles, para que, apoyados en esta protección maternal, se unan con mayor intimidad al Mediador y Salvador.

CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática sobre la Iglesia, *Lumen Gentium* (6 de noviembre de 1964), nn. 60-62.

San Agustín de Hipona, *La naturaleza y la gracia*, 36, 42.

68 San Efrén de Siria, *Sermón en la noche de la Resurrección*.

69 *Ibidem*.

70 San Ambrosio de Milán, *Comentario al Evangelio según san Lucas*, 44.

71 San Agustín, *Sermón 192.2*.

72 San Ireneo de Lyon, *Contra las herejías*, 4, 33, 11.

EPÍLOGO: LA FAMILIA EN PRIMER LUGAR

volvamos un momento a Asís.

Como muchos peregrinos de todos los siglos, yo hice allí un descubrimiento que no se produce en todos los lugares famosos por su santidad o su belleza. Allí encontré a los santos, aunque quizá estaría mejor decir que ellos me encontraron a mí. El encuentro se produjo en medio de una crisis familiar, de una forma inesperada y totalmente secular. Probablemente, fue de este modo porque así tenía que ser.

Por entonces, yo era católico desde hacía más de diez años. En la vigilia pascual de 1986, había repetido la fórmula establecida para quienes van a incorporarse a la plena comunión con la Iglesia: «Creo y profeso todo lo que como revelado por Dios cree, enseña y anuncia la santa Iglesia católica» [75], Lo decía sinceramente. Después, cada vez que recitaba el Credo los domingos y afirmaba mi fe «en la comunión de los santos», no tenía ninguna reserva, y seguramente habría estado en condiciones de impartir un curso avanzado de teología sobre el tema, al que mis mejores alumnos habrían sabido sacar provecho.

Sin embargo, esta doctrina no había hecho el recorrido completo desde mi cabeza a mi corazón. Cuando me bajé del

autobús en esa pequeña ciudad italiana, yo prestaba eso que Newman llamaba «asentimiento nocional», que es muy bueno. Significa la aceptación de una doctrina como principio, en términos abstractos e intelectuales.

Cuando abandoné el hospital de Asís, en cambio, yo había pasado a eso que Newman llamaba «asentimiento real». Conocía a los santos, no ya como proposición teórica, sino como mis familiares más cercanos.

La comparación es bastante precisa. Cuando me preparaba para el matrimonio, sabía que los familiares de mi novia iban a convertirse pronto en mis parientes legales. Aunque no nos pareciésemos a nivel de ADN, enseguida y para siempre íbamos a ser *familia* uno para el otro. Recuerdo mi primera aparición en una reunión de la familia Kirk, poco antes de nuestra boda. Allí conocí a todos los personajes de los recuerdos de Kimberly desde la infancia. Allí, en el cuarto de estar de la casa de sus padres, estaban sus hermanos y hermanas, con sus esposos y esposas, e hijos; tíos y tías, primos cercanos y lejanos. Eran un grupo amplio con toda la gama de virtudes y estilos, de dones y excentricidades. Al volver a mi casa, también me di cuenta de lo distintos que eran de mi familia. Recuerdo perfectamente el momento en que caí en la cuenta de que *todo ese grupo de hombres, mujeres y niños pronto iba a formar parte de mi familia*. Con ellos, mi familia estaba creciendo mucho y, con los hijos y nietos que Kimberly y yo deseábamos tener, esperábamos que todavía creciera mucho más.

Darme cuenta de esa realidad fue una experiencia bonita, y me conmovió profundamente. Pero esa repentina inmersión en una familia resultaría minúscula cuando la comparase con la familia que Dios me iba a dar en 1986, y con la que me mostró

varios años más tarde en Asís.

Lo que ocurrió en Asís fue como si las paredes de nuestra casa se hubieran desvanecido para dar paso a una ráfaga del viento del Espíritu Santo. Allí comprendí por primera vez que pertenecía a un clan mucho más amplio de lo que habría podido imaginarme. Incluía a multitud de personas; pero no había primos lejanos, solo estaba formado por hermanos y hermanas en Cristo.

En su clásico tratado sobre el asentimiento, el beato Newman escribió: «El corazón se alcanza generalmente no mediante la razón, sino mediante la imaginación, y también por medio de impresiones directas, por el testimonio de hechos y acontecimientos, por la historia, por narraciones. Las personas nos influyen, hay voces que nos suavizan, miradas que nos subyugan, acciones que nos inflaman» [76],

Personas, voces, miradas y actos: de eso se compone la vida familiar. La comunión de los santos es la primera familia. En Asís, yo tuve una experiencia de la presencia activa de mi verdadera familia, e hice propia esta doctrina cristiana fundamental. «Creer en la comunión de los santos» no consiste simplemente en reconocer la inmortalidad del alma y las consecuencias que derivan de ella. Más bien se trata de hacer realidad de vida la convivencia en un auténtico hogar: la casa de Dios.

Ser de la familia de Dios, es el significado más profundo de la *santidad* y también el significado más profundo de la *salvación*. Ambos términos son funcionalmente equivalentes. Solo los santos se salvan, y solo los salvados son santos.

La santidad no exige la ausencia de pecado. En cambio, significa que se toma en serio el problema del pecado y que se

lucha contra él. El Papa Francisco empezaba su pontificado recordándonos lo siguiente: «No olvidemos esta palabra: Dios nunca se cansa de perdonar [...], pero nosotros, a veces, nos cansamos de pedir perdón»[77], Como le gustaba repetir a la beata madre Teresa de Calcuta, los santos son pecadores que no se rinden.

La salvación no es de otro mundo, pero tampoco es de este mundo. Simplemente, es la santidad.

Con las vidas de los santos —nuestras vidas— la santidad toca todas las realidades de la tierra: «He aquí que yo hago nuevas *todas* las cosas» (*Apoc* 21, 5), dice Jesús. Cumple esta promesa por medio de nuestro contacto con ellas —el tuyo y el mío— y con el contacto de los santos que viven en El: los santos que viven en comunión.

73 Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Ritual de la iniciación cristiana de adultos*, **6 enero 1972 (NdT).**

74 John Henry Newman, *Ensayo para contribuir a una gramática del asentimiento*, **Encuentro, Madrid 2011.**

75 Papa Francisco, *Angelus*, **17 marzo 2013.**

BIBLIOGRAFÍA

Joshua **BERMAN**, *The Temple. Its Symbolism and Meaning Then and Now*, Jason Aronson, Northvale (NJ) 1995.

CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Ritual de la iniciación cristiana de adultos*, 6 enero 1972.

Bernard GUI, «Life of St. Thomas Aquinas», en Kenelm **FOSTER**, O.P., *The Life of St. Thomas Aquinas: Biographical Documents*, Helicón, Baltimore 1959, p. 39.

Albino **LUCIANI**, *La alegría, caridad exquisita. Carta a Teresa de Lisieux*, en *Ilustrísimos señores*, BAC, Madrid 1978.

Henri M. MANTEAU-BONAMY, *Immaculate Conception and the Holy Spirit: The Marian Teachings of Father Kolbe*, Prow, Kenosha (WI) 1977.

John Henry **NEWMAN**, «La individualidad del alma», en *Sermones parroquiales*, vol. 4, Encuentro, Madrid 2010. Tít. Or.: «The individuality of the soul», en *Parochial and Plain Sermons*, vol. 4, Longmans, Londres 1909.

—, *Ensayo para contribuir a una gramática del asentimiento*, Encuentro, Madrid 2011. Tít. Or.: *An Essay in Aid of a Grammar of Assent*, Westminster, Md 1973.

Daniel **RUIZ BUENO** (ed.), *Actas de los mártires*, BAC, Madrid 1996.

—, *Padres Apostólicos*, BAC, Madrid 1993.

- San Agustín, *Confesiones* (ed. de Angel **CUSTODIO VEGA**), en *Obras completas de San Agustín*, vol. 2, BAC, Madrid 2013.
- , *La ciudad de Dios* (ed. de Angel **CUSTODIO VEGA**), en *Obras completas de San Agustín*, vol. 16, BAC, Madrid 2007.
- San Ambrosio de Milán, *Letters*, Oxford, James Parker, Oxford 1881.
- San Cirilo de Jerusalén, *Catequesis* (introducción, traducción y notas de Jesús **SANCHO BIELSA**), Ciudad Nueva (Biblioteca de Patrística, 67), Madrid 2006.
- San Ireneo de Lyon, *Contra las herejías* (ed. de Jesús **GARITAONANDIA CHURRUCA**), Apostolado Mariano, Sevilla 1994-1999.
- San Jerónimo, *Comentario a Isaías* (ed. de José **ANOZ**), BAC, Madrid 2007.
- , *Epistolario I (cartas 1-85)* (ed. de Juan B. **VALERO**), en *Obras completas de san Jerónimo*, vol. 10; BAC, Madrid 2013.
- , *Tratados apologéticos* (ed. de Manuel A. **MARCOS CASQUERO** y Mónica **MARCOS CELESTINO**), BAC, Madrid 2009.
- San Josemaría Escrivá, *Amigos de Dios*, Rialp, Madrid 1977.
- , *Conversaciones con monseñor Escrivá de Balaguer*, Rialp, Madrid 1968.
- San Juan Crisóstomo, *La educación de los hijos y el matrimonio* (ed. de M.^a José **ZAMORA**), Ciudad Nueva (Biblioteca de Patrística, 39), Madrid 1997.
- Santa Teresa de Lisieux, *Historia de un alma*, San Pablo, Madrid 2007.

Santo Tomás de Aquino, *Suma teológica*, 5 vols., BAC, Madrid 2009-2011.

—, *Compendio de teología*, Folio, Barcelona 2002.

Andrés **VÁZQUEZ DE PRADA**, *El fundador del Opus Dei*, vol. 1: *Señor, que vea*, Rialp, Madrid 1997.

Indice

Introducción: La Iglesia y los santos

Primera Parte

1. Incidente en Asís: la ciencia de los santos
2. El único santo
3. Por todos los santos
4. ¿Qué hacen los santos?
5. Sobre mi veneración
6. Una congregación de ángeles

Segunda Parte

7. San Miguel y los ángeles
8. San Moisés
9. San Pablo, hijo de Dios
- 10.

San Ignacio de Antioquía, trigo de Dios

11.

San Ireneo de Lyon, trabajador por la paz

12. San Jerónimo y su entorno
13. Santa Mónica y su hijo
14. Santo Tomás de Aquino, teólogo de la Biblia
15. Santa Teresa de Lisieux, la santa de las cosas pequeñas
16. San Maximiliano Kolbe, el santo de Auschwitz
17. San Josemaría Escrivá, el santo de la calle
18. Reina de todos los santos, Madre de la Iglesia

Epílogo: La familia en primer lugar
Bibliografía